

David Foenkinos

La delicadeza



de

Nathalie es una mujer afortunada. Felizmente casada con François, pasa los días rodeada de risas y libros. Un día la pena llama a su puerta: François muere inesperadamente. Nathalie languidece entonces entre las paredes de su casa y se vuelca en la oficina. Pero justo cuando ha dejado de creer en la magia de la vida, ésta vuelve a sorprenderla y revelarse en su forma más maravillosa.



David Foenkinos

La delicadeza

ePub r1.1
Mezki 19.04.14

Título original: *La délicatesse*
David Foenkinos, 2009
Traducción: Isabel González-Gallarza

Editor digital: Mezki
Corrección de erratas: Atuvera
ePub base r1.0



No podría reconciliarme con las cosas,
ni aunque cada instante tuviera que
arrancarse al tiempo para besarme.

Ciorana

1

Nathalie era más bien discreta (la suya era una feminidad suiza, por así decirlo). Había atravesado la adolescencia sin tropiezos, respetando los pasos de cebra. A los veinte años, el porvenir era para ella una promesa. Le gustaba reír, y también leer. Dos ocupaciones que rara vez podía simultanear, pues prefería las historias tristes. Como, a su juicio, su inclinación literaria no era lo bastante marcada, decidió estudiar Económicas. Pese a su aire soñador, no se identificaba ni con la imprecisión ni con la imperfección. Pasaba horas observando curvas sobre la evolución del PIB en Estonia, con una extraña sonrisa en los labios. Justo cuando la vida adulta se anunciaba ya, a Nathalie empezó a darle a veces por pensar en su infancia. Instantes de felicidad reunidos en unos pocos episodios, siempre los mismos. Corría por una playa, se subía a un avión, dormía en brazos de su padre. Pero no sentía nostalgia ninguna, jamás. Lo cual era bastante extraño, llamándose Nathalie^[1].

2

A la mayoría de las parejas les encanta hablar de sí mismas, de su relación, pensar que la manera en que se conocieron fue excepcional, y esas numerosas uniones que surgen de la forma más banal suelen enriquecerse con detalles que aportan, pese a todo, una pequeña dosis de exaltación. A fin de cuentas, siempre queremos analizarlo todo.

Nathalie y François se conocieron en la calle. Que un hombre aborde a una mujer es siempre algo delicado. Ésta no puede por menos de preguntarse: «¿Lo hará a menudo?» Los hombres suelen asegurar que es la primera vez. Si nos fiamos de lo que dicen, es como si, de pronto, gozaran de una gracia inesperada que les permite desafiar su timidez habitual. Las mujeres responden, de manera automática, que no tienen tiempo. Nathalie no fue ninguna excepción. Lo cual era una tontería, pues no tenía gran cosa que hacer y le gustaba la idea de que la abordaran así. Nadie se atrevía nunca. Se había preguntado más de una vez: ¿será que parezco demasiado malhumorada, o demasiado indolente tal vez? Una de sus amigas le había dicho: nadie te para nunca por la calle porque tienes pinta de una mujer perseguida por el paso del tiempo.

Cuando un hombre aborda a una desconocida es para decirle cosas bonitas. O existe acaso un kamikaze masculino que pare a una mujer para asestarle: «Pero ¿cómo puede llevar esos zapatos? Tiene los dedos como en un gulag. ¡Qué vergüenza, es usted el Stalin de sus pies!» ¿Quién podría soltar algo así? François no, desde luego, lo suyo eran los cumplidos. Trató de definir lo más indefinible: la turbación. ¿Por qué la había abordado

precisamente a ella? Por sus andares, sobre todo. Había sentido algo nuevo, algo casi infantil, como una rapsodia de las rótulas. Emanaba de ella una especie de naturalidad, tan conmovedora, una gracia en el movimiento, y pensó: es exactamente la clase de mujer con la que me gustaría marcharme un fin de semana a Ginebra. Así que se armó de valor para abordarla, y tuvo que armarse hasta los dientes, porque, en su caso, de verdad era la primera vez que hacía algo así. Allí, en ese preciso momento, en esa acera, se conocieron. Una entrada en materia muy clásica, que a menudo determina el punto de partida de algo que, por lo general, con el tiempo deja de ser tan clásico.

Balbuceó las primeras palabras, y, de pronto, las demás vinieron solas, con deslumbrante fluidez. Lo que las propulsó fue esa energía algo patética, pero tan tierna, de la desesperación. Ésa es precisamente la magia de nuestras paradojas: la situación era tan incómoda que François salió airoso, y lo hizo con elegancia. Al cabo de treinta segundos, consiguió incluso arrancarle una sonrisa a Nathalie. Había abierto una mella en el anonimato. Ella accedió a tomar un café, y François comprendió que no tenía ninguna prisa. Le resultaba muy extraño poder pasar así un rato con una mujer que acababa de entrar en su campo visual. Siempre le había gustado mirar a las mujeres por la calle. Recordaba incluso haber sido una suerte de adolescente romántico capaz de seguir a las chicas de buena familia hasta la puerta de sus casas. En el metro, cambiaba a veces de vagón para estar cerca de una pasajera en la que se hubiera fijado desde lejos. Aunque sometido a la dictadura de la sensualidad, no dejaba de ser un hombre romántico, que pensaba que el mundo de las mujeres podía resumirse a una sola.

Le preguntó qué quería tomar. Su elección sería decisiva. Pensó: si pide un descafeinado, me levanto y me voy. No se podía tomar un descafeinado en esa clase de cita. Es la bebida que menos cuadra con una reunión distendida y agradable. El té tampoco es mucho mejor. Nada más conocerse, se crea ya una atmósfera como sosa y sin gracia. Se palpa en el

aire que las tardes de los domingos se pasarán viendo la televisión. O peor aún: en casa de los suegros. Sí, sin lugar a dudas, el té crea como una atmósfera de familia política. Entonces ¿qué? ¿Algo con alcohol? No, a esa hora no pega. Da mala espina una mujer que se pone a beber así, sin venir a cuento. Ni siquiera una copa de vino tinto. François seguía esperando a que eligiera lo que quería tomar, y proseguía así su análisis líquido de la primera impresión femenina.

¿Qué más quedaba? La Coca-Cola, o cualquier otro tipo de refresco... No, no podía ser, eso no era nada femenino. Ya puestos que pidiera también una pajita, no te digo. Por fin, François decidió que podía estar bien un zumo. Sí, un zumo es algo simpático. Queda bien pedir un zumo, no resulta demasiado agresivo. Da una impresión de chica dulce y equilibrada. Pero ¿qué zumo? Mejor evitar los de toda la vida: el de manzana o el de naranja, éstos están muy vistos ya. Hay que ser un poquito original, pero sin caer en la excentricidad. De papaya o de guayaba no, eso da como miedo. No, lo mejor es elegir algo a medio camino, como el albaricoque, por ejemplo. Sí, eso es. El zumo de albaricoque es perfecto. Si elige eso, me caso con ella, pensó François. En ese preciso instante, Nathalie levantó la vista de la carta, como si saliera de una larga reflexión. La misma reflexión en la que había estado sumido el desconocido sentado en frente de ella.

—Voy a tomar un zumo...

—¿...?

—Un zumo de albaricoque, creo.

François la miró como si no fuera real del todo.

Si Nathalie accedió a sentarse con ese desconocido fue porque se sintió cautivada. Desde el primer instante le atrajo esa mezcla de titubeo y de soltura, de torpeza y de atractivo. Físicamente, tenía algo que le gustaba en los hombres: un ligero estrabismo. Muy ligero, y sin embargo visible. Sí, le sorprendía encontrarle ese detalle. Y además se llamaba François. Siempre le había gustado ese nombre. Era elegante y tranquilo, como la idea que tenía de los años 50. Estaba hablando ahora, cada vez con mayor soltura. No había silencios incómodos, no se sentían tensos ni cortados. Al cabo de

diez minutos, ya ni se acordaban de la escena inicial, de cómo la había abordado en plena calle. Tenían la sensación de conocerse ya, la sensación de que si estaban ahí, juntos, era porque habían quedado. Todo era tan sencillo que resultaba desconcertante. Y esa facilidad trastornaba todas las citas anteriores, todas esas citas en las que habían tenido que hablar, habían tenido que tratar de resultar graciosos, que hacer un esfuerzo por parecer interesantes. Lo suyo, esa facilidad y esa naturalidad, casi daba risa. Nathalie miraba a ese chico que ya no era un desconocido, cuyas partículas de anonimato se desvanecían progresivamente ante sus ojos. Trataba de recordar dónde se dirigía en el momento en que se habían conocido. Pero todo estaba borroso en su memoria. No era propio de ella pasear sin rumbo. ¿No quería seguir los pasos de esa novela de Cortázar que acababa de leer? La literatura estaba allí, en ese momento, entre ellos. Sí, eso era, había leído *Rayuela* y le habían gustado especialmente esas escenas en que los protagonistas tratan de encontrarse por casualidad en la calle, cuando recorren itinerarios nacidos de la frase de un *clochard*. Por la noche repasaban sus recorridos en un plano, para ver en qué momento habrían podido encontrarse, en qué momento sin duda debían de haber pasado muy cerca el uno del otro. Ahí era donde se dirigía Nathalie: a una novela.

3

Los tres libros preferidos de Nathalie:

Bella del señor, de Albert Cohen

*

El amante, de Marguerite Duras

*

La separación, de Dan Franck

4

François trabajaba en el ámbito de las finanzas. Bastaba pasar cinco minutos con él para darse cuenta de que eso era tan incongruente como la vocación comercial de Nathalie. Quizá haya una dictadura de lo concreto que contraría siempre las vocaciones. Dicho esto, resulta difícil imaginar a qué otra cosa habría podido dedicarse. Aunque lo hayamos visto casi tímido en el momento de conocer a Nathalie, era un hombre lleno de vitalidad, desbordante de ideas y de energía. Apasionado como era, habría podido dedicarse a cualquier cosa, incluso a vender corbatas. Era un hombre al que uno se imaginaba perfectamente con una maleta llena de corbatas, tenía la labia necesaria para convencer. Poseía el encanto irritante de la gente que es capaz de venderte cualquier cosa. Con él, uno se iría a esquiar en verano y a nadar en lagos islandeses. Era de esa clase de hombres que abordan a una mujer una sola vez en la vida, y van y aciertan. Todo parecía salirle bien. Así es que, las finanzas, pues sí, por qué no. Formaba parte de esos aprendices de bróker que manejan millones con el recuerdo reciente de cuando jugaban al Monopoly. Pero, en cuanto salía del banco en el que trabajaba, era otra persona. El CAC 40 se quedaba en su torre. Su profesión no le había impedido seguir cultivando sus pasiones. Por encima de todo, le gustaba hacer puzzles. Podía parecer extraño, pero nada canalizaba mejor su energía desbordante que pasarse las tardes de los sábados juntando miles de piezas. A Nathalie le gustaba observar a su novio, de cuclillas en el salón. Era un espectáculo silencioso. De repente, François se levantaba y gritaba: «¡Venga, vamos a tomar el aire!» Sí, esto es lo último que queda por precisar: las transiciones no iban con él. Le gustaban las rupturas, pasar del silencio al estruendo.

Con François, el tiempo transcurría a velocidad de vértigo. Era como si tuviera la capacidad de saltarse días, de crear extrañas semanas sin jueves. Acababan de conocerse y ya estaban celebrando su segundo aniversario de noviazgo. Dos años sin el más mínimo nubarrón, su relación habría dejado pasmados a todos los especialistas en tirarse los trastos a la cabeza.

Los miraban como se admira a un campeón. Eran el maillot amarillo del amor. Nathalie seguía estudiando, con resultados brillantes, a la vez que trataba de hacer más llevadera la vida cotidiana de François. El haber elegido a un hombre un poco mayor que ella, que ya tenía una profesión, le permitió abandonar el domicilio familiar. Pero como no quería vivir a su costa, decidió trabajar unas cuantas noches por semana de acomodadora en un teatro. Estaba contenta con ese empleo, pues compensaba el ambiente algo frío de la universidad. Una vez instalados los espectadores en sus butacas, Nathalie se sentaba en el fondo de la sala. Desde allí, asistía a una función que se sabía de memoria. Moviendo los labios al mismo tiempo que las actrices, saludaba al público cuando llegaba el momento de los aplausos. Antes de eso, vendía el programa.

Como conocía perfectamente las obras, se divertía insertando diálogos de Molière en su vida cotidiana, recorría el salón lamentándose de que el gato había muerto. Esas últimas noches, era *Lorenzaccio* de Musset lo que Nathalie interpretaba, soltando réplicas aquí y allá, en la incoherencia más total. «Ven aquí, el húngaro tiene razón». O: «¿Quién está en el fango? ¿Quién se arrastra ante las murallas de mi palacio con tan espantosos gritos?». Eso oía François, aquel día, mientras intentaba concentrarse.

—¿Puedes hablar más bajo? —preguntó.

—Sí, claro.

—Es que estoy haciendo un puzzle muy importante.

Entonces Nathalie se quedó callada, respetando la aplicación de su novio. Ese puzzle parecía distinto a los demás. No se veía ningún dibujo, no había castillos ni personajes. Se trataba de un fondo blanco sobre el que destacaban líneas curvas de color rojo. Líneas que resultaron ser letras. Era un mensaje en forma de puzzle. Nathalie dejó el libro que acababa de abrir

para observar el progreso del puzzle. De vez en cuando, François volvía la cabeza hacia ella. El espectáculo de la revelación avanzaba hacia su desenlace. Sólo quedaban unas pocas piezas, y ya Nathalie acertaba a adivinar el mensaje, un mensaje construido con meticulosidad, mediante cientos de piezas. Sí, ahora ya podía leer lo que ponía: «¿Quieres casarte conmigo?»

5

Ganadores del campeonato del mundo de puzzle que se celebró en Minsk del 27 de octubre al 1 de noviembre de 2008:

1. Ulrich Voigt - Alemania: 1.464 puntos.
2. Mehmet Murat Sevim - Turquía: 1.266 puntos.
3. Roger Barkan - Estados Unidos: 1.241 puntos.

6

Como no podía ser de otra manera, la boda fue preciosa. Una celebración sencilla y tierna, ni extravagante ni sobria. Había una botella de champán para cada invitado, lo cual resultaba de lo más práctico. La alegría reinante no era fingida. En una boda hay que estar de humor festivo; mucho más que en un cumpleaños. Hay una jerarquía en la obligación de la alegría, y las bodas están en la cúspide de la pirámide. Hay que sonreír, hay que bailar y, más tarde, hay que animar a los viejos a irse a la cama. No olvidemos precisar la belleza de Nathalie, que se había trabajado su aparición, en un movimiento ascendente, cuidando con varias semanas de antelación su peso y su cutis. Una preparación dominada a la perfección: estaba en el culmen de su belleza. Había que detener en el tiempo ese instante único, de la misma manera que Armstrong había plantado la bandera americana en la Luna. François observó a Nathalie con emoción y, mejor que nadie, grabó en su memoria ese momento. Su mujer estaba ante él, y sabía que era esa imagen y no otra la que surgiría ante sus ojos en el momento de su muerte. Así ocurría con la felicidad absoluta. Nathalie se levantó entonces para coger el micrófono y cantó una canción de los Beatles^[2]. A François le encantaba John Lennon. De hecho, en su honor, se casó vestido de blanco de los pies a la cabeza. Así, cuando los novios bailaban, la blancura de uno se perdía en la del otro.

Por desgracia, empezó a llover. Ello impediría que los invitados pudieran respirar bajo el cielo y contemplar las estrellas que completaban tan perfecto decorado. En esos casos, a la gente le da por decir tonterías, como por ejemplo que trae suerte que llueva en las bodas. ¿Por qué tiene uno que aguantar siempre esa clase de frases absurdas? Pues claro que no

tenía importancia. Llovía, era todo un poco triste y ya está. La velada perdió cierta amplitud al habersele amputado esos momentos de aire libre. Pronto resultaría agobiante ver la lluvia caer con intensidad creciente. Algunos invitados se marcharían antes de lo previsto. Otros seguirían bailando, igual que si hubiera nevado. Y otros no sabrían muy bien qué hacer. ¿De verdad les importaba eso a los novios? En la felicidad siempre llega un momento en que uno está solo entre la multitud. Sí, estaban solos en el torbellino de la música y los vales. Hay que dar vueltas y vueltas sin parar, decía él, dar vueltas hasta que no sepas adónde ir. Ella ya no pensaba en nada. Por primera vez, vivían la vida en su densidad única y total: la del momento presente.

François cogió a Nathalie de la cintura para sacarla del salón de bodas. Cruzaron el jardín corriendo. Ella le dijo «Estás loco», pero era una locura que la volvía loca de alegría. Empapados, estaban ahora ocultos detrás de unos árboles. De noche, bajo la lluvia, se tumbaron sobre el barro del suelo. El blanco de su ropa ya no era sino un recuerdo. François levantó el vestido de su mujer, reconociendo que era lo que le apetecía hacer desde el principio de la velada. Habría podido hacerlo en la iglesia mismo. Habría sido una manera inmediata de glorificar los dos «sí, quiero». Había contenido su deseo, hasta ese instante. A Nathalie le sorprendió su intensidad. Hacía ya un rato que ni siquiera pensaba. Seguía a su marido, tratando de respirar bien, tratando de no dejarse arrastrar por tan tremendo frenesí. Su deseo seguía al de François. Tenía muchas ganas de que la tomara en ese momento, en su primera noche como marido y mujer. Nathalie esperaba, esperaba, y François no paraba quieto, tenía una energía incontenible, un hambre desmedida de placer. Sin embargo, en el momento de penetrarla, se quedó paralizado. Sintió una angustia que tenía algo que ver con el miedo a una felicidad demasiado intensa, pero no, no era eso, era otra cosa que lo incomodaba en ese instante y que le impedía continuar. «¿Qué pasa?», le preguntó ella. Y él contestó: «Nada... nada... es sólo que es la primera vez que hago el amor con una mujer casada».

7

Ejemplos de dichos ridículos que a la gente le encanta repetir:

Manos frías, corazón caliente.

*

Afortunado en el juego, desgraciado en amores.

*

Contigo, pan y cebolla.

8

Se fueron de viaje de novios, hicieron fotos y regresaron. Tocaba ahora hincarle el diente a la parte real de la vida. Hacía más de seis meses que Nathalie había terminado sus estudios. Hasta entonces, había utilizado la coartada de la preparación de la boda para no buscar trabajo. Organizar una boda es como formar gobierno después de una guerra. ¿Y qué se hace con los que colaboraron con el enemigo? Es tanta la complejidad de la tarea que está justificado que se emplee mucho tiempo sólo en eso. Bueno, no era del todo verdad. Más que nada, había querido tener tiempo para ella, tiempo para leer, para pasear, como si supiera que después ya nunca volvería a estar tan libre. Como si supiera que se la tragaría el torbellino de la vida profesional, y seguramente el de la vida de casada.

Era hora de enfrentarse a las entrevistas de selección. Tras unos cuantos intentos, se dio cuenta de que no sería tan sencillo. ¿De modo que era eso la vida normal? Y ella que pensaba haberse sacado un título prestigioso, y creía tener también la experiencia de unas cuantas prácticas importantes en empresas donde no se había limitado a servir cafés entre dos tandas de fotocopias. Tenía una entrevista para un puesto en una empresa sueca. Le sorprendió que la recibiera el director general y no el de recursos humanos. En lo que a contratación se refería, éste quería controlarlo todo personalmente. Ésa fue su versión oficial. La verdad era mucho más pragmática: se había pasado por el despacho del director de recursos humanos y había visto la foto del currículum de Nathalie. Era una foto bastante extraña: uno no podía formarse del todo una opinión sobre su físico. Por supuesto, se intuía que no le faltaba atractivo, pero no era eso lo

que había atraído la atención del director general. Era otra cosa, algo que no acertaba a definir del todo y que era más una sensación: la sensatez. Sí, eso era lo que había sentido. Tenía la impresión de que esa mujer parecía sensata.

Charles Delamain no era sueco. Pero bastaba entrar en su despacho para preguntarse si no era su ambición serlo algún día, seguramente para complacer a sus accionistas. Sobre un mueble de Ikea había un plato con unos panecillos crujientes, de esos que dejan muchas migas.

—Me ha interesado mucho su trayectoria profesional... y...

—¿Sí?

—Lleva alianza. ¿Está casada?

—Pues... sí.

Hubo un silencio. Charles había mirado varias veces el currículum de la joven, y no había visto que estaba casada. Cuando ella dijo «sí», volvió a echarle un vistazo. Efectivamente, estaba casada. Era como si, en su cerebro, la foto hubiera solapado la situación personal de esa mujer. Pero, después de todo, ¿tan importante era? Había que proseguir con la entrevista para que no se instalara ningún silencio incómodo.

—¿Y piensa tener hijos? —continuó Charles.

—Por ahora no —contestó Nathalie, sin la menor vacilación.

Esa pregunta podía parecer del todo natural en una entrevista de trabajo con una mujer joven y recién casada. Pero Nathalie sintió algo distinto, aunque no acertó a definir el qué. Charles había dejado de hablar y la miraba fijamente. Por fin se levantó y cogió un panecillo.

—¿Quiere un Krisproll?

—No, gracias.

—Debería tomar uno.

—Es usted muy amable, pero no tengo hambre.

—Pues debería acostumbrarse, aquí no se come otra cosa.

—¿Quiere decir... que...?

—Sí.

9

Nathalie pensaba a veces que la gente envidiaba su felicidad. Era algo difuso, nada concreto en realidad, sólo una impresión pasajera. Pero le daba esa sensación. Se plasmaba en detalles, en sonrisas apenas esbozadas pero muy elocuentes, en maneras de mirarla. Nadie podía imaginar que a veces esa felicidad le daba miedo, Nathalie temía que pudiera llevar intrínseca la amenaza de la desgracia. A veces rectificaba cuando decía «soy feliz», era como una superstición, un recuerdo de todos esos momentos en la vida en que, al final, la suerte no le había sonreído.

La familia y los amigos presentes el día de su boda formaban lo que podría llamarse el *primer círculo de presión social*. Presión que pedía la venida al mundo de un niño. ¿Tanto se aburrían en su vida como para que les interesara hasta ese punto la de los demás? Así es siempre: vivimos sometidos a la tiranía de los deseos ajenos. Nathalie y François no querían convertirse en un culebrón para su entorno. Por ahora, les gustaba la idea de ser dos, solos en el mundo, de encarnar el cliché absoluto de la armonía sentimental. Desde el día en que se conocieron, habían vivido en una libertad absoluta. Como a ambos les encantaba viajar, habían aprovechado el más mínimo fin de semana soleado para recorrer Europa con romántica inocencia. Testigos de su amor habrían podido verlos en Roma, en Lisboa o en Berlín. Se habían sentido más cerca que nunca uno de otro al alejarse así. Esos viajes ponían de manifiesto también su auténtico sentido de lo novelesco. Les encantaba dedicar la velada a recrear su encuentro, recordando con gusto cada detalle, celebrando la puntería del azar. En

materia de mitología de su amor, eran como niños, pues no se cansaban de escuchar la misma historia una y otra vez.

De modo que sí, esa felicidad podía dar miedo.

La rutina del día a día no había hecho mella en ellos. Aunque los dos trabajaban cada vez más, siempre se las arreglaban para pasar algo de tiempo juntos. Coincidiendo para comer, aunque fuera un almuerzo rápido. «Tomar un bocado», como decía François. Y a Nathalie le gustaba esa expresión. Se imaginaba un cuadro moderno, con una pareja al aire libre, comiéndose el bocado de un caballo, como esos cuadros surrealistas. Un cuadro que hubiera podido pintar Dalí, había dicho una vez Nathalie. A veces uno oye frases que le encantan, frases que se le antojan sublimes, aunque quien las pronuncie ni se dé cuenta siquiera. A François le gustaba esa posibilidad de un cuadro de Dalí, le gustaba que su mujer pudiera inventar, y modificar incluso, la historia de la pintura. Era una forma de ingenuidad llevada al extremo. Le susurró que la deseaba en ese preciso momento, que tenía ganas de hacerle el amor donde fuera, en cualquier parte. No podía ser, Nathalie se tenía que ir. Entonces esperaría hasta la noche y se lanzaría sobre ella con el deseo acumulado en tantas horas de frustración. Su vida sexual no parecía perder comba con el tiempo. Algo poco frecuente: entre ellos, cada día conservaba aún la huella del primero.

Procuraban también hacer vida social, seguir viendo a sus amigos, seguir yendo al teatro o hacer visitas sorpresa a sus abuelos. Trataban de no dejarse encerrar, de eludir la trampa del hastío. Así fueron pasando los años, y todo parecía tan sencillo, mientras que para los demás todo se hacía más cuesta arriba. Nathalie no comprendía esta expresión: «La relación de pareja hay que trabajarla todos los días». Según ella, las cosas eran sencillas o no. Resulta muy fácil pensar eso cuando todo va como la seda, cuando nunca hay oleaje. Bueno, sí, alguna vez. Pero cabe preguntarse si no se peleaban simplemente por el placer de reconciliarse. ¿Entonces? Que todo

les fuera tan bien ya casi resultaba inquietante. El tiempo pasaba sobre esa facilidad, sobre esa rara habilidad que tienen los vivos.

10

*Próximos destinos barajados por
Nathalie y François:*

Barcelona

*

Miami

*

La Baule

11

Basta respirar para que el tiempo pase. Nathalie llevaba ya cinco años trabajando en su empresa sueca. Cinco años de actividades de todo tipo, de ir y venir por los pasillos y el ascensor. Más o menos el equivalente de un trayecto París-Moscú. Cinco años y mil doscientos doce cafés de la máquina. De los cuales, trescientos veinticuatro durante las cuatrocientas veinte reuniones celebradas con clientes. Charles se alegraba mucho de contarla entre sus colaboradores más cercanos. Era bastante frecuente que la convocara a su despacho sólo para felicitarla. Desde luego, cuando actuaba así, lo hacía preferentemente a última hora de la tarde. Cuando ya se había ido todo el mundo. Pero tampoco era algo descarado. Sentía mucha ternura por ella, y apreciaba esos momentos en que coincidían a solas los dos. Por supuesto, trataba de crear un terreno propicio a la ambigüedad. A ninguna otra mujer le habrían pasado inadvertidas sus intenciones, pero Nathalie vivía en la extraña bruma de la monogamia. Perdón, del amor. De ese amor que aniquila a todos los demás hombres, pero también toda visión objetiva de cualquier intento de seducción. A Charles todo aquello lo divertía, y pensaba en ese François como en un mito. Quizá también esa manera que tenía Nathalie de no entrar nunca en el juego de la seducción se le antojara a Charles una suerte de desafío. Sin duda algún día conseguiría por fin crear un ambiente ambiguo entre ellos, aunque sólo fuera mínimamente. A veces, cambiaba de actitud de manera radical, y se arrepentía de haberla contratado. La contemplación cotidiana de esa feminidad inaccesible le resultaba agotadora.

La relación de Nathalie con el jefe, que los demás empleados juzgaban privilegiada, provocaba tensiones. Ella intentaba aplacarlas, no entrar en las

pequeñas mezquindades de la vida laboral. Si mantenía las distancias con Charles era también por ese motivo. Para no adoptar el papel anticuado de la favorita. La elegancia y el aura que poseía a ojos de su jefe debían quizá volverla aún más exigente consigo misma. Es lo que Nathalie sentía, sin saber si estaba justificado o no. Todo el mundo le vaticinaba un gran porvenir en la empresa a esa joven brillante, enérgica y trabajadora. En varias ocasiones los accionistas suecos habían sabido de sus excelentes iniciativas. Las envidias que suscitaba se materializaban en golpes bajos, en intentos de desestabilizarla. Ella nunca se quejaba, eso de volver a casa y lloriquearle a François no iba con ella. Era también una manera de dar a entender que todo eso de la ambición no tenía mucha importancia. Esa capacidad suya de que los problemas le resbalaran se consideraba una virtud. Quizá fuera ésa su mejor cualidad: la de saber esconder sus flaquezas.

12

Distancia entre París y Moscú:

2.478 kilómetros

13

Nathalie solía llegar agotada al fin de semana. Los domingos le gustaba leer, tumbada en el sofá, tratando de alternar las páginas con los sueños cuando la somnolencia se imponía sobre la ficción. Se cubría las piernas con una manta, ¿y qué más podríamos decir? Ah, sí: le gustaba prepararse una tetera entera, para bebérsela en varias tazas, a sorbitos, como si el té fuera una fuente inagotable. Ese domingo, aquel en el que todo ocurrió, estaba leyendo una larga novela rusa, de un escritor menos conocido que Tolstoi o Dostoievski, un hecho este que puede incitar a reflexionar sobre la injusticia de la posteridad. Le gustaba la indolencia del protagonista, su incapacidad para actuar, para imponer su energía sobre la vida. Había cierta tristeza en esa debilidad. Como con el té, le gustaban las novelas-río.

François pasó por su lado: «¿Qué lees?» Ella le dijo que era un autor ruso pero no precisó más, pues le pareció que sólo lo preguntaba por educación, sin verdadero interés. Era domingo. A Nathalie le gustaba leer, y a François, ir a correr. Llevaba ese pantalón corto que a ella le parecía un poco ridículo. Nathalie no podía saber que era la última vez que lo vería. François daba saltitos por toda la casa. Tenía esa costumbre de querer calentar siempre en el salón, de respirar fuerte antes de irse, como para dejar un gran vacío tras de sí. Y no cabe duda de que eso fue lo que hizo. Antes de irse, se inclinó sobre su mujer y le dijo algo. Curiosamente, a posteriori Nathalie no recordaría esas palabras. Lo último que se habían dicho se volatilizaría. Y después, se quedó dormida.

Cuando despertó, no acertaba a saber cuánto tiempo había dormido. ¿Diez minutos o una hora? Se sirvió un poco más de té. Estaba aún caliente. Eso era una indicación. Nada parecía haber cambiado. Era exactamente la misma situación que antes de quedarse dormida. Sí, todo era idéntico. Sonó el teléfono durante ese regreso a lo idéntico. El ruido del timbre se mezcló con el vapor del té, en una extraña concordancia de sensaciones. Nathalie descolgó. Un segundo después, su vida ya no era la misma. Con un gesto mecánico, marcó la página del libro con un señalador y salió corriendo de casa.

14

Cuando llegó al vestíbulo del hospital, no supo qué decir ni qué hacer. Permaneció largo rato sin moverse. En el mostrador de información le indicaron por fin dónde encontrar a su marido. Lo descubrió tendido. Inmóvil. Nathalie pensó: parece dormido. De noche no se mueve nunca. Y ahí, en ese instante, era sólo una noche como las demás.

—¿Qué probabilidades tiene? —le preguntó al médico.

—Mínimas.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Mínimas quiere decir ninguna? Si es así, dígame que ninguna.

—No puedo decirle eso, señora. Las probabilidades son ínfimas. Nunca se sabe.

—¡Claro que tiene que saberlo! ¡En eso consiste su trabajo!

Nathalie gritó esa frase con todas sus fuerzas. Varias veces. Y luego calló. Entonces miró fijamente al médico, inmóvil él también, petrificado. Había asistido a numerosas escenas dramáticas. Pero esa vez, sin que pudiera explicar por qué, sentía como un grado superior en la jerarquía del drama. Contemplaba el rostro de esa mujer, contraído por el dolor. Incapaz de llorar, de tanto como el dolor la secaba por dentro. Nathalie avanzó hacia él, perdida y ausente. Antes de desplomarse en el suelo.

Cuando volvió en sí, vio a sus padres. Y a los de François. Un momento antes, estaba leyendo, y ahora de pronto ya no estaba en su casa. La realidad se recompuso. Quiso dar marcha atrás en el sueño, marcha atrás en el domingo. No era posible. No era posible, eso es lo que no dejaba de repetirse en una letanía alucinatoria. Le explicaron que François estaba en

coma. Que nada estaba perdido, pero ella se daba perfecta cuenta de que todo había acabado. Lo sabía. No tenía el valor de luchar. ¿Para qué? Mantenerlo con vida una semana. ¿Y luego qué? Lo había visto. Había visto su inmovilidad. No se vuelve de una inmovilidad como ésa. Se queda uno así para siempre.

Le dieron calmantes. Todo y todos a su alrededor estaban deshechos. Y había que hablar. Consolarse. Nathalie no tenía fuerzas para ello.

—Voy a quedarme a su lado. Para velarlo.

—No, no sirve de nada. Es mejor que vayas a casa a descansar un poco —le dijo su madre.

—No quiero descansar. Tengo que quedarme aquí, tengo que quedarme aquí.

Al decir eso, estuvo a punto de desmayarse. El médico trató de convencerla de que se marchara con sus padres. Ella preguntó: «Pero ¿y si se despierta, y no estoy aquí?» Hubo entonces un silencio incómodo. Nadie creía que pudiera despertar. Trataron, en vano, de tranquilizarla: «La avisaremos enseguida, pero ahora de verdad lo mejor es que descanse un poco». Nathalie no contestó. Todos la animaban a tumbarse, a abandonarse al movimiento horizontal. Se marchó, pues, con sus padres. Su madre le hizo un caldo que no pudo ni probar. Se tomó otros dos calmantes, y se desplomó sobre su cama. En su habitación, la de su infancia. Por la mañana todavía era una mujer. Y ahora se dormía como una niña.

15

*Frases que pudo haber dicho
François antes de irse a correr:*

Te quiero.

*

Te adoro.

*

El esfuerzo tiene su recompensa.

*

¿Qué hay de cena esta noche?

*

Disfruta de tu libro, amor mío.

*

Todavía no me he ido y ya te echo de menos.

*

No pienso dejar que me atropellen.

*

Urge ir a cenar con Bernard y Nicole.

*

A ver si leo yo también un poco de vez en cuando.

*

Hoy sobre todo voy a trabajar bien los gemelos.

*

Esta noche vamos a por el niño.

16

Unos días después, murió. Nathalie estaba ida, atontada por los calmantes. No dejaba de pensar en el último instante que habían pasado juntos. Era demasiado absurdo. ¿Cómo podía tanta felicidad hacerse pedazos de esa manera? Terminarse con el espectáculo ridículo de un hombre dando saltitos en un salón. Y esas últimas palabras susurradas al oído. Nathalie no las recordaría nunca. Quizá simplemente François le soplara en la nuca. En el momento de marcharse sin duda era ya sólo un fantasma. Una forma humana, desde luego, pero que no produce más que silencio porque la muerte ya está ahí.

El día del entierro no faltaba nadie. Se congregaron todos en la región donde François había pasado su infancia. Le habría alegrado ver a tanta gente, se dijo Nathalie. Pero no, era absurdo pensar esas cosas. ¿Cómo puede un muerto alegrarse de nada? Se está descomponiendo entre cuatro tablas de madera: ¿cómo podría estar contento? Mientras seguía al féretro, rodeada por los suyos, a Nathalie se le pasó por la cabeza otra idea: son los mismos invitados que en nuestra boda. Sí, están todos aquí. Exactamente igual. Unos años después, volvemos a reunirnos, y algunos seguramente van igual vestidos que entonces. Habrán sacado del armario su único traje oscuro, que lo mismo vale para la felicidad que para la desgracia. Única diferencia: el tiempo. Hoy el sol era radiante, hacía casi calor. Demasiado para el mes de febrero. Sí, el sol brillaba sin descanso. Y Nathalie, que lo miraba de frente, hasta casi quemarse los ojos, dejaba que un halo de luz fría le nublara la vista.

Lo enterraron, y ya está, eso fue todo.

Después del entierro Nathalie sólo tenía ganas de estar sola. No quería volver a casa de sus padres. Ya no quería sentir más su mirada compasiva. Quería esconderse, encerrarse, vivir en una tumba. Unos amigos la llevaron a su casa. Durante todo el trayecto en coche, nadie supo qué decir. El conductor propuso poner un poco de música. Pero, enseguida, Nathalie le pidió que la quitara. Era insoportable. Cada canción le recordaba a François. Cada nota era el eco de un recuerdo, de una anécdota, de una risa. Se dio cuenta entonces de que sería horrible. En siete años de vida en común, François había tenido tiempo de desperdigarse por todas partes, de dejar huella en cada bocanada de aire. Nathalie comprendió que no podría vivir nada que le hiciera olvidar su muerte.

Sus amigos la ayudaron a subir sus cosas, pero no quiso que entraran.

—No os invito a quedaros. Estoy cansada.

—¿Nos llamarás si necesitas algo, lo que sea?

—Sí.

—¿Prometido?

—Sí, prometido.

Les dio las gracias y se despidió con un beso. Cuando por fin se quedó sola, se sintió aliviada. Otros no habrían soportado la soledad en ese momento. Nathalie soñaba con estar sola. Y, sin embargo, la situación lo hacía todo más insostenible. Recorría el salón, y todo estaba ahí. Exactamente igual que antes. No se había movido nada. La manta seguía sobre el sofá. También la tetera, sobre la mesa baja, con el libro que estaba leyendo. Le impresionó especialmente ver el señalador. El libro quedaba así dividido en dos; la primera parte la había leído mientras aún vivía François. Y, en la página 321, François había muerto. ¿Qué hay que hacer en esos casos? ¿Puede alguien proseguir la lectura de un libro interrumpido por la muerte de su marido?

17

Nadie escucha a los que dicen querer estar solos. La voluntad de soledad sólo puede ser una pulsión patológica. Por mucho que Nathalie se esforzara por tranquilizar a todo el mundo, la gente se empeñaba en ir a visitarla. Y, por consiguiente, la obligaba a hablar. Pero ella no sabía qué decir. Le daba la impresión de que iba a tener que volver a empezar todo desde cero, incluido el aprendizaje del habla. Quizá tuvieran todos razón, en el fondo, al obligarla a ser un poco sociable, a lavarse, a vestirse, a recibir visitas. Sus amigos y conocidos se iban turnando, era tan obvio que daba hasta miedo. Nathalie se imaginaba una especie de comité de crisis que gestionaba el drama con ayuda de una secretaria, seguramente su madre, que lo anotaba todo en una agenda gigante, con el fin de alternar hábilmente las visitas familiares con las de amigos. Oía a los miembros de esta secta de apoyo hablar entre sí, comentar sus más mínimos gestos: «¿Qué tal está?»; «¿Qué hace?»; «¿Qué come?» Le daba la impresión de haberse convertido de pronto en el ombligo del mundo, cuando su propio mundo había dejado de existir.

De entre sus visitantes, Charles fue de los más asiduos. Pasaba a verla cada dos o tres días. Era también una manera, según él, de *mantenerla en contacto con el entorno profesional*. Le hablaba de la evolución de los asuntos que estaban tratando entonces, y ella lo miraba como si estuviera loco. ¿Qué narices le importaba a ella que el comercio exterior chino estuviera atravesando una crisis? ¿Acaso le iban a devolver los chinos a su marido? No. Bueno, pues entonces, de nada servía. Charles se daba perfecta cuenta de que Nathalie no lo escuchaba, pero sabía que, poquito a poco, su

estrategia daría sus frutos. Sabía que le destilaba, como en una transfusión gota a gota, elementos de realidad. Que China, e incluso Suecia, volverían a formar parte del horizonte de Nathalie. Charles se sentaba muy cerca de ella:

—Puedes reincorporarte cuando quieras. Tienes que saber que toda la empresa está contigo.

—Gracias, es muy amable.

—Y sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias.

—Contar conmigo de verdad.

Nathalie no entendía por qué, desde la muerte de su marido, Charles había pasado al tuteo. ¿Qué querría decir eso? Pero ¿para qué buscarle un sentido a ese cambio? No tenía fuerzas para ello. Charles quizá sintiera que tenía una responsabilidad: la de hacerle ver que había una parte de su vida que no se tambaleaba. Pero, aun así, ese tuteo no dejaba de resultarle extraño. Pero luego lo pensaba, y no, hay frases que sólo se pueden decir tuteando. Frases de consuelo. Hay que acortar distancias para poder pronunciarlas, hay que estar en un plano de intimidad. A Nathalie le parecía que iba a visitarla demasiado a menudo. Intentaba dárselo a entender. Pero no se escucha a los que lloran. Charles estaba ahí, se volvía insistente. Una noche, mientras le hablaba, le puso la mano en la rodilla. Ello no le dijo nada, pero le pareció una falta total de delicadeza por su parte. ¿Acaso quería aprovecharse de su dolor para ocupar el lugar de François? ¿Era de los que no tienen reparos en usurpar el lugar de un muerto? Quizá sólo hubiera querido darle a entender que estaba ahí si necesitaba cariño. Si necesitaba hacer el amor. Suele ocurrir que la proximidad de la muerte lo empuje a uno al terreno sexual. Pero, en el caso de Nathalie, no ocurría así en absoluto. Le resultaba imposible pensar en otro hombre. Así que apartó la mano de Charles, que se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Pronto volveré a trabajar —dijo ella. Sin saber muy bien lo que quería decir con «pronto».

18

*Por qué adaptó Román Polanski la
novela Tess la de los d'Uberville, de
Thomas Hardy:*

No es exactamente una lectura interrumpida por la muerte, pero Sharon Tate, la mujer de Román Polanski, antes de morir salvajemente asesinada por Charles Manson, le indicó este libro a su marido, diciéndole que sería ideal para una adaptación. La película, realizada unos diez años más tarde, con Nastassja Kinski en el papel protagonista, le está pues dedicada.

19

Nathalie y François no habían querido tener hijos enseguida. Era un proyecto para el futuro. Ese futuro que ya no existía. Su hijo no pasaría de ser virtual. Piensa uno a veces en todos esos artistas que mueren y se pregunta: ¿cuáles habrían sido sus obras si hubieran seguido vivos? ¿Qué habría compuesto John Lennon en 1992 si no hubiera muerto en 1980? De la misma manera: ¿cómo habría sido la vida de ese hijo que nunca existiría? Habría que pararse a pensar en todos esos destinos que encallan en las orillas de lo que pudo haber sido y no fue.

Durante semanas, Nathalie adoptó una actitud algo descabellada: negar la muerte. Seguir imaginando el día a día como si su marido estuviera ahí. Era capaz de dejarle notitas sobre la mesa del salón, por la mañana, antes de salir a pasear. Caminaba durante horas, con un único deseo: perderse entre la multitud. A veces entraba en una iglesia, y eso que no era creyente. Y eso que estaba segura de no creer ya nunca más en su vida. Le costaba entender a quienes se refugian en la religión, le costaba entender que se pudiera tener fe después de haber vivido una tragedia. Sin embargo, sentada en mitad de los bancos vacíos, en plena tarde, el lugar le ofrecía algo de consuelo. Era un sosiego ínfimo, pero por un instante, sí, sentía el calor de Cristo. Entonces se arrodillaba, y era como una santa con un demonio en el corazón.

A veces volvía al lugar donde se habían conocido. A esa acera por la que caminaba, anónima para él, siete años antes. Se preguntaba: «Y si ahora

me abordara otro hombre, ¿cuál sería mi reacción?» Pero nadie venía a interrumpir su recogimiento.

También pasaba por el lugar en el que habían atropellado a su marido. El lugar por el que, corriendo con su pantalón corto y sus cascos en los oídos, había cruzado de manera tan atolondrada. Su última torpeza. Se ponía en el borde de la calzada y miraba pasar los coches. ¿Por qué no habría de matarse ella también en el mismo lugar? ¿Por qué no mezclar las huellas de la sangre de ambos en una última unión morbosa? Se quedaba allí largo rato, sin saber qué hacer, con las lágrimas resbalando sobre su rostro. Aquello ocurrió sobre todo al principio, después del entierro. No sabía por qué necesitaba hacerse tanto daño. Era absurdo estar ahí, como absurdo era también imaginar la brutalidad del impacto y querer dar una forma concreta a la muerte de su marido. ¿Quizá en el fondo fuera la única solución? ¿Acaso sabe uno cómo sobrevivir a una tragedia así? No hay fórmulas. Cada uno lee lo que escribe su cuerpo. Nathalie satisfacía su deseo de estar ahí, llorando en el bordillo de la acera, dejándose morir a fuerza de tanto llorar.

20

*Discografía de John Lennon de no
haber muerto en 1980:*

Stili Yoko (1982)

*

Yesterday and Tomorrow (1987)

*

Berlin (1990)

*

Titanic Soundtrack (1994)

*

Revival - The Beatles (1999)

21

Vida de Charlotte Baron desde el día en que atropelló a François:

De no haber sido por los atentados del 11 de septiembre, sin duda Charlotte nunca se habría hecho florista. El 11 de septiembre era su cumpleaños. Su padre, que estaba de viaje en China, le mandó a su casa un ramo de flores. Jean-Michel subía la escalera sin saber aún que la época que vivían acababa de cambiar radicalmente. Llamó a la puerta, y descubrió el rostro lívido de Charlotte, que no acertaba a articular palabra. Al coger el ramo, le preguntó:

—¿Se ha enterado?

—¿De qué?

—Entre...

Jean-Michel y Charlotte pasaron el día juntos, sentados en un sofá, viendo una y otra vez las imágenes de los aviones chocando contra las torres. Vivir juntos ese momento no podía por menos que unirlos. Se hicieron inseparables, hasta estuvieron saliendo durante varios meses antes de llegar a la conclusión de que eran más amigos que amantes.

Poco después, Jean-Michel creó su propia empresa de floristería y le propuso a Charlotte que trabajara con él. Desde entonces, su vida consistía en hacer ramos. El domingo del accidente, Jean-Michel lo había preparado todo. El cliente quería pedirle la mano a su novia. Al recibir las flores, ella entendería el mensaje, era una especie de código secreto entre ellos. Era indispensable que le entregaran las flores ese domingo, porque era el

aniversario del día en que se habían conocido. Justo antes de salir, Jean-Michel recibió una llamada de su madre: acababan de hospitalizar a su abuelo. Charlotte dijo que se ocuparía ella de entregar el ramo. Le gustaba conducir la camioneta. Sobre todo cuando sólo tenían una entrega, y no había prisa. Pensaba en esa pareja, en el papel que tenía ella en su historia: era un agente anónimo pero decisivo. Pensaba en eso y en otras cosas más, y entonces un hombre cruzó la calle de cualquier manera. Y ella frenó demasiado tarde.

El accidente la aniquiló por completo. Un psicólogo trató de hacerla hablar, para que superara lo antes posible su estado de *shock*, para que el trauma no gangrenara su inconsciente. Charlotte no tardó mucho en preguntarse: ¿debería ponerme en contacto con la viuda? Al final consideró que era inútil. Además, ¿qué habría podido decirle? «Le pido disculpas». ¿Pide uno disculpas en esos casos? Quizá habría añadido: «Pero hay que ver qué estúpido su marido, a quién se le ocurre correr así de cualquier manera, me ha arruinado la vida a mí también, ¿se da usted cuenta? ¿Cree que es fácil seguir viviendo cuando has matado a alguien?» A veces, sentía verdaderos arranques de odio por ese hombre, por su inconsecuencia. Pero la mayor parte del tiempo guardaba silencio. Se pasaba el rato sentada, ausente. El silencio de esas horas la unía a Nathalie. Ambas flotaban en la anestesia de la voluntad reducida a su mínima expresión. Durante las semanas de convalecencia, sin saber por qué, Charlotte no dejaba de pensar en las flores que debía haber entregado el día del accidente. Ese ramo abandonado era la imagen del tiempo truncado. Una y otra vez, revivía en su cabeza la escena como a cámara lenta, una y otra vez el ruido del impacto, y las flores estaban siempre ahí, en primer plano, nublándole la vista. Eran el sudario que envolvía ese día, su obsesión en forma de pétalos.

Jean-Michel, muy preocupado por su estado, perdió un día la paciencia y le pidió que se reincorporara al trabajo. Era un intento como otro cualquiera de hacerla despertar. Un intento que dio su fruto, pues Charlotte levantó la cabeza y dijo que sí, como hacen a veces las niñas que prometen

ser buenas después de haber hecho una travesura. Sabía bien, en el fondo, que no tenía más remedio. Que había que tirar para adelante. Y desde luego no era por el enfado repentino de su compañero. Todo volverá a ser como antes, pensó Charlotte, uno busca tranquilizarse. Pero no, qué va, nada podía ser como antes. Algo, en el movimiento de los días, se había roto de manera brutal. Ese domingo estaba siempre presente: en el lunes y en el jueves. Y seguía sobreviviendo el viernes o el martes. Ese domingo no terminaba nunca, iba adoptando un aire de cochina eternidad, espolvoreándose por doquier sobre el futuro. Charlotte sonreía, Charlotte comía, pero Charlotte tenía una sombra en el rostro. Una idea parecía obsesionarla. Le preguntó de pronto a Jean-Michel:

—Las flores que tenía que entregar ese día... ¿al final las entregaste tú?

—No, tenía otras cosas en qué pensar. Me fui corriendo contigo.

—Pero ¿y el cliente no llamó?

—Sí, claro. Me llamó al día siguiente. Estaba muy enfadado. Su novia no había recibido nada.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues nada... se lo expliqué todo... Le dije que habías tenido un accidente... que un hombre estaba en coma...

—¿Y qué dijo?

—Ya no me acuerdo bien... Se disculpó... y luego masculló algo... Me pareció comprender que veía en eso como una señal o algo así. Algo muy negativo.

—¿Quieres decir que...? ¿Crees que no le pidió la mano a la chica?

—No lo sé.

Esa anécdota perturbó a Charlotte. Se tomó la libertad de llamar al hombre en cuestión. Éste le confirmó que había decidido aplazar su petición de mano. Esa noticia la marcó profundamente. Aquello no podía quedar así. Pensó en cómo una situación había llevado a otra. La boda se iba a aplazar. ¿Y quizá toda una multitud de acontecimientos se modificarían también de resultas de todo ello? Le perturbaba pensar que todas las vidas iban a ser diferentes. Se dijo: si arreglo esas vidas, es como si nada de eso hubiera existido nunca. Si las arreglo, podré retomar una vida normal.

Fue a la trastienda a preparar ese mismo ramo y después cogió un taxi.
El taxista le preguntó:

—¿Es para una boda?

—No.

—¿Para un aniversario?

—No.

—¿Para... una entrega de diplomas?

—No. Es sólo para hacer lo que tenía que hacer el día que atropellé a una persona.

El taxista siguió conduciendo en silencio. Charlotte se bajó del coche. Dejó las flores delante de la puerta de la mujer. Se quedó un segundo ante esa imagen. Luego decidió quitar algunas rosas del ramo. Se las llevó y cogió otro taxi. Desde el día del accidente, siempre llevaba encima la dirección de François. Había preferido no conocer a Nathalie, y seguro que era una decisión acertada. Habría sido aún más difícil reconstruirse poniéndole cara a una vida rota. Pero en ese momento se dejó llevar por un impulso.

No quería pararse a pensar. El taxi se aproximaba a su destino y se detenía ya. Por segunda vez en unos minutos, Charlotte se encontraba en el rellano de una mujer. Dejó aquellas pocas rosas blancas ante la puerta de Nathalie.

22

Nathalie abrió la puerta de su casa, y se preguntó: ¿era ya hora? Hacía tres meses que había muerto François. Tres meses era muy poco tiempo. No se sentía mejor en absoluto. Sobre su cuerpo desfilaban sin tregua los centinelas de la muerte. Sus amigos le habían aconsejado que se reincorporara al trabajo, que no se abandonara, que ocupara su tiempo para que no se le hiciera insoportable. Ella sabía muy bien que eso no cambiaría nada, que quizá hasta podría ser peor: sobre todo por las tardes, cuando François no estuviera ahí al volver del trabajo, cuando ya no estuviera nunca más ahí. *No abandonarse*, qué extraña expresión. Uno se abandona, pase lo que pase. La vida consiste en abandonarse al paso del tiempo. Eso era precisamente lo que más deseaba Nathalie: abandonarse. Dejar de sentir el peso de cada segundo. Quería recuperar ligereza, aunque esa ligereza fuera insoportable.

No quiso llamar antes por teléfono. Quería llegar así, de improviso, también para que su vuelta fuera más discreta. En el vestíbulo, en el ascensor y en los pasillos se cruzó con numerosos compañeros, y todos, en esos pocos metros, trataron como pudieron de mostrarle su afecto. Una palabra, un gesto, una sonrisa o a veces un silencio. Había tantas actitudes como personas, pero le conmovió profundamente esa manera unánime y discreta de apoyarla. Paradójicamente, eran también todas esas muestras de afecto lo que ahora le hacía dudar. ¿Quería esa situación? ¿Quería vivir en un entorno donde todo sería compasión y silencios incómodos? Si volvía al trabajo, tendría que fingir, intentar que todo fuera bien. No soportaría ver en

las miradas ajenas una ternura que, a fin de cuentas, no era sino la antecámara de la compasión.

Inmóvil ante la puerta del despacho de su jefe, Nathalie vacilaba. Sentía que si entraba, sería para reincorporarse de verdad. Por fin se decidió y entró sin llamar. Charles estaba enfrascado en la lectura del diccionario. Era su manía: leía una definición todas las mañanas.

—¿Qué tal? ¿Te molesto? —preguntó Nathalie.

Él levantó la cabeza, sorprendido de verla. Era como una aparición. Se le hizo un nudo en la garganta, temía no ser capaz de moverse, paralizado como estaba por la emoción. Nathalie se acercó a él:

—¿Estabas leyendo tu definición?

—Sí.

—¿Y cuál toca hoy?

—La palabra «delicadeza». No me extraña que hayas aparecido justo en este momento.

—Es una palabra bonita.

—Me alegro de verte, aquí. Por fin. Tenía la esperanza de que vinieras.

Hubo entonces un silencio. Era extraño, pero entre ellos siempre llegaba un momento en que ya no sabían qué decirse. Y, en esos casos, Charles siempre proponía servirle un té. Era como gasolina para sus palabras. Luego añadió, muy excitado:

—He hablado con los accionistas suecos. A propósito, ¿sabes que ahora sé un poco de sueco?

—No.

—Pues sí... me han pedido que aprenda sueco... Vaya suerte tengo. No sabes qué asco de idioma.

—...

—Pero bueno, se lo debo, qué menos. Son bastante flexibles, todo hay que decirlo... En fin... Sí, te lo digo porque... les he hablado de ti... y están todos de acuerdo en que hagas exactamente como tú prefieras. Si decides reincorporarte, podrás hacerlo a tu ritmo, como tú quieras.

—Es muy amable por su parte.

—No es sólo eso. Aquí te echamos mucho de menos, de verdad.

—...

—Te echo de menos.

Pronunció esa frase mirándola fijamente. Con esa clase de mirada demasiado intensa que incomoda. En los ojos, el tiempo se hace interminable: un solo segundo es como una eternidad. A decir verdad, había dos cosas que Charles no podía negar: la primera, que siempre se había sentido atraído por ella; y la segunda, que su atracción se había acentuado desde la muerte de su marido. Resultaba difícil confesarse esa clase de inclinación. ¿Se trataba de una afinidad morbosa? No, no tenía por qué. Era su rostro. Era como si la tragedia lo hubiera sublimado. La tristeza de Nathalie aumentaba considerablemente su potencial erótico.

23

*Definición de la palabra
«delicadeza» según el diccionario
Larousse de la lengua francesa:*

Delicadeza n. f.

Hecho de ser delicado.

Estar en una situación de delicadeza: no llevarse bien con alguien, mantener una relación fría y distante.

24

Nathalie estaba sentada a su mesa, en su despacho. Desde la primera mañana de su vuelta, había tenido que enfrentarse a algo terrible: el calendario. Por respeto, nadie había tocado sus cosas. Y nadie había pensado en lo violento que sería para ella descubrir sobre su mesa la fecha, detenida en el tiempo, de su último día antes de la tragedia. Esa fecha, dos días antes del accidente de su marido. En esa página, aún estaba vivo. Cogió el calendario y empezó a pasar las hojas. Los días desfilaron ante sus ojos. Desde la muerte de François, le había parecido que cada día tenía un peso inmenso. Ahí, en pocos segundos, al pasar las hojas de los días, podía observar de manera concreta el camino recorrido. Todas esas hojas, y ella seguía ahí. Y ahora era hoy.

Y llegó el día en que hubo un nuevo calendario.

Hacía varios meses que Nathalie se había reincorporado al trabajo. Se había entregado a ello de una manera que algunos juzgaban excesiva. El tiempo parecía retomar su curso. Todo volvía a empezar: la rutina de las reuniones y lo absurdo de esos expedientes que se numeran como si no fueran más que una sucesión de elementos desprovistos de la más mínima importancia. Y el absurdo llevado a su máximo exponente: los expedientes nos sobrevivirán. Sí, eso es lo que se decía Nathalie, mientras archivaba documentos. Que todo ese papeleo era superior a nosotros en muchos aspectos, que no estaba sujeto a la enfermedad, a la vejez ni a ningún accidente. Ningún expediente moriría atropellado al ir a correr un domingo.

25

*Definición de la palabra «delicado»
según el Larousse, pues «delicadeza»
no basta para entender lo que es la
delicadeza:*

Delicado, -a (del lat. *delicatus*).

Muy fino; exquisito; refinado. Un rostro de rasgos delicados. Un perfume delicado.

Que manifiesta fragilidad. *Salud delicada.*

Difícil de manejar; escabroso. *Situación, maniobra delicada.*

Que manifiesta gran tacto o sensibilidad. *Un hombre delicado. Una atención delicada.*

Difícil de contentar (peyorativo).

26

Desde que había vuelto Nathalie, Charles estaba de buen humor. A veces hasta disfrutaba con sus clases de sueco. Entre ellos se había tejido algo parecido a la confianza y el respeto. Nathalie era consciente de la suerte que tenía de estar a las órdenes de un hombre tan amable y solícito con ella. Pero ya no era tan ciega como antes; ahora ya se daba perfecta cuenta de que se sentía atraído por ella. Le permitía hacer alusiones, más o menos sutiles. Él no iba nunca demasiado lejos, pues ella imponía una distancia que se le antojaba insuperable. Nathalie no entraba en su juego, por la sencilla razón de que no podía jugar. No tenía fuerzas para hacerlo. Conservaba toda su energía para el trabajo. Charles había tratado numerosas veces de invitarla a cenar, intentos estériles que ella rechazaba con un silencio. Era incapaz de salir, sencillamente. Y menos aún con un hombre. Le parecía absurdo, pues si tenía el valor de aguantar el tipo durante todo el día, de concentrarse en expedientes sin importancia, ¿por qué no se permitía momentos de tregua? Seguramente tenía que ver con el concepto de placer. No se sentía con derecho a hacer nada que pudiera considerarse ligero. Así eran las cosas. No era capaz. Y ni siquiera estaba segura de poder volver a serlo algún día.

Esa noche, todo sería distinto. Nathalie había accedido por fin, e iban a cenar juntos. Charles se había sacado de la manga un argumento de peso: había que celebrar su ascenso. Porque en efecto, había obtenido un ascenso muy bueno, y de ahora en adelante dirigiría un grupo compuesto por seis personas. Si bien su progresión profesional estaba del todo justificada por su competencia, Nathalie no podía por menos que preguntarse si no había

logrado ese ascenso a fuerza de suscitar compasión. En un primer momento quiso rechazarlo, pero era complicado no aceptar un ascenso. Después, al constatar la insistencia de Charles en organizar esa velada, se preguntó si no había acelerado su progresión profesional con el único objetivo de conseguir una cena a solas. Todo era posible, de nada servía devanarse los sesos para tratar de comprender. Nathalie se limitó a decirse que tenía razón, y que seguramente era una buena ocasión para obligarse a salir un poco. Quizá pudiera recuperar así una especie de soltura nocturna.

27

Charles se jugaba mucho en esa cena. Sabía que sería decisiva. Se preparó con la misma ansiedad que en su primera cita de adolescente. A fin de cuentas, no era una sensación tan extravagante. Tratándose de ella, casi podía pensar que era la primera vez que salía a cenar con una mujer. Era como si Nathalie poseyera la extraña capacidad de reducir a la nada todo recuerdo de su vida sensual.

Por supuesto, evitó los restaurantes de ambiente demasiado íntimo, no quería importunarla con un romanticismo que ella habría podido juzgar inapropiado. Los primeros minutos fueron perfectos. Bebían, diciéndose frases cortas, y los breves silencios que se instauraban de vez en cuando no resultaban incómodos. Nathalie apreció el hecho de estar ahí, bebiendo. Pensó que debería haber reanudado antes las salidas nocturnas, que el placer venía de la acción; más todavía: le apetecía cierta ebriedad. Sin embargo, algo la mantenía con los pies en la tierra. Nunca podía escapar del todo de su propia condición. Podía beber cuanto quisiera, ello no cambiaría nada. Estaba ahí sin más, con una lucidez absoluta, viéndose a sí misma interpretar un papel, como una actriz en un escenario. Desdoblada así, observaba pasmada la mujer que ya no era, la mujer que podía estar en la vida y en la seducción. Ese momento bañaba en una luz aún más intensa todos los detalles de su imposibilidad de ser. Pero Charles no veía nada de todo eso. Charles nadaba en lo más obvio, en la superficie, trataba de hacerla beber, con el fin de acceder a un poco de vida con ella. Estaba subyugado. Desde hacía varios meses, Nathalie se le antojaba rusa. No sabía muy bien lo que significaba eso, pero era así: en su mente, Nathalie

tenía una fuerza rusa, una tristeza rusa. Su feminidad había viajado así desde Suiza hasta Rusia.

—Y entonces... ¿por qué este ascenso? —le preguntó ella.

—Porque tu trabajo es fantástico... y porque me pareces maravillosa, nada más.

—¿Nada más?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Es que sientes que hay algo más?

—¿Yo? Yo no siento nada.

—¿Y si pongo la mano aquí, no sientes nada?

Ni él mismo sabía cómo se había atrevido. Se decía que, esa noche, todo podía ocurrir. ¿Cómo podía estar tan lejos de la realidad? Al poner su mano sobre la suya, recordó enseguida aquel otro momento, hacía tiempo, en que la puso sobre su rodilla. Ella lo miró de la misma manera que entonces. Y a Charles no le quedó más remedio que dar marcha atrás. Estaba harto de que Nathalie fuera inaccesible, harto de vivir rodeado de silencio. Quería aclarar las cosas.

—No te gusto, ¿es eso?

—Pero... ¿por qué me preguntas eso?

—Y tú, ¿por qué haces preguntas? ¿Por qué no contestas nunca?

—Porque no sé...

—¿No crees que debes avanzar? No te pido que olvides a François... pero no vas a quedarte encerrada toda tu vida... Sabes hasta qué punto puedo estar aquí para ti...

—... Pero si estás casado...

A Charles le sorprendió que mencionara así a su mujer. Podía parecer increíble, pero la había olvidado. No era un hombre casado que cena con otra mujer. Era un hombre en el instante presente. Sí, estaba casado. Estaba sumido en lo que él mismo llamaba «*la vida de ca(n)sado*». Su matrimonio era puro hastío. Entre su esposa y él ya no había absolutamente nada. De ahí su sorpresa, porque era profundamente sincero en su atracción por Nathalie.

—Pero ¿por qué me hablas de mi mujer? ¡Es una sombra! Ni nos tocamos siquiera, apenas nos rozamos.

—Nadie lo diría.

—Porque para ella es muy importante aparentar. Cuando viene a la oficina, es sólo para pavonearse. Pero si supieras lo patéticos que somos, si supieras...

—Entonces déjala.

—Por ti, la dejo ahora mismo.

—Por mí no... Por ti.

Hubo un silencio, un tiempo para respirar varias veces, para beber unos sorbos. A Nathalie le había sorprendido desagradablemente que mencionara a François, que intentara que la velada se encaminara, tan pronto y de manera tan burda, hacia un destino tan elemental. Terminó por decir que quería irse a casa. Charles se dio perfecta cuenta de que había ido demasiado lejos, de que había estropeado la velada con sus declaraciones. ¿Cómo no había visto que no era el momento? Que no estaba preparada. Había que ir despacio, paso a paso. Y él se había lanzado como un loco, a toda velocidad, tratando de recuperar en dos minutos años y años de deseo. Y todo por culpa del principio de la velada. Había sido esa entrada en materia, tan bonita y tan prometedora, la que lo había sumido en la confianza de los hombres con prisa.

Se recuperó del golpe: después de todo, tenía derecho a decir lo que sentía. Sincerarse no era ningún crimen. Y sí, era cierto que con ella todo era muy difícil, su estatus de viuda complicaba mucho las cosas. Pensó que habría tenido más probabilidades de seducirla algún día si François no hubiera muerto. Al matarse, había detenido su amor en el tiempo. Los había propulsado a una eternidad inmutable. ¿Cómo conquistar el corazón —o lo que fuera— de una mujer en esas condiciones? Una mujer que vive en un mundo detenido en el tiempo. Uno llegaba a preguntarse si de verdad François no se había matado a propósito para prolongar eternamente su

amor. No por nada piensan algunos que la pasión sólo puede tener un final trágico.

28

Salieron del restaurante. La situación era cada vez más incómoda. Charles no encontraba la palabra adecuada, la réplica ingeniosa, ni el sentido del humor siquiera para salir del mal paso, para relajar un poco la atmósfera. No había nada que hacer, estaban atascados. Desde hacía meses, Charles se había mostrado delicado y solícito, había sido respetuoso y fiel, y ahora todos sus esfuerzos por ser un hombre como es debido habían quedado reducidos a la nada porque no había sabido dominar su deseo. Su cuerpo era ahora como un absurdo desmembrado, cada miembro poseía un corazón autónomo. Trató de besar a Nathalie en la mejilla, un gesto que le hubiera gustado que resultara desenvuelto y cordial, pero tenía el cuello rígido. Ese tiempo ahogado duró un rato todavía, como una lenta sucesión de segundos pretenciosos.

Y, de pronto, Nathalie le regaló una gran sonrisa. Quería darle a entender que la cosa no era tan grave. Que más valía olvidar esa velada, y punto. Dijo que quería andar un poco y se marchó, dejando en el ambiente esa nota dulce. Charles siguió observándola, sin apartar los ojos de su espalda. No podía moverse, estaba petrificado en su fracaso. En el centro de su campo visual, Nathalie se alejaba, se iba haciendo cada vez más pequeña, pero era él el que encogía, el que se iba arrugando por momentos, ahí parado en la calle.

Y, entonces, Nathalie se detuvo.

Y dio media vuelta.

De nuevo caminaba hacia él. Esa mujer que, un segundo antes, se desvanecía en su campo visual, crecía ahora a medida que se iba acercando a él. ¿Qué quería? No debía hacerse ilusiones. Seguramente habría olvidado

las llaves, un pañuelo o alguno de esos numerosos objetos que a las mujeres les encanta dejarse en todas partes. Pero no, no se trataba de eso. Se veía en su manera de andar. Se notaba que no era una cuestión material. Que volvía hacia él para hablarle, para decirle algo. Sus andares eran ligeros, vaporosos, como la protagonista de una película italiana de 1967. Él también quería avanzar hacia ella. En su delirio romántico, pensaba que debía empezar a llover. Que todo el silencio del final de la cena no había sido sino confusión. Que volvía no para hablarle, sino para besarlo. Era de verdad extraño: cuando Nathalie se había marchado, Charles había tenido la intuición de que no debía moverse porque iba a volver. Pues era obvio que entre ellos había algo instintivo y simple, algo fuerte y frágil, y así había sido desde el principio. Pero claro, había que entenderla. No era fácil para ella. No era fácil admitir esa clase de sentimientos cuando tu marido acaba de morir. Era incluso atroz. Y, sin embargo, ¿cómo resistirse? Las historias de amor suelen ser amorales.

Nathalie estaba ya muy cerca de él, febril y divina, voluptuosa encarnación de la feminidad trágica. Ahí estaba su amor, Nathalie:

—Perdona que antes no te contestara... Me sentía incómoda...

—Sí, lo entiendo.

—Es que es muy difícil ponerle palabras a mis sentimientos.

—Lo sé, Nathalie.

—Pero creo que puedo contestarte: no me gustas. Y más aún, creo que me incomoda tu manera de intentar seducirme. Estoy segura de que nunca habrá nada entre nosotros. Puede que, sencillamente, ya no sea capaz de querer a alguien, pero si alguna vez se me pasara por la cabeza hacerlo, sé que no sería a ti.

—...

—No podía volver a casa así, sin más. Prefería decírtelo.

—Pues ya está dicho. Ya lo has dicho. Sí, ya está dicho. Si lo he oído, es que lo has dicho. Lo has dicho, sí.

Nathalie observó a Charles, que seguía hipando. Sus palabras quedaban en suspenso, y progresivamente se las iba tragando el silencio. Eran palabras como los ojos de un moribundo. Nathalie esbozó un gesto de

ternura: le puso la mano en el hombro. Y se marchó por donde había venido. Volvió hacia la Nathalie pequeña, pequeña. Charles quiso seguir de pie, pero no fue fácil. No se lo podía creer. Sobre todo el tono en el que le había hablado. Con gran sencillez, sin una pizca de maldad. Tenía que rendirse ante la evidencia: no le gustaba, y no le gustaría nunca. No sentía rabia ninguna. Era como el final repentino de algo que lo había animado durante años. El final de una posibilidad. La velada había seguido la misma línea que el *Titanic*. Una velada festiva al principio, que al final terminaba en un naufragio. A menudo la verdad se parecía mucho a un iceberg. Nathalie seguía en su campo visual, y quería verla alejarse lo más rápido posible. Incluso el puntito que era ahora se le antojaba desmesuradamente insoportable.

29

Charles caminó un poco, hasta el aparcamiento. Una vez en su coche, se fumó un cigarro. Lo que sentía estaba en perfecta sintonía con el amarillo agresivo de los neones del techo. Puso el motor en marcha y encendió la radio. El locutor hablaba de una extraña serie de partidos que habían terminado todos en empate aquella jornada, lo que provocaba un *statu quo* en la clasificación de la liga de primera división. Todo era coherente. Charles era como un club perdido en mitad de la clasificación. Estaba casado, tenía una hija, dirigía una empresa de éxito, pero sentía un inmenso vacío. Sólo el sueño de Nathalie había tenido la capacidad de insuflarle vida. Ahora todo eso había terminado, todo estaba aniquilado, destruido, arrasado. Podía añadir sinónimos a la lista, nada cambiaría ya. Pensó entonces que había algo peor que ser rechazado por la mujer a la que uno ama: tener que verla todos los días. Encontrarse en todo momento cerca de ella, en un pasillo. No pensó en el pasillo por casualidad. En los despachos Nathalie era hermosa, pero Charles había pensado siempre que su erotismo era más intenso en los pasillos. Sí, en su cabeza, era una mujer-pasillo. Y, ahora, acababa de comprender que cuando llegara al final del pasillo tendría que dar media vuelta.

En cambio, para volver a casa, nunca hay que dar media vuelta. El coche de Charles iba por la carretera de todos los días. Parecía el metro, de tan idéntico como era todo en aquel trayecto. Aparcó y se fumó otro cigarro en el garaje de su edificio. Al abrir la puerta de su casa, vio a su mujer sentada ante el televisor. Nadie habría podido adivinar que, en un pasado, una suerte de frenesí sexual había animado a Laurence. Se iba adecuando,

lenta pero segura, al prototipo de burguesa depresiva. Extrañamente, esa imagen no afectó a Charles. Avanzó despacio hacia el televisor y lo apagó. Su mujer protestó, sin mucha convicción. Se acercó a ella y la agarró con firmeza del brazo. Ella quiso reaccionar, pero de su boca no salió sonido alguno. En el fondo, había soñado con ese momento, había soñado con que su marido la tocara, había soñado con que dejara de pasar por su lado como si ya no existiera. Su vida en común era un entrenamiento cotidiano para el no ser. Sin intercambiar una palabra, se dirigieron a su dormitorio. La cama estaba hecha y, de pronto, dejó de estarlo. Charles volvió a Laurence de espaldas y le bajó las bragas. El rechazo de Nathalie le había dado ganas de hacerle el amor a su mujer, y de hacerlo incluso con cierta brutalidad.

30

*Resultados de primera división en la
noche en que Charles comprendió
que no le gustaría nunca a Nathalie:*

Auxerre - Marsella: 2-2

*

Lens - Lille: 1-1

*

Toulouse - Sochaux: 0-1

*

Paris Saint-Germain - Nantes: 1-1

*

Grenoble - Le Mans: 3-3

*

Saint-Étienne - Lyon: 0-0

*

Monaco - Nice: 0-0

*

Rennes - Bordeaux: 0-1

*

Nancy - Caen: 1-1

*

Lorient - Le Havre: 2-2

31

Después de esa cena, su relación ya no volvió a ser la misma. Charles se distanció un poco, lo que Nathalie comprendió perfectamente. Si hablaban alguna vez, cosa poco frecuente, lo hacían únicamente de trabajo. La gestión de sus asuntos respectivos requería pocas interferencias. Desde su ascenso, Nathalie dirigía un equipo de seis personas^[3]. Cambió de despacho, lo cual le vino muy bien. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Es que bastaba cambiar de ambiente para cambiar de humor? Quizá debiera sopesar la idea de mudarse a otra casa. Pero en cuanto barajó esa posibilidad se dio cuenta de que no tendría valor para hacerlo. Hay en el duelo una fuerza contradictoria, una fuerza absoluta que lo propulsa a uno tanto hacia la necesidad de cambio como hacia la tentación morbosa de la fidelidad al pasado. De modo que era sólo su vida profesional lo que Nathalie volvía hacia el futuro. Su nuevo despacho, en la última planta del edificio, parecía tocar el cielo, y Nathalie se alegraba de no tener vértigo. Era ésta una alegría que se le antojaba sencilla.

Los meses sucesivos siguieron marcados por una bulimia de trabajo. Pensó incluso en apuntarse a clases de sueco, por si tenía que asumir nuevas funciones. No se puede decir que fuera ambiciosa. Sólo buscaba ahogarse en trabajo y más trabajo. Su entorno seguía preocupándose por ella, consideraba su forma excesiva de trabajar una forma de depresión. Esa teoría la irritaba profundamente. Para ella, las cosas eran muy simples: sólo quería trabajar mucho para no pensar, para estar sumida en una suerte de vacío. Cada uno lucha como puede, y le hubiera gustado que sus más allegados, en lugar de elaborar oscuras teorías, la apoyaran en su lucha.

Estaba orgullosa de lo que conseguía hacer. Iba a la oficina incluso los fines de semana, se llevaba trabajo a casa y se entregaba a ello a todas horas. Llegaría sin remedio un momento en que se desplomara de agotamiento, pero por ahora sólo avanzaba gracias a esa adrenalina sueca.

Su energía impresionaba a todo el mundo. Como ya no mostraba la más mínima debilidad, sus compañeros empezaban a olvidar lo que había vivido. François se iba convirtiendo en un mero recuerdo para los demás, y sólo así quizá pudiera serlo para ella también. Sus largas horas de presencia hacían que estuviera siempre disponible, sobre todo para los miembros de su equipo. Chloé, la última en incorporarse al grupo, era también la más joven. Le gustaba especialmente sincerarse con Nathalie, en particular de sus problemas con su novio y su motivo permanente de angustia: era tremendamente celosa. Sabía que era una tontería, pero no lograba dominarse y tener un comportamiento racional. Ocurrió entonces algo extraño: las confidencias de Chloé, teñidas de inmadurez, permitieron a Nathalie reanudar con un mundo perdido. El de su juventud, el de sus miedos de no encontrar un hombre con el que se sintiera bien. Había en las palabras de Chloé algo similar a la impresión de un recuerdo que se recompone.

32

Fragmento del guión de La delicadeza:

Sec. 32: Interior, bar

Nathalie y Chloé entran en un bar. No es la primera vez que van a ese local. Nathalie sigue a Chloé. Se instalan en un rincón junto a una ventana. En el exterior: posibilidad de lluvia.

Chloé, *con mucha espontaneidad*: ¿Qué tal? ¿Se encuentra bien?

Nathalie: Sí, sí, muy bien.

Chloé observa a Nathalie.

Nathalie: ¿Por qué me mira así?

Chloé: Me gustaría que nuestra relación fuera más equilibrada. Que me hablara de usted. Es que es verdad, sólo hablamos de mí.

Nathalie: ¿Qué quiere saber?

Chloé: Hace tiempo que murió su marido... y... y... ¿le incomoda que hablemos de ello?

Nathalie parece sorprendida. Nadie aborda el tema de manera tan directa. Hay una pausa, y luego Chloé prosigue.

Chloé: Es que es verdad... es usted joven, guapa... Y mire a ese hombre de ahí, no le quita ojo desde que hemos entrado.

Nathalie vuelve la cabeza y se cruza con los ojos del hombre, que la mira.

Chloé: No está nada mal. Me da que es escorpio. Y como usted es piscis, es lo ideal.

Nathalie: Apenas lo he visto, ¿y ya está usted haciendo pronósticos?

Chloé: Bueno, es que la astrología es importante. Es la clave del problema con mi novio.

Nathalie: Entonces ¿no hay solución? Porque no puede cambiar de signo.

Chloé: No, el muy tonto siempre será tauro.

Plano sobre el rostro sin expresión de Nathalie.

CUT

33

A Nathalie le parecía ridículo estar ahí y tener esa clase de conversaciones con una chica tan joven. Sobre todo, seguía incapaz de vivir el momento presente. Quizá el dolor sea eso: una forma permanente de estar desarraigado de lo inmediato. Miraba con desapego el comportamiento de los adultos. Era del todo capaz de decirse: «No estoy aquí». Al hablarle con la energía ligera del ahora, Chloé trataba de retenerla, trataba de incitarla a pensar: «Estoy aquí». No dejaba de hablarle de ese hombre. Y, precisamente, éste acababa de terminarse su cerveza, y se veía a la legua que dudaba si acercarse a ellas. Nunca es fácil pasar de la mirada a la conversación, de los ojos a las palabras. Tras una larga jornada de trabajo, se sentía en ese estado de relajación que a veces lo lleva a uno a ser atrevido. El cansancio suele estar en la raíz de toda audacia. Seguía observando a Nathalie. ¿Qué tenía que perder, después de todo? Nada, salvo quizá un poco del encanto de ser un desconocido.

Pagó su cerveza y abandonó su puesto de observación. Avanzó con un paso que casi podría haber pasado por decidido. Nathalie estaba a pocos metros de él: tres o cuatro, no más. Comprendió que ese hombre venía a hablar con ella. Enseguida la asaltó una idea extraña: este hombre que avanza hacia mí quizá muera atropellado dentro de siete años. Ese momento la turbaba sin remedio, acentuaba su fragilidad. Todo hombre que la abordara le recordaría sin remedio el día en que François y ella se habían conocido. Sin embargo, ese hombre en concreto no tenía nada que ver con su marido. Venía hacia ella con su sonrisa de la noche, su sonrisa del mundo fácil. Pero, una vez delante de su mesa, se quedó mudo. Un momento en

suspenso. Había decidido abordarlas, pero no había preparado ni la más mínima frasecita de ataque. ¿Quizá simplemente estuviera cohibido? Las chicas observaban, extrañadas, a ese hombre parado ahí delante como un punto de exclamación.

—Buenas noches... ¿me permiten que las invite a una copa? —dijo por fin, sin mucha inspiración.

Chloé asintió, y el hombre se acomodó junto a ellas, con la sensación de haber recorrido la mitad del camino. Una vez sentado, Nathalie pensó: *es tonto perdido. Me ofrece una copa cuando la que tengo está casi llena.* Y, de pronto, cambió de parecer. Se dijo que su vacilación en el momento de abordarlas había sido conmovedora. Pero de nuevo se impuso su agresividad. Una oleada incesante de estados de ánimo contradictorios se apoderaba de ella. Sencillamente no sabía qué pensar. Cada uno de sus gestos estaba sujeto a una voluntad opuesta.

Chloé se encargó de la conversación, acumulando anécdotas positivas sobre Nathalie, para ensalzarla. A juzgar por lo que contaba, era una mujer moderna, brillante, divertida, culta, dinámica, precisa, generosa y rotunda. Todo eso en menos de cinco minutos, por lo que el hombre sólo podía estar preguntándose una cosa: ¿cuál es la pega? En cada una de las parrafadas encomiásticas de Chloé, Nathalie trató de esbozar sonrisas creíbles, dulcificando sus facciones, y durante escasos instantes, pareció natural. Pero la energía empleada la dejó agotada. ¿De qué servía esforzarse por aparentar? ¿De qué servía emplearse a fondo para mostrarse sociable y simpática? Y, ¿qué vendría después? ¿Otra cita? ¿La necesidad de una mayor intimidad cada vez? De pronto, todo lo que era sencillo y ligero se le antojó muy negro. Percibió, bajo la conversación anodina, el engranaje monstruoso de la vida en pareja.

Se disculpó y se levantó para ir al baño. Se observó largo rato en el espejo, cada detalle de su rostro. Se mojó las mejillas. ¿Se veía guapa? ¿Tenía opinión sobre sí misma, sobre su feminidad? Debía volver. Ya llevaba ahí varios minutos, inmóvil en su contemplación, entregada a la

fluctuación de sus reflexiones. Cuando volvió a la mesa, cogió su abrigo. Inventó una excusa cualquiera, pero no se tomó la molestia de parecer creíble. Chloé pronunció una frase que no llegó a oír. Ya estaba fuera del bar. Algo más tarde, al irse a la cama, el hombre se preguntó si se había mostrado torpe.

34

*Signos del Zodiaco de los miembros
del equipo de Nathalie:*

Chloé: Libra

*

Jean-Pierre: Piscis

*

Albert: Tauro

*

Markus: Escorpio

*

Marie: Virgo

*

Benoît: Capricornio

35

A la mañana siguiente, se disculpó rápidamente con Chloé, sin entrar en detalles. En la oficina, era su jefa; era una mujer fuerte. Se limitó a decirle que todavía no se sentía capaz de salir. «Es una pena», dijo en voz baja su joven subalterna. Y eso fue todo. Había que pasar a otra cosa. Después de esa breve conversación con Chloé, Nathalie se quedó un momento en el pasillo y luego volvió a su despacho. Por fin vio su trabajo como de verdad era: carente del más mínimo interés.

Nunca se había apartado del todo del mundo sensual. Nunca había dejado verdaderamente de ser femenina, ni siquiera en los momentos en que quería morir. Quizá lo hiciera como un homenaje a François, o quizá fuera simplemente la idea de que a veces basta maquillarse para parecer viva. Hacía tres años que su marido había muerto. Nathalie llevaba tres años desmenuzando su vida en el vacío. Le habían sugerido a menudo que se separara de los recuerdos. Tal vez fuera ésa la mejor manera de dejar de vivir en el pasado. Nathalie le daba vueltas a esa expresión: «separarse de los recuerdos». ¿Cómo se abandona un recuerdo? En lo que a los objetos respecta, había aceptado la idea. Ya no soportaba la presencia de aquellos que François hubiera tocado. Así que ya no le quedaba gran cosa, excepto una foto guardada en el cajón grande de su escritorio. Una foto que parecía perdida. La contemplaba a menudo, como si quisiera convencerse de que su relación había existido de verdad. En el cajón había también un pequeño espejo. Lo cogió para observarse, como lo haría un hombre que la viera por primera vez. Se levantó y se puso a andar de un extremo a otro de su despacho, con las manos en las caderas. La moqueta ahogaba el sonido de

sus tacones de aguja. La moqueta asesina la sensualidad. Pero ¿quién narices habrá inventado la moqueta?

36

Llamaron a la puerta. Discretamente, apenas se oyó. Nathalie se sobresaltó, como si esos últimos segundos le hubieran hecho creer que podía estar sola en el mundo. Dijo: «Adelante», y Markus entró. Era un compañero oriundo de Uppsala, una ciudad sueca que no le interesa a casi nadie. Hasta los habitantes de Uppsala^[4] se sienten incómodos: el nombre de su ciudad suena casi como una disculpa. Suecia tiene la tasa de suicidios más alta del mundo. Una alternativa al suicidio es emigrar a Francia, eso es lo que debía de haber pensado Markus. El joven tenía un físico más bien desagradable, pero tampoco se puede decir que fuera feo. Tenía siempre una manera de vestir un poco especial: no se sabía si había sacado su ropa del trastero de casa de su abuelo, de la beneficencia o de una tienda de última moda. En conjunto, su aspecto era poco homogéneo.

—Vengo a verla por el expediente 114 —dijo.

¿Es que no bastaba su extraña apariencia, también tenía que decir frases tan estúpidas? Nathalie no tenía la menor gana de trabajar hoy. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo. Se sentía como desesperada: casi podría haberse ido de vacaciones a Uppsala, con eso se dice todo. Observaba a Markus, que no se movía. Éste la miraba, embelesado. Para él, Nathalie representaba esa clase de feminidad inaccesible, a lo que venía a añadirse la fantasía que desarrollan algunos con respecto a todo superior jerárquico, a todo ser en una posición dominante. Nathalie decidió entonces caminar hacia él, caminar despacio, muy despacio. Casi habría dado tiempo a leer una novela mientras tanto. No parecía querer detenerse, tanto es así que de pronto se encontró muy cerca del rostro de Markus, tan cerca que sus narices se tocaron. El sueco ya no respiraba. ¿Qué quería de él? No le

dio tiempo a seguir formulándose esa pregunta en su cabeza, pues Nathalie empezó a besarlo con frenesí. Un largo beso intenso, con esa intensidad propia de la adolescencia. Y, de pronto, dio un paso atrás:

—Ya hablaremos más tarde del expediente 114.

Abrió la puerta e invitó a Markus a salir de su despacho. Éste obedeció con dificultad. Se sentía como Armstrong en la Luna. Ese beso era un gran paso para su humanidad. Se quedó un momento inmóvil delante de la puerta del despacho. En cuanto a Nathalie, ya había olvidado por completo lo que acababa de ocurrir. Su acto no tenía ningún vínculo con la sucesión de los demás actos de su vida. Ese beso era la manifestación de una anarquía repentina en sus neuronas, lo que podría llamarse un acto gratuito.

37

El invento de la moqueta

Parece difícil llegar a saber quién inventó la moqueta. Según el diccionario Larousse, la moqueta no es más que «una alfombra que se vende por metros».

Esta definición plasma la naturaleza patética de su existencia.

38

Markus era un hombre puntual y le gustaba volver a su casa a las siete y cuarto en punto. Se sabía los horarios del tren de cercanías como otros se saben los perfumes preferidos de su mujer. No le disgustaba esa vida cotidiana idéntica a sí misma. A veces tenía la impresión de ser amigo de esos desconocidos con los que se cruzaba cada día. Aquella tarde tenía ganas de gritar, de contarle su vida a todo el mundo. Su vida con los labios de Nathalie sobre los suyos. Quería levantarse y apearse en una estación cualquiera, así porque sí, sólo para tener la impresión de salirse de la costumbre. Quería estar loco, lo cual era la prueba de que no lo estaba.

Mientras caminaba hacia su casa, volvieron a su mente imágenes de su infancia sueca. Fue bastante rápido. La infancia en Suecia se parece a la vejez en Suiza. Pero, pese a todo, volvió a pensar en aquellos momentos en que se sentaba al fondo de la clase para contemplar la espalda de las chicas. Durante años, había admirado las nucas de Kristina, Pernilla, Joanna y otras muchas chicas cuyos nombres terminaban por A, sin poder nunca rozar siquiera otra letra. No recordaba sus caras. Soñaba con volverlas a ver, sólo para decirles que Nathalie lo había besado; para decirles que no habían sabido ver su atractivo. Ah, qué bonita era la vida.

Una vez delante de su edificio, vaciló. Estamos asediados por un sinfín de cifras que memorizar. Los números de teléfono, las contraseñas de acceso a Internet, las tarjetas de crédito... De modo que, sin remedio, llega un momento en que todo se confunde. Intentas entrar en tu casa utilizando tu número de móvil. Markus, cuyo cerebro estaba perfectamente

organizado, se sentía al amparo de esa clase de problema; sin embargo, eso fue exactamente lo que le ocurrió aquella tarde. No había manera de que recordara el código del portero automático. Probó varias combinaciones, en vano. ¿Cómo podía uno olvidar por la tarde aquello que por la mañana recordaba perfectamente? ¿El exceso de información nos empujará ineluctablemente hacia la amnesia? Por fin, llegó un vecino y se colocó delante de la puerta. Podría haber abierto enseguida, pero prefirió saborear ese momento de evidente superioridad. A juzgar por su mirada, uno casi hubiera dicho que *recordar el código* era señal de virilidad. El vecino se decidió por fin a abrir, y dijo pomposamente: «No, por favor, pase usted primero». Markus pensó: *Gilipollas, si supieras lo que tengo en la cabeza, tengo algo tan bonito que borra todos los datos inútiles...* Subió la escalera, y enseguida olvidó el desagradable contratiempo. Seguía sintiéndose ligero y repasaba en su cabeza una y otra vez la escena del beso. Era ya una película de culto en su memoria. Abrió por fin la puerta de su apartamento, y su salón se le antojó muy pequeño comparado con sus ganas de vivir.

39

*Código de acceso al edificio de
Markus:*

A9624

40

A la mañana siguiente, se despertó muy temprano. Tanto, que ni siquiera estaba seguro de haber dormido. Esperaba el sol con impaciencia, como una cita importante. ¿Qué pasaría hoy? ¿Cuál sería la actitud de Nathalie? ¿Y él, qué debía hacer él? ¿Quién sabe cómo actuar cuando una mujer hermosa te besa sin darte la más mínima explicación? Se sentía asaltado por un sinfín de preguntas, lo cual nunca era buena señal. Tenía que respirar despacio (...) y (...), sí, así, eso es (...), muy bien (...). Y decirse que era simplemente un día como otro cualquiera.

A Markus le gustaba leer. Era un bonito punto en común con Nathalie. Aprovechaba sus trayectos cotidianos en tren para entregarse a esa pasión. Hacía poco había comprado muchos libros, y ahora debía elegir cuál de ellos acompañaría ese gran día. Estaba ese autor ruso que le gustaba mucho, un autor bastante menos leído que Tolstoi o Dostoievski, vaya usted a saber por qué, pero el libro era demasiado gordo. Quería un texto que pudiera leer a salto de mata según le apeteciera, pues sabía que no conseguiría concentrarse. Por ese motivo se decidió por *Silogismos de la amargura*, de Cioran.

Una vez en la oficina, trató de pasar el mayor tiempo posible junto a la máquina de café. Para que pareciera natural, se tomó varios. Al cabo de una hora, empezó a sentirse un pelín nervioso. Varios cafés cargados y una noche sin dormir nunca son buena combinación. Fue al baño, y se encontró gris. Volvió a su despacho. Hoy no había prevista ninguna reunión con Nathalie. ¿Quizá simplemente debía ir a verla? Utilizar el pretexto del

expediente 114. Pero no había nada que decir sobre el expediente 114. Sería una tontería. Ya no aguantaba más estar así, dejándose carcomer por la indecisión. ¡Después de todo, la que tenía que ir a verlo era ella! Ella lo había besado a él, y no al revés. Nadie tiene derecho a actuar así sin dar explicaciones. Era como robar algo y salir corriendo. Era exactamente eso: había salido corriendo de sus labios. Sin embargo, Markus sabía que Nathalie no iría a verlo. Puede que incluso hubiera olvidado ese momento, ¿quizá él no había sido para ella más que un acto gratuito? Su intuición era acertada. Percibía una injusticia terrible en esa posibilidad: ¿cómo podía el acto del beso ser gratuito para ella cuando para él tenía un valor incalculable? Sí, un valor exorbitante. Ese beso estaba ahí, por todas partes dentro de él, moviéndose en el interior de su cuerpo.

41

Fragmento de un análisis del cuadro
El beso de Gustav Klimt:

La mayoría de las obras de Klimt pueden dar pie a numerosas interpretaciones, pero su utilización anterior del tema de la pareja en el friso *Beethoven* y el friso *Stoclet* permite ver en *El beso* la realización postrera de la búsqueda humana de la felicidad.

42

Markus no lograba concentrarse. Quería su explicación. Sólo había una manera de obtenerla: hacerse el enconradizo. Ir y venir delante del despacho de Nathalie, todo el día si era necesario. En algún momento tendría que salir, y entonces... ahí estaría él, de pura casualidad, yendo y viniendo delante de su despacho. Al final de la mañana, estaba empapado en sudor. Pensó de pronto: «¡Así no le voy a causar buena impresión!» Si saliera ahora, se cruzaría con un hombre sudado que perdía el tiempo yendo y viniendo por el pasillo sin hacer nada. Iba a parecer un tipo raro que camina sin motivo.

Después de comer, volvieron a asaltarle atropelladamente los pensamientos de la mañana. Su estrategia era acertada, debía seguir yendo y viniendo por el pasillo. Era la única solución. Es tan difícil caminar fingiendo que se va a alguna parte... Tenía que adoptar un aire preciso y concentrado; lo peor era desplazarse haciendo como si caminara deprisa. Al final de la tarde, agotado ya, se cruzó con Chloé. La joven le preguntó:

—¿Estás bien? No sé, te encuentro como... raro.

—Sí, sí, estoy bien. Estoy estirando las piernas un poco. Me ayuda a pensar.

—¿Sigues con el expediente 114?

—Sí.

—¿Y qué tal lo llevas?

—Bien. Bueno, más o menos.

—Pues chico, a mí el 108 me está dando un montón de quebraderos de cabeza. Quería hablarlo con Nathalie, pero no ha venido hoy.

—¿Ah, no? ¿No... ha venido hoy? —preguntó Markus.

—No... Tenía una reunión fuera de París, creo. Bueno, te dejo, voy a ver si soluciono esto.

Markus no reaccionó.

Había caminado tanto que a estas alturas él también habría podido estar fuera de París.

43

*Tres aforismos de Cioran leídos por
Markus en el tren de cercanías:*

El arte de amar consiste en saber unir a un temperamento de vampiro la
discreción de una anémona.

*

En el corazón de cada deseo se enfrentan un monje y un carnicero.

*

El espermatozoide es un bandido en estado puro.

Al día siguiente, Markus llegó al trabajo con un estado de ánimo muy diferente. No comprendía por qué se había comportado de tan extraña manera. A quién se le ocurría ir y venir sin tregua por un pasillo. El beso lo había alterado mucho, y hay que decir también que últimamente su vida afectiva había sido especialmente tranquila, pero no era razón para mostrarse tan pueril. Debería haber conservado la calma. Seguía queriendo que Nathalie le diera una explicación, pero ya no trataría de cruzarse con ella haciéndose el encontradizo. Sencillamente iría a verla a su despacho.

Llamó con decisión a la puerta. Ella dijo «adelante», y él obedeció sin vacilar. Entonces se encontró cara a cara con un gran problema: Nathalie había ido a la peluquería. Markus siempre había sido muy sensible al cabello. Y tenía ante sí un espectáculo desconcertante: ahora el de Nathalie era completamente liso. De una belleza que quitaba el hipo. Si se lo hubiera recogido, como lo hacía a veces, todo habría sido más sencillo. Pero ante tamaña manifestación capilar, Markus sintió que le faltaba el habla.

—Sí, Markus, ¿qué quería?

Interrumpió sus divagaciones, y al fin pronunció la primera frase que se le ocurrió:

—Me gusta mucho su pelo.

—Gracias, es muy amable.

—No, de verdad: me maravilla.

A Nathalie le sorprendió esa declaración matinal. No sabía si debía sonreír o sentirse incómoda.

—Sí, bueno, ¿y aparte?

—...

—¿No habrá venido a verme sólo para hablarme de mi pelo?

—No... no...

—¿Para qué entonces? Le escucho.

—...

—Markus, ¿está usted aquí?

—Sí...

—¿Y bien?

—Quería saber por qué me besó.

El recuerdo del beso volvió a su memoria, en primer plano. ¿Cómo había podido olvidarlo? Cada instante se recomponía, y Nathalie no pudo contener una mueca de asco. ¿Estaba loca? En los últimos tres años no se había acercado a ningún hombre, ni siquiera había pensado interesarse por nadie, y ahora, de buenas a primeras, había besado a ese colega insignificante. Dicho colega esperaba una respuesta, lo cual era perfectamente comprensible. El tiempo pasaba. Tenía que decir algo.

—No lo sé —confesó en voz baja Nathalie.

Markus había querido una respuesta, un rechazo incluso, pero desde luego no es nada.

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé.

—No puede dejarme así. Tiene que darme una explicación.

No había nada que decir.

Ese beso era como el arte moderno.

45

*Título de un cuadro de Kasimir
Malevich:*

Cuadrado blanco sobre fondo blanco (1918)

46

Más tarde, Nathalie estuvo reflexionando: ¿por qué ese beso? Porque sí, y nada más. No somos dueños de nuestro reloj biológico interno. En este caso, el del duelo. Nathalie había querido morir, había intentado respirar, había conseguido respirar, y comer, hasta había sido capaz de reincorporarse al trabajo, de sonreír, de ser fuerte, de ser sociable y femenina, y el tiempo había pasado con esa energía tambaleante de la reconstrucción, hasta el día en que había ido a ese bar; pero había salido huyendo, pues no soportaba el circo de la seducción, convencida como estaba de que nunca más podría interesarle ningún hombre, y, sin embargo, al día siguiente se había puesto a andar sobre la moqueta, así de pronto, un impulso robado a la incertidumbre, había sentido su cuerpo como un objeto de deseo, sus curvas y sus caderas, y hasta había lamentado no poder oír el sonido de sus tacones de aguja. Todo ello había sido repentino, el nacimiento, sin anuncio previo, de una sensación, de una fuerza luminosa.

Y entonces, en ese momento, Markus había entrado en su despacho.

No había nada más que decir. Nuestro reloj biológico no es racional. Es exactamente como la pena de amores: no sabes cuándo se te pasará. En el momento más crudo del dolor, piensas que la herida siempre estará abierta. Y, de pronto, una mañana te extrañas de no sentir ya ese peso terrible. Qué sorpresa darse cuenta de que el dolor ya no está. ¿Por qué ese día? ¿Por qué no más tarde, o antes? Es la decisión totalitaria de nuestro cuerpo. Para ese impulso del beso, Markus no debía buscar una explicación concreta. Había aparecido en el momento adecuado. La mayoría de las relaciones se resumen de hecho a esa simple cuestión del momento adecuado. Markus,

que se había perdido tantas cosas en la vida, acababa de descubrir su capacidad de aparecer en el momento ideal en el campo visual de una mujer.

Nathalie había visto el desamparo reflejado en la mirada de Markus. La última vez, se había marchado despacio. Sin hacer ruido. Tan discreto como un punto y coma en una novela de ochocientas páginas. No podía dejarlo así. Se sentía muy incómoda por haber hecho lo que había hecho. Pensó, por otra parte, que era un colega adorable, que respetaba a todo el mundo, y ello hacía que se sintiera aún más culpable por haberle hecho daño. Nathalie lo volvió a llamar a su despacho. Markus se llevó el expediente 114, por si acaso quería verlo por un motivo profesional. Pero el expediente 114 le traía al paio por completo. De camino al despacho de Nathalie, dio un rodeo por el cuarto de baño para mojarse un poco la cara. Abrió la puerta, curioso por oír lo que tenía que decirle.

—Gracias por venir.

—No hay de qué.

—Quería disculparme. No sabía qué contestarle. Y, para serle sincera, tampoco lo sé ahora...

—...

—No sé por qué actué así. Seguramente fue un impulso físico... pero trabajamos juntos, y debo decir que fue un gesto del todo inapropiado por mi parte.

—Habla como una americana. Eso nunca es buena señal.

Nathalie se echó a reír. Qué réplica más extraña. Era la primera vez que hablaban de otra cosa que no fuera un expediente. Nathalie estaba descubriendo un indicio de la verdadera personalidad de Markus. Tenía que recuperar la seriedad:

—Hablo como la responsable de un equipo de seis personas, del que usted forma parte. Llegó en un momento en que estaba enfrascada en mis pensamientos, y no fui consciente de la realidad del instante.

—Pero si ese instante fue el más real de mi vida —protestó Markus sin pensar. Le salió directo del corazón.

No iba a ser fácil, pensó Nathalie. Era mejor poner punto final a esa conversación. Lo cual hizo rápidamente. Y de manera algo seca. Markus no parecía comprender. Seguía como petrificado en su despacho, buscando en vano las fuerzas para marcharse. A decir verdad, cuando lo había llamado diez minutos antes, se había imaginado que quizá quisiera volver a besarlo. Había viajado en ese sueño, y acababa de comprender ahora, de manera definitiva, que entre ellos ya no habría nada. Había sido una locura pensar lo contrario. Nathalie lo había besado sin motivo. Era difícil de aceptar. Como si te ofrecen la felicidad, para arrebatártela un segundo después. Le habría encantado no conocer jamás el sabor de los labios de Nathalie. Le habría encantado no haber conocido jamás ese instante, pues se daba perfecta cuenta de que iba a necesitar meses para recuperarse de esos pocos segundos.

Avanzó hacia la puerta. A Nathalie le sorprendió percibir la formación de una lágrima en el ojo de Markus. Una lágrima que aún no había resbalado por su mejilla, pero que estaba a punto de hacerlo. Él quería contenerla. Sobre todo no debía llorar delante de Nathalie. Era absurdo, esa lágrima era imprevisible.

Era la tercera vez que lloraba delante de una mujer.

Reflexión de un pensador polaco:

Hay gente fantástica a la que se conoce en mal momento.
Y hay gente que es fantástica porque se la conoce en el momento adecuado.

48

Breve historia sentimental de Markus a través de sus lágrimas Antes de nada, obviemos aquí el llanto de la infancia, el llanto ante su madre o la profesora. No trataremos aquí más que el llanto de Markus por razones sentimentales. Así, antes de esa lágrima que había intentado contener ante Nathalie, ya había llorado en dos ocasiones.

La primera lágrima se remontaba a los tiempos de su vida en Suecia, por una chica que respondía al dulce nombre de Brigitte. No es que sea un nombre muy sueco, pero bueno. Brigitte Bardot no tenía fronteras. Ese mito había alimentado las fantasías eróticas de toda una vida del padre de Brigitte, a quien no se le había ocurrido nada mejor que llamar así a su hija. No vamos a detenernos aquí sobre el peligro psicológico de llamar a una hija en honor a un sueño erótico. La historia familiar de Brigitte nos importa poco, ¿verdad?

Brigitte formaba parte de esa curiosa categoría de las mujeres precisas. Era capaz de no emitir la más mínima opinión aleatoria sobre el tema que fuera. Lo mismo ocurría con su belleza: cada mañana, se levantaba con la gloria reflejada en el rostro. Muy segura de sí misma, se sentaba siempre en primera fila, buscando a veces turbar a los profesores varones, sirviéndose de su atractivo evidente para influir en los asuntos capitales de la geopolítica. Cuando entraba en una habitación, los hombres fantaseaban de inmediato con ella, y las mujeres la odiaban de manera instintiva. Era objeto de todas las fantasías, lo cual terminó por cansarla. Entonces, para aplacar tanto ardor, se le ocurrió una idea genial: salir con el chico más

insignificante de todos. De esa manera, los chicos se asustarían, y las chicas se tranquilizarían. Markus fue el afortunado, sin comprender por qué el centro del mundo se interesaba de repente por él. Era como si Estados Unidos invitara a almorzar a Liechtenstein. Brigitte le dirigió toda una serie de cumplidos y declaró observarlo a menudo.

—Pero ¿cómo me ves? Si estoy siempre al fondo de la clase, y tú te sientas en primera fila.

—Me lo ha contado todo mi nuca. Tengo ojos en la nuca —dijo Brigitte. Su relación nació de ese diálogo.

Una relación que dio mucho que hablar. Por la tarde se marchaban juntos del colegio, ante las miradas estupefactas de todos sus compañeros. En esa época, Markus todavía no tenía una conciencia muy aguda de sí mismo. Se sabía dotado de un físico poco agraciado, pero no le parecía algo sobrenatural estar con una chica bonita. Desde siempre había oído repetir una y otra vez: «Las mujeres no son tan superficiales como los hombres; para ellas no cuenta tanto el físico. Lo importante es ser culto y divertido». De modo que Markus se dedicó a aprender muchas cosas, y trataba de mostrarse gracioso. Con algún éxito, hay que reconocerlo. Así, las porosidades de su rostro llegaban casi a ocultarse detrás de lo que podríamos llamar cierto encanto.

Pero ese encanto se fue al garete en cuanto se planteó la cuestión sexual. Sin duda Brigitte se había esforzado mucho, pero el día en que Markus trató de tocar sus maravillosos senos, no pudo dominar su mano, y sus cinco dedos aterrizaron en la mejilla sorprendida del muchacho. Éste se volvió para mirarse en un espejo y descubrió estupefacto la aparición del rojo sobre la blancura de su piel. Ya siempre recordaría ese rojo, y asociaría ese color a la idea del rechazo. Brigitte trató de disculparse diciendo que había sido un gesto impulsivo, pero Markus comprendió lo que las palabras no decían. Algo animal y visceral: le daba asco. La miró, y se puso a llorar. Cada cuerpo se expresa a su manera.

Fue la primera vez que lloró delante de una mujer.

Terminó la versión sueca del bachillerato y decidió irse a vivir a Francia. Un país en el que las mujeres no eran Brigittes. Herido por el primer episodio de su vida sentimental, había desarrollado un sentido de protección. Quizá viviera una trayectoria paralela al mundo sensual. Tenía miedo de sufrir, de no ser deseado por motivos justificados. Era frágil, sin saber cuánto puede conmover la fragilidad a una mujer. Al cabo de tres años de soledad urbana, cuando ya estaba perdiendo la esperanza de encontrar el amor, decidió participar en una sesión de *speed dating*. Así, iba a conocer a siete mujeres con las que podría hablar durante siete minutos. Un tiempo infinitamente corto para alguien como él: estaba seguro de que necesitaría como mínimo un siglo para convencer a una muestra del sexo opuesto de que lo siguiera por el estrecho sendero de su vida. Sin embargo, ocurrió algo extraño: ya desde el primero de los siete encuentros, le dio la sensación de percibir una tonalidad compartida. La chica se llamaba Alice^[5] y trabajaba en una farmacia^[6] donde a veces impartía talleres de cuidados de belleza^[7]. A decir verdad, fue bastante simple: la situación los incomodaba tanto a ambos que eso mismo les permitió relajarse. Su encuentro fue, pues, de lo más sencillo, y tras cumplir con los restantes seis encuentros, quedaron para prolongar los siete minutos. Que se convirtieron en días, y después en meses.

Pero su relación no duró más de un año. Markus adoraba a Alice, pero no la amaba. Y, sobre todo, no la deseaba lo suficiente. Era una ecuación atroz: por una vez que conocía a alguien que valía la pena, no estaba en absoluto enamorado. ¿Es que estamos siempre condenados a la imperfección? Durante las semanas que duró su relación, progresó en su experiencia de la vida en pareja. Descubrió sus puntos fuertes y su capacidad de suscitar amor. Sí, Alice se enamoró perdidamente de él. Era casi perturbador para alguien que sólo había conocido el amor materno (bueno, ni siquiera). Había en Markus algo muy tierno y sencillamente conmovedor, una mezcla de fuerza protectora y de enternecedora debilidad. Y fue precisamente esa debilidad lo que le hizo postergar lo inevitable, a saber: dejar a Alice. Pero al final lo hizo, una mañana. El dolor de la joven

le abrió una herida especialmente honda. Quizá más honda que el dolor que él mismo había sentido toda su vida. No pudo evitar llorar, pero sabía que era la decisión acertada. Prefería la soledad antes que permitir que entre ambos corazones se cavara una brecha mayor.

Ésta fue, pues, la segunda vez que Markus lloró delante de una mujer.

Desde hacía casi dos años no había ocurrido nada en su vida. Había llegado a echar de menos a Alice. Sobre todo con ocasión de nuevas sesiones de *speed dating*, que fueron particularmente decepcionantes, por no decir humillantes, cuando algunas chicas no hicieron siquiera el esfuerzo de dirigirle la palabra. De modo que decidió dejar de asistir a esa clase de encuentros. ¿Quizá incluso hubiera renunciado sencillamente a la idea de vivir en pareja? Es que ya no le veía siquiera el interés. Después de todo, había millones de solteros. Podría pasarse sin una mujer. Pero se decía eso para consolarse, para no pensar hasta qué punto esa situación le hacía sufrir. Soñaba tanto con un cuerpo femenino, y se moría al pensar a veces que seguramente todo eso ya le estaría vetado de por vida. Que ya nunca obtendría un visado para la belleza.

Y, de pronto, Nathalie lo besó. Su jefa, y el objeto evidente de sus fantasías. Después ésta le explicó que ese hecho no había existido. Así que nada, tenía que aceptarlo y ya está. No era tan grave después de todo. Sin embargo, había llorado. Sí, habían resbalado lágrimas por sus mejillas, lo cual lo había sorprendido sobremanera. Lágrimas *imprevisibles*. ¿Tan frágil era? No, no se trataba de eso. Muchas veces había tenido que encajar situaciones hartamente más difíciles. Era sólo que ese beso lo había conmovido especialmente; porque Nathalie era muy guapa, claro, pero también por lo inesperado y lo irreprimito de su gesto. Nadie lo había besado nunca así, sin concertar antes cita con sus labios. Era esa magia lo que lo había conmovido hasta las lágrimas. Y ahora: hasta las lágrimas amargas de la decepción.

49

Al salir del trabajo ese viernes estaba muy contento de poder refugiarse en el fin de semana. Utilizaría el sábado y el domingo como dos gruesas mantas. No quería hacer nada, ni siquiera tenía fuerzas para leer. De modo que se sentó a ver la tele. Así fue como asistió a un espectáculo excepcional, el de la elección del secretario general del Partido Socialista francés. La segunda vuelta enfrentaba a dos mujeres: Martine Aubry y Ségolène Royal. Hasta entonces nunca le había interesado mucho la política francesa. Pero eso era una historia apasionante. Mejor aún: una historia que iba a darle más de una idea.

En la noche del viernes al sábado se conoció el resultado. Pero nadie podía decir verdaderamente quién había ganado. Al amanecer, por fin se declaró como vencedora a Martine Aubry, con una ventaja de sólo cuarenta y dos votos. Markus no podía creer que la distancia entre ambas fuera tan pequeña. Los partidarios de Ségolène Royal protestaban airadamente: «¡No permitiremos que nos roben nuestra victoria!» Una frase fabulosa, pensó Markus. La perdedora seguía, pues, luchando, poniendo en tela de juicio los resultados. Y, todo hay que decirlo, las noticias del sábado parecían darle la razón pues se descubrieron fraudes y errores. La diferencia de votos entre ambas se reducía cada vez más. Completamente absorbido por esa historia, Markus escuchó la declaración de Martine Aubry. Se presentaba como la nueva secretaria general del Partido, pero las cosas no iban a ser tan sencillas. Esa misma noche, en el plató del informativo televisivo, Ségolène Royal anunció que ella también sería la próxima secretaria general. ¡Las dos se declaraban vencedoras! Markus se sintió subyugado por la

determinación de esas dos mujeres, y sobre todo por la de la segunda, que, pese a su derrota, seguía luchando con voluntad férrea, por no decir sobrenatural. Veía en el vigor de esos dos animales políticos todo lo que él no era. Y fue precisamente ese sábado por la noche, sumido en la batalla tragicómica de los socialistas, cuando decidió luchar él también; cuando decidió que no iba a dejar que las cosas quedaran así con Nathalie. Aunque ella le hubiera dicho que todo estaba perdido, que no había la más mínima esperanza, él seguiría creyendo en ello. Sería, costara lo que costara, el secretario general de su vida.

Su primera decisión fue muy simple: la reciprocidad. Si ella lo había besado sin pedirle su opinión, no veía por qué no podría él hacer lo mismo. El lunes por la mañana, a primera hora, iría a devolverle el beso. Para ello, se dirigiría a ella con paso decidido (lo cual era la parte más complicada del programa: nunca se le había dado bien lo de andar con paso decidido), y la agarraría de manera viril (lo cual era la otra parte complicada del programa: nunca se le había dado bien hacer nada de manera mínimamente viril). Vamos, que el ataque se anunciaba bastante complicado. Pero todavía tenía todo el domingo por delante para prepararse. Un largo domingo de socialistas.

50

*Palabras pronunciadas por Ségolène
Royal cuando su rival la supera por
42 votos:*

«Eres insaciable, Martine, no quieres reconocer mi victoria».

51

Markus estaba ante la puerta de Nathalie, era hora de actuar, lo cual lo sumía en la inmovilidad más absoluta. Benoît, un colega de su equipo, pasó por allí:

—¿Qué haces ahí parado?

—Esto... voy a reunirme con Nathalie.

—¿Y piensas verla quedándote plantado delante de su puerta?

—No... es sólo que hemos quedado a las diez... y son las diez menos un minuto... y ya me conoces, no me gusta llegar con antelación.

Benoît se alejó, visiblemente en el mismo estado que aquel día de abril de 1992 en que vio una obra de Samuel Beckett en un teatro alternativo.

Markus estaba ahora obligado a actuar. Entró en el despacho de Nathalie. Estaba enfrascada en un expediente (¿el 114 quizá?), pero enseguida levantó la cabeza de sus papeles. Markus avanzó hacia ella con paso decidido. Pero nada podía ser fácil nunca. Al acercarse a Nathalie, tuvo que aflojar el paso. Le latía cada vez más fuerte el corazón, una auténtica sinfonía de sindicalistas. Nathalie se preguntaba qué iba a pasar. Y, la verdad sea dicha, tenía un poco de miedo. Sin embargo, sabía que Markus era la amabilidad en persona. ¿Qué quería? ¿Por qué no se movía? Su cuerpo era un ordenador averiado por exceso de datos. Los suyos eran datos emocionales. Nathalie se levantó y le preguntó:

—¿Qué pasa, Markus?

—...

—¿Se encuentra bien?

Éste consiguió volver a concentrarse en lo que había venido a hacer. La agarró de repente por la cintura y la besó con una energía que ni él mismo sospechaba. Antes de que Nathalie tuviera tiempo de reaccionar, Markus había salido ya de su despacho.

52

Dejó tras de sí esa extraña escena de beso robado. Nathalie quiso volver a enfrascarse en su trabajo, pero al final decidió ir en su busca. Había sentido algo complicado de definir. A decir verdad, era la primera vez desde hacía tres años que alguien la agarraba así. La primera vez que no se comportaban con ella como si fuera algo frágil. Sí, era asombroso, pero le había turbado ese movimiento relámpago, de una virilidad casi brutal. Recorrió los pasillos de la empresa, preguntó a diestro y siniestro dónde estaba Markus, a todos los empleados con los que se cruzaba. Nadie lo sabía. No había vuelto a su despacho. Entonces pensó en la azotea del edificio. En esa época del año no iba nadie porque hacía mucho frío. Nathalie se dijo que ahí tenía que estar Markus. Era una intuición acertada. Estaba ahí, junto al antepecho de la pared, en una actitud muy tranquila. Hacía pequeños movimientos con los labios, seguramente soplabla. Casi parecía que fumara, pero sin cigarrillo. Nathalie se acercó a él en silencio:

—Yo también vengo a refugiarme aquí a veces. Para respirar un poco — dijo.

A Markus le sorprendió esa aparición. Nunca habría pensado que Nathalie fuera a buscarlo, después de lo que acababa de ocurrir.

—Va a coger frío —contestó—. Y ni siquiera tengo un abrigo que prestarle.

—Pues nada, cogeremos frío los dos. Al menos en eso no habrá diferencia entre nosotros.

—Qué graciosa.

—No, no soy graciosa. Y lo que hice no tiene ninguna gracia... pero bueno, caray, ¡tampoco es un crimen!

—Entonces es que no sabe usted nada de la sensualidad. Un beso suyo, y luego nada... Pues claro que es un crimen. En el reino de los corazones secos sería usted condenada.

—¿En el reino de los corazones secos?... Nunca le había oído hablar así, Markus.

—No esperará usted que me ponga poético con el expediente 114.

*

El frío modificaba el rostro de ambos. Y agravaba cierta injusticia. Markus se tornaba ligeramente azul, por no decir lívido, mientras que Nathalie palidecía como una princesa neurasténica.

*

—Tal vez sea mejor que volvamos dentro —dijo ella.

—Sí... ¿qué hacemos entonces?

—Pero... pero bueno, ya está bien. No hay nada que hacer. Ya me he disculpado. No hay que hacer tanta historia de un simple incidente.

—¿Y por qué no? A mí no me importaría leer una historia así.

—Bueno, ya basta, esto acaba aquí. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo hablando en esta azotea con usted.

—De acuerdo, esto acaba aquí. Pero después de una cena.

—¿Qué?

—Cenemos juntos. Y después le prometo que no hablaré más del asunto.

—No puedo.

—Me lo debe... Sólo una cena.

Algunas personas tienen la capacidad extraordinaria de pronunciar una frase como ésa. Una capacidad que impide al otro responder con una negativa. Nathalie sentía en la voz de Markus toda su capacidad de persuasión. Sabía que sería un error aceptar. Sabía que tenía que dar marcha atrás en ese momento, antes de que fuera demasiado tarde. Pero, delante de él, resultaba imposible decirle que no. Además, tenía tanto frío...

53

Información concreta acerca del expediente 114:

Se trata de un análisis comparado entre Francia y Suecia de la regulación en entorno rural de las balanzas del comercio exterior en un periodo que abarca desde noviembre de 1967 hasta octubre de 1974.

54

Markus pasó por su casa para cambiarse, y ahora estaba parado delante de su armario sin decidirse. ¿Cómo debía vestirse para ir a cenar con Nathalie? Quería ir hecho un pincel. Pero un pincel nada más era poco para ella. Le habría gustado ir hecho diez pinceles al menos, o cuarenta, o incluso mil. Se aturdió a números para olvidar las cuestiones importantes. ¿Debía llevar corbata? No tenía a nadie que le pudiera ayudar. Estaba solo en el mundo, y el mundo era Nathalie. Aunque habitualmente se sentía bastante seguro sobre sus preferencias en lo que a vestimenta se refiere, ahora perdía pie en todo, y tampoco sabía elegir los zapatos. Había perdido la costumbre de vestirse para salir por la noche. Además, la situación no dejaba de ser delicada: Nathalie era también su jefa, lo cual añadía presión al asunto. Por fin logró relajarse diciéndose que la apariencia no tenía por qué ser lo más importante. Que ante todo debía mostrarse relajado y tener conversación sobre temas variados. Sobre todo no había que hablar de trabajo. Quedaba terminantemente prohibido mencionar el expediente 114. No debía dejar que ese tema se impusiera sobre su velada. Pero ¿de qué iban a hablar entonces? No se cambia así como así de entorno. Se iban a sentir como dos carniceros en un congreso de vegetarianos. No, era absurdo. Quizá lo mejor fuera anular la cita. Todavía estaba a tiempo. Podía decir que le había surgido un problema de fuerza mayor. Sí, lo siento, Nathalie. Me habría gustado tanto, bien lo sabe usted, pero bueno, es que hoy mamá ha muerto. No, no, eso no, demasiado violento. Y demasiado Camus, y Camus, para anular una cena, como que no. Mucho mejor Sartre. Esta noche no puedo, tiene que entenderlo, el infierno son los demás. Un tonito existencialista en la voz y colaría. Mientras divagaba de esa manera,

se dijo que seguramente ella también debía de haber buscado excusas para anular la cena en el último momento. Pero, por ahora, todavía nada. Habían quedado una hora después, y no había llegado ningún mensaje de Nathalie. Seguramente estaría pensando a ver qué excusa ponerle. O si no, quizá tuviera un problema de batería en su teléfono y por eso no podía avisarle de que le había surgido un imprevisto. Markus siguió dando vueltas nervioso por su habitación un rato más y, al no tener noticias de Nathalie, salió de casa con la sensación de que debía llevar a cabo una misión espacial.

55

Markus había elegido un restaurante italiano, no muy lejos de casa de Nathalie. Bastante amable era ya accediendo a cenar con él, no quería que encima tuviera que cruzar la ciudad de punta a punta. Como llegó con tiempo, se pidió dos vodkas en el bar de enfrente. Esperaba que eso le diera fuerzas y, de paso, un poco de ebriedad. El alcohol no le hizo ningún efecto, y fue al restaurante a sentarse a la mesa que había reservado. Y allí, perfectamente lúcido, descubrió a Nathalie, que llegaba puntual a la cita. Enseguida pensó que se alegraba de no estar borracho. No habría querido que la ebriedad socavara el placer de verla aparecer. Avanzaba hacia él... Era tan guapa...

La suya era una belleza como para poner puntos suspensivos por todas partes... Además, Markus pensó que nunca la había visto por la noche. Casi le asombraba que pudiera existir a esas horas. Seguramente era de esa clase de personas que piensan que lo bello se guarda en una caja durante la noche. Pero resultaba obvio que no era así, puesto que Nathalie estaba allí, en ese momento. Delante de él.

Se levantó para saludarla. Nathalie nunca se había fijado en lo alto que era Markus. Hay que decir que la moqueta de la empresa encoge a los empleados. Fuera, todo el mundo parece más alto. Nathalie recordaría durante mucho tiempo esa primera impresión de altura.

—Gracias por venir —no pudo evitar decir él.

—No hay de qué...

—No... lo digo de verdad, sé que trabaja mucho... sobre todo ahora... con el expediente 114...

Ella le lanzó una mirada.

Markus se echó a reír, algo incómodo. Y eso que me había jurado no hablar del expediente... Dios mío, soy ridículo..., pensó.

Nathalie sonrió también. Era la primera vez, desde la muerte de François, que se encontraba en la posición de tener que tranquilizar a alguien. Seguro que le sentaba bien hacerlo. Su apuro le resultaba conmovedor. Se acordó de la cena con Charles, de lo seguro que aparentaba estar, y se sintió mejor. Mejor por estar cenando con un hombre que la miraba de la misma manera que lo haría un político que hubiera constatado su victoria en unas elecciones a las que no se había presentado.

—Es mejor no hablar del trabajo —dijo ella.

—Entonces ¿de qué hablamos? ¿De nuestros gustos? Lo de los gustos está muy bien para empezar una conversación.

—Sí... bueno, se me hace un poco raro pensar así en temas de los que podemos hablar.

—La búsqueda de un tema de conversación me parece un buen tema de conversación.

A Nathalie le gustaba esa frase y la forma en que la había pronunciado. Dijo:

—Pues el caso es que es usted gracioso.

—Gracias. ¿Tan siniestro parezco?

—Un poco... sí —dijo ella, sonriendo.

—Volvamos a los gustos. Más vale.

—Voy a decirle algo. Ya no pienso mucho en lo que me gusta y lo que no me gusta.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿Es usted nostálgica?

—No, creo que no.

—Pues llamándose Nathalie, es más bien raro.

—¿Ah, sí?

—Sí, las Nathalies tienen una clara tendencia a la nostalgia.

De nuevo, Nathalie sonrió. Ya no tenía costumbre de sonreír. Pero las cosas que decía ese hombre eran a menudo desconcertantes. Nunca se podía saber con lo que iba a salir. Pensó que, en su cerebro, sus palabras eran como bolas de la lotería antes de caer del bombo. ¿Tendría más teorías sobre ella? La nostalgia. Reflexionó sinceramente sobre su relación con la nostalgia. Markus la había proyectado de repente a imágenes del pasado. Instintivamente, pensó en el verano de sus ocho años, cuando se había marchado con sus padres a América, dos meses fabulosos que habían pasado recorriendo los grandes espacios del Oeste. Esas vacaciones habían estado marcadas por una pasión: la de los Pez. Esos caramelitos metidos en un dispensador en forma de figurita. Basta apretar sobre la cabeza para que el juguete suelte un caramelo. Ese objeto marcaba la identidad del verano. Nunca más había encontrado esos caramelos. Nathalie evocó ese recuerdo justo cuando apareció el camarero.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —preguntó éste.

—Sí. Dos *risottos* con espárragos. Y de postre... tomaremos Pez —dijo Markus.

—¿Tomarán qué?

—Pez.

—No tenemos... pez de postre, señor.

—Pues es una pena —concluyó Markus.

El camarero se alejó, algo molesto. En su interior, el sentido profesional y el sentido del humor eran como dos rectas paralelas. No entendía qué hacía una mujer así con un hombre como ése. Seguro que era productor de cine, y ella, actriz. Tenía que haber una razón profesional para cenar con un fenómeno masculino tan extraño como aquél. ¿Y qué era eso de tomar pez de postre? No le había gustado nada esa broma. Conocía bien a esa clase de clientes que se divierten rebajando a los camareros. Se iba a enterar el tipejo ese, las cosas no iban a quedar así.

A Nathalie le parecía que la velada se estaba tornando encantadora. Markus le parecía muy divertido.

—¿Sabe?, es sólo la segunda vez que salgo en tres años.

—¿Quiere añadirme más tensión todavía?

—No, hombre, si va todo muy bien.

—Mejor que mejor. Me las voy a apañar para conseguir que se lo pase bien esta noche, porque si no volverá usted a hibernar otros tres años más.

Entre ellos era todo muy natural. Nathalie se sentía bien. Markus no era ni un amigo ni alguien por quien se planteara dejarse seducir. Era un mundo cómodo, un mundo sin ningún vínculo con su pasado. Se daban por fin todas las condiciones para una velada indolora.

56

Ingredientes del risotto de espárragos:

200g de arroz arborio (o arroz redondo)

500g de espárragos

100g de piñones

1 cebolla

20cl de vino blanco seco

10cl de nata líquida

80g de parmesano rayado

aceite de avellanas

sal

Pimienta

*

Ingredientes de las tejas de parmesano:

80g de parmesano rayado

50g de piñones

2 cucharadas soperas de harina

Unas gotas de agua

Markus había observado a Nathalie a menudo. Le gustaba verla andar por los pasillos con sus trajes sastre, tremendamente sexy. La imagen de Nathalie que poblaba sus fantasías chocaba frontalmente con su imagen real. Como todo el mundo, sabía por lo que había pasado. Sin embargo, él siempre había visto en ella tan sólo lo que Nathalie mostraba: a una mujer muy segura de sí misma que comunicaba seguridad a los demás. Al descubrirla de pronto en otro entorno en el que no tenía que aparentar tanto, sintió que podía acceder a su fragilidad. De manera ínfima, es cierto, pero en momentos muy fugaces, Nathalie bajaba la guardia. Cuanto más se relajaba, más afluía su verdadera naturaleza. Sus debilidades, las de su dolor, aparecían paradójicamente junto con sus sonrisas. En un efecto de péndulo, Markus empezó a adoptar un papel más fuerte, casi protector. Frente a ella, se sentía divertido y vivo, viril incluso. Le hubiera gustado vivir toda su vida con la energía de esos minutos.

En su papel de hombre-que-toma-las-riendas-de-la-situación, algún error tenía que cometer. Al pedir una segunda botella, se hizo un lío con los nombres de los vinos. Había fingido ser un conocedor, y el camarero no había dudado en lanzarle una pulla que ponía de manifiesto su ignorancia. Fue su pequeña venganza personal. Ello irritó profundamente a Markus, tanto es así que, cuando el camarero trajo la botella, se aventuró a decir:

—Ah, gracias. Teníamos sed. Y vamos a beber a su salud.

—Gracias, es muy amable por su parte.

—No, no es muy amable por mi parte. Hay una tradición en Suecia según la cual todo el mundo puede cambiar de lugar en cualquier momento.

Nada es definitivo nunca. Y usted que está de pie, algún día podría estar sentado. De hecho, si quiere, me levanto ahora mismo y le dejo mi sitio.

Markus se levantó de pronto, y el camarero no supo cómo reaccionar. Esbozó una sonrisa incómoda y dejó la botella en la mesa. Nathalie se echó a reír, sin comprender del todo la actitud de Markus. Le había gustado esa irrupción de lo grotesco. Cederle su asiento al camarero era tal vez la mejor forma de ponerlo en su sitio. Le gustó ese momento, que consideraba poético. Le parecía que Markus tenía un aire y una actitud un poco «país del Este», absolutamente encantadores. En su Suecia había como un toque de Rumania o de Polonia.

—¿Está seguro de que es sueco? —le preguntó.

—Cómo me alegra que me haga esta pregunta. No imagina cuánto. Es la primera persona que pone en duda mis orígenes... Es usted de verdad fantástica.

—¿Tan duro es ser sueco?

—No se puede hacer una idea. Cuando vuelvo a mi país, todo el mundo me dice que soy la alegría de la huerta. ¿Se da cuenta? ¿Yo, la alegría de la huerta?

—Ya veo.

—Allí, ser siniestro es una vocación.

La velada prosiguió así, alternando los momentos de descubrimiento del otro y aquellos en que uno está tan a gusto que parece que ya lo conoce. Aunque Nathalie había pensado regresar temprano, ya era más de medianoche. A su alrededor, los demás clientes se iban marchando. El camarero trató de darles a entender sin ninguna educación que tenían que ir pensando en irse ellos también. Markus se levantó para ir al baño, y pagó la cuenta. Lo hizo con mucha elegancia. Una vez en la calle, se ofreció a acompañarla hasta su casa en un taxi. Era tan atento. Delante de su portal, le puso una mano en el hombro y la besó en la mejilla. En ese instante comprendió lo que ya sabía: estaba locamente enamorado de ella. A Nathalie le pareció que cada una de las atenciones de ese hombre había sido delicada. De verdad se había sentido feliz pasando esa velada con él. No

alcanzaba a pensar nada más. Tendida en su cama, le mandó un sms para darle las gracias. Y apagó la luz.

58

*SMS enviado por Nathalie a Markus
después de su primera cena:*

Gracias por esta velada tan bonita.

59

Él respondió simplemente: «Gracias por haberla hecho bonita». Le habría gustado responder algo más original, algo más divertido, algo más conmovedor, algo más romántico, algo más literario, algo más ruso, algo más malva. Pero bueno, lo que escribió iba muy bien con el tono del momento. Tendido en su cama, Markus supo que no sería capaz de dormirse: ¿cómo ir hacia el sueño cuando acababa de separarse de él?

Logró dormir un poco, pero lo despertó una angustia. Cuando una cita sale bien, estás loco de contento. Y luego, progresivamente, la lucidez te lleva a anticipar la continuación de los acontecimientos. Si la cosa sale mal, al menos está muy claro: ya no vuelves a quedar. Pero, cuando sale bien, ¿cómo actuar? Toda la seguridad y las certezas adquiridas a lo largo de la cena se dispersaron durante la noche: no habría que cerrar nunca los ojos. Ese sentimiento se materializó en una acción sencilla. A primera hora del día siguiente, Nathalie y Markus se cruzaron en el pasillo. Uno iba hacia la máquina de café, y el otro volvía. Tras intercambiar unas sonrisas incómodas, pronunciaron un buenos días ligeramente exagerado. Ninguno de los dos fue capaz de decir una sola palabra más, de encontrar una anécdota que pudiera desembocar en un tema de conversación. Nada, o menos que nada. Ni siquiera una alusioncita mínima al tiempo, una palabrita sobre las nubes o el sol: no, nada, no había esperanza de mejora alguna. Se separaron con ese malestar, ese apuro. No habían tenido nada que decirse. Algunos lo llaman *el vacío sideral del después*.

En su despacho, Markus intentó consolarse. Era del todo normal que las cosas no fueran siempre perfectas. La vida son sobre todo momentos de borrador, tachones y espacios en blanco. Shakespeare sólo evoca los momentos fuertes de sus personajes. Pero por supuesto que Romeo y Julieta, en un pasillo, al día siguiente de una bonita velada, no tienen nada que decirse. Nada de eso tenía importancia. Markus debía más bien concentrarse en el futuro. Eso sí era importante. Y se podía decir que se apañaba bastante bien. Enseguida le asaltaron mil ideas de veladas, de propuestas de entretenimiento nocturno. Las apuntó todas en una hoja grande, era como un plan de ataque. En su pequeño despacho, el expediente 114 ya no existía, lo había borrado de un plumazo el expediente Nathalie. No sabía a quién contarle todo aquello, a quién pedir consejo. Se llevaba bien con algunos colegas de trabajo. Con Berthier, en especial, de vez en cuando se hacían algunas confidencias, entraban en temas personales. Pero en lo que respectaba a Nathalie, de ninguna manera pensaba hablar de ella con nadie de la oficina. Tenía que sepultar en el silencio sus incertidumbres. En el silencio, sí, pero tenía miedo de que su corazón, al latir tan fuerte, hiciera demasiado ruido.

Buscó en Internet todas las páginas que pudieran darle ideas de veladas románticas, de paseos en barco (pero hacía frío) o de obras de teatro (pero a menudo hacía calor en las salas, y además él odiaba el teatro). No encontró nada que se le antojara lo bastante interesante. Tenía miedo de que el plan pareciera demasiado pomposo, o demasiado poca cosa. En otras palabras, no tenía ni idea de lo que Nathalie quería, ni de lo que pensaba. A lo mejor ni siquiera quería volver a verlo. Había aceptado cenar una vez con él. Quizá quedara ahí la cosa. Nathalie se había esforzado por que la velada saliera bien. Y todo había terminado. Una vez cumplida una promesa, el que la hizo queda libre. Pero, con todo, le había dado las gracias por una velada tan bonita. Sí, había escrito la palabra «bonita». A Markus se le llenaba la boca pronunciándola. No era poca cosa. Una velada bonita. Habría podido escribir «una buena velada», pero no, había preferido la

palabra «bonita». Era bonita la palabra «bonita». Francamente, qué velada más bonita. Era como haber vuelto a la época de los trajes de noche y las carrozas... *Pero ¿en qué estoy pensando?*, se dijo Markus de golpe, algo nervioso. Tenía que actuar y dejarse ya de tanto soñar. Sí, era muy bonito lo de «bonita», pero de qué le servía eso ahora que tenía que avanzar, tirar para adelante con esa historia. Ah, estaba desesperado. No tenía ni la menor idea. Su soltura del día anterior sólo había durado una noche. Había sido una ilusión. Ahora Markus volvía a su condición patética de hombre sin cualidades, de hombre sin la más remota idea de cómo organizar una segunda cita con Nathalie.

Llamaron a la puerta.

Markus dijo «adelante». La persona que apareció era la misma que había escrito haber pasado una velada bonita con él. Sí, Nathalie estaba ahí, real como la vida misma:

—¿Le molesto? Parece muy concentrado.

—Esto... no... no, no me molesta.

—Quería proponerle que me acompañara mañana al teatro... tengo dos entradas... así que si...

—Adoro el teatro. Estoy encantado de acompañarla.

—Entonces muy bien. Hasta mañana por la noche.

Él también dijo «hasta mañana por la noche» con un hilo de voz, pero era demasiado tarde. La frase flotó en el aire, molesta al no tener ya oídos donde aterrizar. Cada partícula de Markus experimentaba una intensa felicidad. Y, en el centro de ese reino de éxtasis, su corazón daba brincos de alegría por todo su cuerpo.

Extrañamente, esa felicidad le produjo una especie de gravedad. En el metro, observó a cada una de las personas que viajaban con él en el vagón, toda esa gente aplastada por la vida cotidiana, siempre idéntica a sí misma, y ya no se sentía verdaderamente anónimo entre ella. Se quedó ahí de pie y, más que nunca, supo que le gustaban las mujeres. Una vez en su casa, se entregó a la sucesión de gestos de su rutina. Pero apenas tenía ganas de

cenar. Se tumbó en la cama, trató de leer algunas páginas. Luego apagó la luz. Pero claro, pasaba una cosa: no conseguiría dormir, ya casi no dormía desde el primer beso de Nathalie. Le había amputado el sueño.

60

*Fragmento del prospecto del
Guronsan:*

Estados de fatiga pasajera del adulto.

61

El día transcurrió de forma sencilla. Hubo incluso una reunión del grupo, del todo normal, y nadie podía imaginar que Nathalie iba a ir esa noche al teatro con Markus. Era una sensación bastante agradable. A los empleados les encanta tener secretos, mantener relaciones subterráneas, vivir una existencia que nadie sospecha. Eso le da vidilla a la pareja que forman con la empresa. Nathalie tenía la capacidad de crear compartimentos estancos dentro de su cabeza. De alguna manera, su drama personal la había insensibilizado. Es decir que dirigía la reunión de manera robótica, olvidando casi que la jornada iba a terminar con una cita. A Markus le habría gustado encontrar en la mirada de Nathalie una atención especial, una señal de complicidad, pero eso no era propio de ella.

Lo mismo le ocurría a Chloé, a quien le habría gustado que los demás percibieran a veces el vínculo privilegiado que la unía a su jefa. Era la única que pasaba momentos con ella que podrían haber entrado en la categoría de «tuteo». Desde que Nathalie había huido del bar, Chloé no había vuelto a intentar organizar una nueva salida. Sabía que esos momentos también podían tener un lado peligroso: ser testigo de la fragilidad de su jefa podía volverse contra ella. Por eso se cuidaba mucho de no excederse y de respetar a raja tabla la jerarquía. Al final del día fue a verla a su despacho:

- ¿Está usted bien? No hemos hablado desde la última vez.
- Sí, es culpa mía, Chloé. Pero lo pasé bien, de verdad.
- ¿En serio? ¿Se marchó usted corriendo pero lo pasó bien?
- Sí, sí, se lo aseguro.

—Ah, pues qué bien, entonces... ¿quiere que volvamos a salir esta noche?

—Huy, no, lo siento, no puedo. Me voy al teatro —dijo Nathalie, como si anunciara el nacimiento de un niño verde.

Chloé no quiso que se notara su sorpresa, pero motivos no le faltaban para estar asombrada. Era mejor no subrayar que una declaración así era todo un acontecimiento. Era preferible hacer como si nada. De vuelta en su despacho, se entretuvo un momento guardando los últimos documentos de su expediente y consultando su correo, y luego se puso el abrigo para marcharse. Cuando se dirigía al ascensor, le llamó la atención una visión de lo más extraña: Markus y Nathalie se marchaban juntos. Se acercó a ellos sin que la vieran. Le pareció oír la palabra «teatro». Sintió enseguida algo que no acertaba a definir. Algo parecido al reparo, al asco incluso.

62

Las butacas del teatro son tan estrechas... Markus estaba francamente incómodo. Se lamentaba de tener las piernas largas, algo absolutamente estéril^[8]. Por no hablar de otro hecho que acentuaba su tortura: no hay nada peor que estar sentado al lado de una mujer a la que uno se muere de ganas de mirar. El espectáculo estaba a su izquierda, y no sobre el escenario. Y, de hecho, ¿qué veía? No le interesaba gran cosa. ¡Sobre todo porque era una obra sueca! ¿Lo habría hecho aposta Nathalie? Un autor que había estudiado en Uppsala, además. Era como ir a cenar a casa de sus padres. Estaba demasiado distraído para entender nada de la intriga. Seguro que luego hablarían de la obra, y él quedaría como un idiota. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso antes? Tenía que concentrarse a toda costa y preparar algún que otro comentario inteligente.

Al final de la función, se sorprendió al darse cuenta de que estaba muy emocionado. Era casi un sentimiento de filiación sueca, de orgullo patrio. Nathalie también parecía feliz. Pero con el teatro no es fácil saber: a veces la gente parece feliz por la sencilla razón de que el calvario termina por fin. Una vez fuera, Markus quiso lanzarse a exponer la teoría que había elaborado durante la última parte de la obra, pero Nathalie interrumpió la conversación:

—Creo que ahora deberíamos tratar de relajarnos un poco.

Markus pensó en sus piernas anquilosadas, pero Nathalie precisó:

—Vamos a tomar una copa. De modo que a eso se refería con relajarse un poco.

63

*Fragmento de La señorita Julia de
August Strindberg, adaptación al
francés de Boris Vian obra vista por
Nathalie y Markus en su segunda
velada juntos:*

Señorita Julia:

¿Se supone que tengo que obedecerle?

Jean:

Por una vez; ¡por su bien! ¡Se lo ruego!
¡Es tarde ya, el sueño embriaga, se altera el espíritu!

64

Ocurrió entonces algo determinante. Un hecho anodino que iba a ir adquiriendo la naturaleza de algo importantísimo. Todo iba saliendo exactamente igual que en su primera velada. Se repitió el mismo embrujo, y más intenso todavía. Markus manejaba la situación con elegancia. Mostraba una sonrisa lo menos sueca posible; era casi una sonrisa española. Encadenó una serie de anécdotas sabrosas, alternando sabiamente las referencias culturales y las alusiones personales, logrando pasar así de lo universal a lo íntimo con soltura. Desplegaba sin exceso el saber hacer del hombre sociable. Pero, en pleno corazón de tanta soltura, de pronto lo asaltó un sentimiento que iba a estropearlo todo: sintió que lo embargaba la melancolía.

Al principio, fue una nubecita de nada, como una forma de nostalgia. Pero no, mirándola de cerca, se podía discernir el aspecto malva de la melancolía. Y mirándola desde más cerca todavía, se podía ver la verdadera naturaleza de una auténtica tristeza. De buenas a primeras, como una pulsión morbosa y patética, se hizo consciente de la vacuidad de esa velada. Se preguntó: pero ¿por qué estoy aquí tratando de parecer interesante? ¿Por qué estoy haciendo reír a esta mujer, por qué me empeño en intentar conquistarla, cuando me es tan radicalmente inaccesible? Su pasado de hombre inseguro lo alcanzó brutalmente. Pero no quedó ahí la cosa. Ese avance del repliegue se vio trágicamente reforzado por un segundo hecho determinante: se le cayó la copa de vino tinto sobre el mantel. Podría haberlo visto como una simple torpeza. Y hasta puede que como una torpeza encantadora: Nathalie siempre había sido sensible a la torpeza.

Pero, en ese momento, Markus ya no pensaba en ella. Veía en ese acontecimiento anodino una señal de algo mucho más grave: la aparición del rojo. La irrupción sempiterna del rojo en su vida.

—No pasa nada, no es grave —dijo Nathalie, al ver la cara de horror de Markus.

Claro que no: no era grave, era trágico. El rojo lo remitía a Brigitte. A la visión de las mujeres del mundo entero que lo rechazaban. Una risa malvada zumbaba en sus oídos. Volvían a él las imágenes de todos sus momentos de sufrimiento: era un niño del que se burlaban en el patio del colegio, era un militar al que hacían novatadas, era un turista al que timaban. Todas esas cosas representaba el avance de la mancha roja sobre el mantel blanco. Imaginaba que el mundo lo observaba, el mundo murmuraba a su paso. Su traje de seductor le quedaba grande. Nada podía detener su delirio paranoico. Delirio anunciado por la melancolía y por el simple sentimiento de pensar en el pasado como en un refugio. En ese instante, el presente ya no existía. Nathalie era una sombra, un fantasma del mundo femenino.

Markus se levantó y se quedó un momento en suspenso en medio del silencio. Nathalie lo miraba, sin saber lo que iba a decir. ¿Diría algo divertido? ¿O más bien siniestro? Al final, anunció con voz tranquila:

—Es mejor que me vaya.

—¿Por qué? ¿Por el vino? Pero... si le pasa a todo el mundo.

—No... no es eso... es sólo que...

—Es sólo que ¿qué? ¿Lo aburro?

—No, hombre... claro que no... usted no podría aburrirme ni muerta...

—Entonces ¿qué?

—Entonces nada. Es sólo que usted me gusta. Me gusta de verdad.

—...

—Sólo me apetece una cosa: volverla a besar... Pero ni se me pasa por la cabeza un solo instante que yo pueda gustarle a usted... así que creo que lo mejor es que dejemos de vernos... Seguramente sufriré, pero ese sufrimiento será más dulce, si se puede decir...

—¿Piensa usted siempre tanto?

—Pero ¿cómo no hacerlo? ¿Cómo voy a estar aquí, delante de usted, sin más? ¿Acaso sabe hacer algo así?

—¿Estar delante de mí?

—Ya ve que no digo más que tonterías. Es mejor que me vaya.

—Me gustaría que se quedara.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¿Qué hace aquí conmigo?

—No lo sé. Sólo sé que me siento bien con usted, que es usted sencillo... atento... delicado conmigo. Y me doy cuenta de que es algo que necesito.

—¿Y nada más?

—Ya es mucho, ¿no le parece?

Markus seguía de pie. Nathalie se levantó a su vez. Se quedaron así un momento, paralizados por la incertidumbre. Algunas cabezas se volvieron hacia ellos. Es bastante extraño no moverse cuando se está de pie. Quizá habría que pensar en ese cuadro de Magritte en que caen hombres del cielo como estalactitas. Había pues algo de pintura belga en su actitud y, por supuesto, no era una imagen muy tranquilizadora.

65

Markus se fue del bar, abandonando a Nathalie. El momento, al volverse perfecto, le hizo huir. Nathalie no entendía su actitud. Se estaba divirtiendo, por eso ahora estaba enfadada con él. Sin saberlo, Markus había actuado de manera brillante. Había despertado a Nathalie. La había incitado a hacerse preguntas. Había dicho que quería besarla. ¿De modo que era sólo eso? ¿Le apetecía a ella? No, no lo creía. No lo encontraba especialmente... Pero eso no era tan importante... Por qué no... Le parecía que tenía algo... y además era divertido... Entonces ¿por qué se había marchado? Qué idiota. Lo había estropeado todo. Estaba muy irritada... Qué idiota, sí, qué idiota, seguía pensando, mientras los clientes del bar la miraban. A ella, una mujer muy hermosa abandonada por un tipo cualquiera. Nathalie no reparaba siquiera en esas miradas. Se quedó ahí, inmóvil en su irritación, frustrada por no haber dominado la situación, por no haber sabido retenerlo, ni comprenderlo. No debía echarse la culpa, no habría podido hacer nada. Era demasiado deseable como para que Markus pudiera permanecer junto a ella.

Una vez en casa, marcó su número de teléfono pero colgó antes de que se estableciera la llamada. Le hubiera gustado que él la llamara. Después de todo, la iniciativa de esa segunda cita la había tomado ella. Al menos podría haberle dado las gracias. Enviarle un mensaje. Nathalie estaba ahí, esperando delante de su teléfono, y era la primera vez en mucho tiempo que vivía eso: la espera. No podía dormir, así que se sirvió un poco de vino. Y puso música. Alain Souchon. Una canción que le gustaba escuchar con François. No podía creer que fuera capaz de escucharla, así, sin más, sin

derrumbarse. Nathalie seguía dando vueltas por su salón, hasta bailaba un poco, dejando que la ebriedad la embargara con la energía de una promesa.

66

*Primera parte de El amor a la fuga,
canción de Alain Souchon, escuchada
por Nathalie después de su segunda
cita con Markus:*

Caricias fotografiadas sobre mi piel sensible.
Se puede tirar todo, los instantes, las fotos, hay libertad.
Siempre está el papel de celofán para volver a pegar todos esos tormentos.
Qué buena imagen dábamos, tan enamorados.
Nos fuimos a vivir juntos, la vida en pareja no es lo que tú crees.
Enseguida añicos de cristal, cortan, y sangras.
Platos rotos por el suelo.
No aguantamos el tirón.
Llora, llora, lágrimas en tu rostro.
Nos separamos sin ninguna explicación.
El amor a la fuga.
El amor a la fuga.

Markus había caminado por el borde del precipicio, con una sensación de viento bajo sus pasos.

Cuando volvió a su casa, aquella noche, lo seguían asaltando imágenes dolorosas. ¿Quizá todo estuviera ligado a Strindberg? Seguramente es más prudente evitar enfrentarse a las angustias de los compatriotas de uno. La belleza del momento, la belleza de Nathalie, todo eso lo había percibido como una orilla postrera: la del desastre. La belleza estaba ahí, delante de él, mirándolo fijamente a los ojos, como una anticipación de lo trágico. Ése y no otro era el tema de *Muerte en Venecia*, con esta frase central: «Aquel que contempla la belleza está predestinado a morir». De modo que sí, Markus podía parecer grandilocuente; e incluso estúpido por haber salido huyendo. Pero hay que haber vivido años y años en la nada para comprender cómo de pronto se puede sentir miedo ante una simple posibilidad.

Markus no la llamó. Nathalie, a quien le había gustado su lado país del Este, se iba a sorprender al descubrirlo de nuevo hierático en su Suecia. Ya no había la más mínima partícula polaca en él. Markus había decidido cerrarse, *no volver a jugar más con el fuego femenino*. Sí, ésas eran las palabras que revoloteaban en su cabeza. Y la primera consecuencia fue la siguiente: decidió que ya no la miraría más a los ojos.

A la mañana siguiente, al llegar a la oficina, Nathalie se cruzó con Chloé. Está bien, para qué seguir ocultando que la joven era también propensa a hacerse la encontradiza. Por ello, a menudo recorría los pasillos

de un extremo a otro sólo para cruzarse con su jefa^[9]. Como una verdadera portera, sin la más mínima elegancia del erizo, Chloé trataría de arrancarle alguna confidencia:

—Ah, hola, Nathalie. ¿Está usted bien?

—Sí, estoy bien. Sólo un poco cansada.

—¿Por la obra de teatro de anoche? ¿Es que fue muy larga?

—No, no especialmente...

Chloé notó que sería difícil enterarse de más pero, por suerte, un acontecimiento lo iba a hacer todo más fácil. Markus avanzaba hacia ellas, y él también parecía encontrarse en un estado algo anormal. La joven se las apañó para que se detuviera:

—Ah, hola, Markus, ¿estás bien?

—Pues sí... ¿y tú?

—Tirando.

Markus contestó evitando mirar a sus interlocutoras. Ello daba una impresión muy extraña, como de estar hablando con alguien con prisa. Y era extraño precisamente porque Markus no parecía tener ninguna prisa.

—¿Estás bien? ¿Te duele el cuello?

—No... no... estoy bien... Bueno, tengo que irme.

Y se fue, dejando a las dos mujeres pasmadas.

Chloé pensó enseguida: Se muere del corte... eso significa entonces que seguro que se han acostado... no veo otra explicación... ¿Por qué la habrá ignorado si no? *Chloé le dedicó una sonrisa de oreja a oreja a Nathalie:*

—¿Puedo hacerle una pregunta? Ayer, al teatro, ¿fue usted con Markus?

—Eso no es asunto suyo.

—Muy bien... es sólo que pensaba que usted y yo compartíamos cosas. Yo a usted se lo cuento todo.

—Pero yo no tengo nada que contar. Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar.

Nathalie se había mostrado seca. No le había gustado la intromisión que Chloé se había permitido. Se le veía a la legua en la mirada la avidez en la búsqueda del chismorreo. Chloé, incómoda, balbuceó que organizaba una

copa por su cumpleaños al día siguiente. Nathalie contestó con una vaga señal que daba a entender vagamente que sí. Pero ya no estaba segura de querer ir.

Más tarde, en su despacho, volvería a pensar en lo poco sutil que se había mostrado Chloé. Durante meses, Nathalie había vivido con rumores a su paso. Observaciones discretas para saber cómo estaba, cómo lograba tirar para adelante, lo que hacía, la manera en que se entregaba a su trabajo. Esa vigilancia, por amable y solícita que fuera, la había sentido como un peso. Por aquel entonces, le hubiera gustado que nadie la mirara. Paradójicamente, las manifestaciones permanentes de afecto le habían hecho las cosas más difíciles. Conservaba un amargo recuerdo de esa época en que había atraído la atención de todos. Entonces, al pensar otra vez en el comentario de Chloé, comprendió que debía ser discreta y no mencionar nunca nada de su relación con Markus. Pero ¿acaso era una relación? Desde que François había muerto, había perdido todos sus puntos de referencia. Se sentía como si hubiera vuelto a la adolescencia. Sentía que todo lo que sabía del amor había sido saqueado. Su corazón latía sobre un montón de ruinas. No entendía la actitud de Markus, ni tampoco esa manera que tenía de no mirarla. Qué tontería. ¿O es que estaba loco? Una locura leve era más que probable. Nathalie no pensaba: hay que amar de verdad a una mujer para no querer verla. No, no pensaba eso. Sencillamente, cada vez estaba más confundida.

68

*Tres rumores sobre Bjorn Andresen,
el actor que interpretó el personaje
de Tadzio en Muerte en Venecia de
Luchino Visconti:*

Mató a un actor gay en Nueva York.

*

Murió en un accidente aéreo en México.

*

No comía más que lechuga.

69

Markus no tenía ganas de trabajar. Se pasaba el rato en la ventana, contemplando la nada. Seguía con nostalgia, y, para ser más precisos, la suya era una nostalgia absurda. Esa ilusión de que nuestro pasado siniestro posee, pese a todo, cierto encanto. En ese instante, su infancia, por pobre que hubiera sido, se le antojaba llena de vida. Pensaba en detalles y le parecían conmovedores, cuando siempre habían sido patéticos. Quería encontrar un refugio donde fuera, con tal de que le permitiera evadirse del presente. Sin embargo, en esos últimos días, había alcanzado una suerte de sueño romántico al ir al teatro con una mujer hermosa. Entonces ¿por qué sentía una necesidad tan intensa de dar marcha atrás? Seguramente había que ver en ello algo muy simple y que podría definirse así: *el miedo a la felicidad*. Dicen que, justo antes de morir, uno ve desfilar ante sus ojos los momentos más hermosos de su vida. Parece, pues, plausible que se pueda ver desfilar los estragos y los fracasos del pasado en el momento en que la felicidad está ahí, delante de nosotros, con una sonrisa casi inquietante.

Nathalie le había pedido que fuera a su despacho, pero él se había negado.

—No me opongo a verla —dijo—. Pero por teléfono.

—¿Verme por teléfono? ¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Estoy bien, gracias. Sólo le pido que no entre en mi campo visual durante unos días. Es lo único que le pido.

Nathalie estaba cada vez más consternada. Y, sin embargo, le seguía atrayendo toda esa situación tan extraña. El ámbito de sus dudas y sus interrogaciones era vasto. Se preguntaba si la actitud de Markus no sería

una forma de estrategia. ¿O una forma moderna del sentido del humor en el amor? Por supuesto, se equivocaba. No había que buscarle tres pies al gato. Markus estaba atascado en una descorazonadora banalidad.

A última hora de la tarde, decidió no seguir sus recomendaciones y entró en su despacho. Al instante, Markus apartó la mirada.

—¡Pero bueno, qué frescura la suya! Además, entra sin llamar.

—Porque quiero que me mire.

—Le he dicho que no quiero hacerlo.

—¿Usted siempre es así? ¿No me irá a decir que es por lo de la copa de vino tinto?

—De alguna manera, sí.

—¿Lo hace a propósito? ¿Para intrigarme, es eso? Pues tengo que decirle que funciona.

—Nathalie, le prometo que no hay nada más que entender que lo que ya le he dicho. Me estoy protegiendo, nada más. Tampoco es tan complicado de entender.

—Pero se va a hacer daño en el cuello si sigue así.

—Prefiero que me duela el cuello a que me duela el corazón.

Nathalie se quedó como en suspenso con esta última frase, que redujo a una expresión, o a una sola palabra incluso: *duela el corazón*. Y luego añadió:

—¿Y si yo sí tengo ganas de verlo a usted? ¿Y si quiero pasar tiempo con usted? ¿Y si me siento bien con usted? ¿Qué hago entonces?

—No es posible. Nunca será posible. Es mejor que salga de mi despacho.

Nathalie no sabía qué hacer. ¿Debía besarle, pegarle, despedirlo, ignorarlo, humillarlo, suplicarle? Al final, giró el pomo de la puerta y salió.

70

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Chloé celebraba su cumpleaños. No soportaba que a la gente se le pudiera olvidar. Dentro de unos años, sería seguramente al contrario. Se podía apreciar su energía, esa manera de tornar alegre y vistoso un universo siniestro, esa manera de sumir a sus compañeros presentes en un buen humor artificial. Prácticamente todos los empleados de la planta estaban ahí, y Chloé, en medio de todos ellos, bebía una copa de champán, mientras esperaba a que le dieran sus regalos. La manifestación ridículamente exagerada de su narcisismo tenía un toque conmovedor, casi encantador.

La sala no era muy grande; Markus y Nathalie se esforzaban pese a todo por mantenerse lo más alejados posible el uno del otro. Ésta había aceptado por fin lo que él le pedía, y trataba de no aparecer en su campo visual. Chloé, que no les quitaba ojo, no se dejaba engañar. *Tienen una manera de no hablarse de lo más elocuente*, pensó. Qué perspicacia. Pero bueno, no quería preocuparse mucho por esa historia: que su fiesta de cumpleaños fuera un éxito, eso era lo esencial. Todos los empleados, los Benoîts y las Bénédictes, de pie sin mucho entusiasmo, con una copa en la mano, vestidos de traje y corbata ellos y de traje sastre ellas, con ese aire de quien domina el arte de la cordialidad y la simpatía. Markus observaba los pequeños deseos y placeres de cada uno, y lo encontraba todo grotesco. Pero para él lo grotesco tenía un aspecto profundamente humano. Él también quería participar en ese movimiento colectivo. Había sentido la necesidad de hacer bien las cosas. Al final de la tarde, encargó por teléfono un ramo de rosas blancas. Un inmenso ramo del todo desmesurado en

comparación con la relación que tenía con Chloé. Era como si tuviera la necesidad de agarrarse al blanco; a la inmensidad del blanco. Un blanco que se impone sobre el rojo. Markus había bajado justo en el momento en que la joven que venía a entregar las flores había llegado a la recepción de la empresa.

Una imagen asombrosa: Markus apoderándose de un inmenso ramo en ese vestíbulo funcional y sin alma.

Avanzó así hacia Chloé, oculto por una masa sublime y blanca. Ella lo vio venir y preguntó:

—¿Es para mí?

—Sí. Feliz cumpleaños, Chloé.

La joven sintió apuro. Instintivamente, volvió la cabeza hacia Nathalie. Chloé no sabía qué decirle a Markus. Había como un espacio en blanco entre ellos: su cuadrado blanco sobre fondo blanco. Todo el mundo los miraba. Bueno, al menos lo que se podía ver de sus rostros, las parcelas que habían escapado al blanco. Chloé sintió que debía decir algo, pero ¿el qué? Por fin declaró:

—No hacía falta. Es demasiado.

—Sí, seguramente. Pero tenía ganas de blanco.

Otro colega avanzó con su regalo, y Markus aprovechó para escabullirse.

Nathalie había observado la escena desde lejos. Había querido respetar las reglas de Markus pero, profundamente molesta por lo que había visto, decidió acercarse a hablar con él:

—¿Por qué le ha regalado un ramo así?

—No lo sé.

—Mire... empiezo a estar muy harta de su actitud de autista... No quiere mirarme... no quiere explicarme.

—Le prometo que no lo sé. Nadie se siente más incómodo que yo ahora mismo, se lo aseguro. Me doy perfecta cuenta de que es algo

desproporcionado. Pero es así. Al encargarme las flores, he dicho que quería un inmenso ramo de rosas blancas.

—Está usted enamorado de ella, ¿es eso?

—¿Está usted celosa, o qué?

—No estoy celosa. Pero empiezo a preguntarme si bajo ese aire suyo de depresivo sueco no se esconde un donjuán consumado.

—Y usted... usted debe de ser una experta en el alma masculina, desde luego.

—Todo esto es ridículo.

—Lo que es ridículo es que también tengo un regalo para usted... y que no se lo he dado.

Se miraron. Y Markus se dijo: *¿cómo he podido pensar que podía no verla más?* Le sonrió, y Nathalie contestó a su sonrisa con otra sonrisa. Habían vuelto las sonrisas. Es curioso cómo a veces uno decide algo muy en serio, se dice que todo será así a partir de ahora, y basta un ínfimo gesto de los labios para quebrar la seguridad de una certeza que parecía casi eterna. Toda la voluntad de Markus acababa de derrumbarse ante una evidencia, la del rostro de Nathalie. Un rostro cansado, un rostro apenado por la incompreensión, pero no dejaba de ser el rostro de Nathalie. Sin hablar, abandonaron discretamente la fiesta para reunirse en el despacho de Markus.

71

No sobraba espacio. El alivio de ambos bastaba para llenar la habitación. Estaban felices de estar a solas. Markus miraba a Nathalie, y la vacilación que leía en sus ojos lo alteraba profundamente.

—Bueno, ¿qué hay de ese regalo? —le preguntó ella.

—Se lo doy, pero tiene que prometerme que no lo abrirá hasta que llegue a su casa.

—Trato hecho.

Markus le tendió un paquetito que Nathalie se guardó en el bolso. Se quedaron un momento así, *un momento que dura todavía*. Markus no se sentía obligado a hablar, a llenar el silencio. Estaban relajados, felices de volver a estar juntos. Al cabo de un ratito, Nathalie dijo:

—A lo mejor deberíamos volver a la fiesta. Va a parecer raro si no.

—Tiene razón.

Salieron del despacho y avanzaron por el pasillo. Cuando volvieron al lugar de la fiesta, se llevaron una sorpresa: ya no había nadie. Todo estaba terminado y recogido. Se preguntaron: ¿cuánto tiempo habían estado en el despacho?

Una vez en su casa, sentada en el sofá, Nathalie abrió el paquete. Descubrió un tubito dispensador de caramelos Pez. No daba crédito, porque ya no se vendían en Francia. Ese gesto la conmovía profundamente. Se puso el abrigo y volvió a salir. Paró un taxi con un movimiento del brazo (un gesto que de pronto le pareció muy simple).

72

Artículo de la Wikipedia sobre los caramelos PEZ:

El nombre PEZ viene del alemán *Pfefferminz*, o menta, que fue el primer sabor comercializado. Los PEZ son originarios de Austria y se exportan a todo el mundo. El dispensador de PEZ es una de las características de la marca. Su gran variedad lo convierte en un objeto muy apreciado por los coleccionistas.

73

Una vez delante de la puerta, vaciló un momento. Era tan tarde... Pero ya que había ido hasta allí, era absurdo volverse. Llamó una vez, y luego otra. Nada. Entonces empezó a golpear la puerta. Al cabo de un rato, oyó pasos.

—¿Quién es? —preguntó una voz angustiada.

—Soy yo —contestó.

La puerta se abrió, y lo que vio Nathalie la dejó desconcertada. Su padre tenía el pelo revuelto y la mirada perdida. Parecía sonado, como si le hubieran robado algo. Quizá se tratara de eso al fin y al cabo: acababan de robarle el sueño.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

—No... estoy bien... Quería verte.

—¿A estas horas?

—Sí, es urgente.

Nathalie entró en casa de sus padres.

—Tu madre está durmiendo, ya la conoces. Aunque se parara el mundo, ella seguiría durmiendo.

—Sabía que te despertaría a ti.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una infusión?

Nathalie asintió, y su padre se fue a la cocina. Su relación con su padre era reconfortante. Una vez pasada la sorpresa, éste había recobrado su calma habitual. Se notaba que se iba a “ocupar de todo”. Sin embargo, en ese momento de la noche, Nathalie pensó furtivamente que estaba más viejo. Lo había visto sólo en su forma de andar con sus zapatillas para estar por casa. Se dijo: *es un hombre al que han despertado en plena noche, pero*

se toma el tiempo de ponerse las zapatillas para ir a ver lo que ocurre. Esa precaución de los pies era conmovedora. Su padre volvió al salón.

—Bueno, ¿qué pasa, pues? ¿Qué era eso que no podía esperar?

—Quería enseñarte esto.

Se sacó entonces del bolsillo el dispensador de caramelos Pez, y, al instante, el padre sintió la misma emoción que su hija. Ese pequeño objeto los remitía al mismo verano. De repente, su hija tenía ocho años. Nathalie se acercó entonces a su padre, delicadamente, para apoyar la cabeza en su hombro. Había en los Pez toda la ternura del pasado, todo lo que se había dilapidado con el tiempo también, no brutalmente, sino de manera difusa. Había en los Pez el tiempo de antes de la desgracia, el tiempo en que la fragilidad se resumía a una caída, a un arañazo. Había en los Pez la idea de su padre, el hombre hacia el que, de niña, le gustaba correr, saltar a sus brazos y, una vez contra su pecho, podía pensar en el futuro con férrea seguridad. Se quedaron anonadados en la contemplación del dispensador Pez, que llevaba intrínsecos todos los matices de la vida, un objeto ínfimo y ridículo, y sin embargo tan conmovedor.

Fue entonces cuando Nathalie se puso a llorar. A llorar de verdad, eran las lágrimas de ese sufrimiento contenido frente a su padre. No sabía por qué, pero nunca se había abandonado delante de él. ¿Quizá porque era hija única? ¿Quizá porque también tenía que interpretar el papel del hijo? Del que no llora. Pero era una niña pequeña, una niña que había perdido a su marido. Entonces, después de todo ese tiempo, en el ambiente evaporado de los Pez, se puso a llorar en los brazos de su padre. Se abandonó a la deriva, con la esperanza del consuelo.

Al día siguiente, al llegar a la oficina, Nathalie estaba un poco enferma. Al final se había quedado a dormir en casa de sus padres. Al amanecer, justo antes de que se despertara su madre, había pasado un momento por su casa. En memoria de las noches de juerga de su juventud, esas noches en las que podía salir hasta el amanecer, cambiarse de ropa y luego ir directamente a clase. Sentía esa paradoja del cuerpo: un estado de agotamiento que te mantiene despierto. Pasó un momento por el despacho de Markus, y le sorprendió ver que tenía exactamente la misma expresión que el día anterior. Algo así como la fuerza tranquila de lo idéntico. Era una idea que la tranquilizaba, que la aliviaba incluso.

—Quería darle las gracias... por el regalo.

—De nada.

—¿Puedo invitarlo a una copa esta noche?

Markus asintió, pensando: *Estoy enamorado de ella, y siempre es ella la que toma la iniciativa de nuestras citas.* Pensó sobre todo que ya no debía tener miedo, que había sido ridículo por su parte replegarse así, protegerse. Uno nunca debería tratar de evitarse un dolor potencial. Una vez más seguía reflexionando, contestándole incluso, cuando Nathalie ya hacía rato que se había ido. Seguía pensando que todo eso podía llevarlo al sufrimiento, a la decepción, al callejón sin salida afectivo más aterrador que existe. Sin embargo, tenía ganas de seguir ese camino. Tenía ganas de partir hacia un destino desconocido. Nada era trágico. Sabía que existían transbordadores entre la isla del dolor, la del olvido y aquélla, más lejana todavía, de la esperanza.

Nathalie le había propuesto verse directamente en el bar. Era mejor ser un poco discretos después de su huida de la fiesta el día anterior. Por no hablar de las preguntas de Chloé. Markus estaba de acuerdo aunque, en lo más hondo de sí mismo, habría sido capaz de organizar una rueda de prensa para anunciar cada una de sus citas con Nathalie. Llegó el primero, y decidió instalarse en un lugar bien a la vista. Un lugar estratégico para que nadie pudiera perderse la escena de la llegada de la hermosa mujer con la que estaba citado. Era un acto importante, que desde luego no había que considerar como algo superficial. En ningún caso era vanidad masculina. Había que ver en ello algo mucho más importante: había en ese acto la primera realización de una aceptación de sí mismo.

Por primera vez en mucho tiempo, Markus había olvidado llevarse un libro al salir de casa por la mañana. Nathalie le había dicho que se reuniría con él lo antes posible, pero no cabía excluir que su espera pudiera durar un poco. Markus se levantó para coger un periódico gratuito y se enfrascó en la lectura. No tardó en interesarlo profundamente un artículo. Y fue justo cuando estaba sumido en ese suceso cuando Nathalie hizo su aparición:

—Hola, ¿lo interrumpo?

—No, claro que no.

—Parecía tan concentrado...

—Sí, estaba leyendo un artículo... sobre tráfico de *mozzarella*.

Nathalie soltó entonces una carcajada, le entró la risa floja, como ocurre a veces cuando se está cansado. No podía parar de reír. Markus reconoció que podía ser divertido, y se echó a reír él también. La estupidez los atrapaba. Markus había contestado con sencillez a la pregunta de Nathalie, sin pensárselo. Y ahora, ella reía sin parar. Verla así era algo inaudito para Markus. Era como estar frente a un pez con piernas (allá cada cual con sus metáforas). Desde hacía años, durante centenares de reuniones, siempre había visto a una mujer seria, dulce pero siempre seria, sí. La había visto sonreír, claro, incluso la había hecho reír otras veces, pero así, como esa noche, no. Era la primera vez que reía con una intensidad tal. Para ella, eso lo resumía todo: ese momento era la esencia misma de lo que le gustaba

vivir con Markus. Un hombre sentado en un bar, que te dedica una gran sonrisa nada más verte y que te anuncia muy serio que está leyendo un artículo sobre tráfico de *mozzarella*.

75

*Artículo publicado en el periódico
Metro titulado «Desmantelada una
red que traficaba con mozzarella»:*

«Cinco personas fueron detenidas ayer y anteayer en el marco de una operación policial que se saldó con el desmantelamiento de una red dedicada al tráfico de mozzarella “de muy buena calidad” en Bondoufle (Essone). Según Pierre Chuchkoff, jefe de brigada de la gendarmería de Évry, al mando de la investigación, “en dos años la banda había almacenado entre 60 y 70 palés, lo que equivale a 30 toneladas de queso” con la intención de revenderlas luego por toda la región, hasta Villejuif (Val-de-Marne). Un tráfico nada desdeñable, puesto que se calculan unas pérdidas de 280.000 €. A raíz de la denuncia de la empresa Stef, en junio de 2008, la investigación llevó a descubrir una red que implicaba en particular a dos gerentes de sendas pizzerías, de las cuales una, situada en Palaiseau, era la elegida por la banda para realizar la entrega de la mercancía. Queda aún por averiguar quién era el cabecilla de la red y dónde permanece oculto el botín. V. M».

76

En una historia de amor, el alcohol acompaña dos momentos opuestos: cuando se descubre al otro y hay que narrarse uno mismo, y cuando ya no hay nada que decirse. Ellos estaban en la primera etapa. Esa en la que el tiempo pasa volando, esa en la que se revive la historia, y en especial la escena del beso. Nathalie había pensado que ese beso lo había dictado el azar del impulso. Pero ¿quizá no? Quizá no existiera el azar. Quizá todo eso no hubiera sido sino el progreso inconsciente de una intuición. La impresión de que se sentiría bien con ese hombre. Eso la hacía feliz, y luego se tornaba grave, y feliz de nuevo. Un viaje incesante de la alegría a la tristeza. Y ahora, el viaje los llevaba al exterior. Hacia el frío. Nathalie no se encontraba muy bien. Tanto ir y venir la noche anterior la había destemplado. ¿Dónde podían ir ahora? Se anunciaba un paseo largo, pues ninguno se atreve todavía a ir a casa del otro, y sobre todo no apetece separarse. Uno deja que se eternice el sentimiento de indecisión. Y es aún más intenso de noche.

—¿Puedo besarla? —preguntó Markus.

—No lo sé... estoy incubando un resfriado.

—No importa. Estoy dispuesto a enfermarme con usted. ¿Puedo besarla?

A Nathalie le encantó que se lo preguntara. Era delicado por su parte. Cada momento con él se salía de lo corriente. Después de lo que había vivido, ¿cómo habría podido imaginar volver a embelesarse por alguien? Ese hombre tenía algo único.

Nathalie asintió con la cabeza.

*Diálogo de la película Celebrity de
Woody Allen, que inspiró la réplica
de Markus:*

Charlize Theron:

¿No te da miedo contagiarte?

Estoy resfriada.

Kenneth Branagh:

De ti cogería hasta un cáncer incurable.

Las veladas pueden ser extraordinarias, las noches, inolvidables, y, sin embargo, todas desembocan siempre en mañanas normales y corrientes. Nathalie cogió el ascensor para ir a su despacho. Odiaba encontrarse con alguien en ese reducto, tener que sonreír e intercambiar frases de cortesía, por lo que se las apañaba para esperar a que estuviera vacío. Le gustaba ese momento, esos pocos segundos en los que se elevaba hacia su jornada, en esa jaula que nos convierte en hormigas en una galería. Al salir, se topó con su jefe. No es una simple expresión: de verdad chocaron el uno con el otro.

—Tiene gracia... justo me estaba diciendo que últimamente no nos vemos mucho... y ¡zas, voy y me cruzo contigo! De haber sabido que tenía este poder, habría formulado otro deseo...

—Mira qué listo.

—No, ahora en serio, tengo que hablar contigo. ¿Te importa pasarte más tarde por mi despacho?

En esos últimos tiempos, Nathalie casi se había olvidado de que Charles existía. Era como un viejo número de teléfono, un elemento que ya no tiene nada que ver con la modernidad. Era un correo neumático. Le resultaba extraño tener que volver a su despacho. ¿Cuánto tiempo hacía que no había estado allí? No lo sabía con precisión. El pasado empezaba a deformarse, a diluirse en las vacilaciones, a esconderse bajo las manchas del olvido. Y era la prueba feliz de que el presente recuperaba su papel. Nathalie dejó que pasara la mañana y por fin se decidió.

79

*Ejemplos de números de teléfono de
otro siglo:*

Odéon 32-40

*

Passy 22-12

*

Clichy 12-14

80

Nathalie entró en el despacho de Charles. Enseguida reparó en que las persianas estaban menos subidas que de costumbre, que había como un intento de sumir la mañana en la oscuridad.

—Es verdad que hace tiempo que no venía aquí... —dijo, caminando por el despacho.

—Hace tiempo, sí...

—Anda que no habrás leído palabras del Larousse desde la última vez...

—Ah, eso... no. Dejé de hacerlo. Me harté de las definiciones. Sinceramente, ¿me puedes decir de qué sirve conocer el significado de las palabras?

—¿Era para preguntarme esto por lo que querías verme?

—No... no... Nos pasamos el tiempo cruzándonos por los pasillos... y sólo quería saber cómo estás... cómo te van las cosas ahora...

Había pronunciado esas últimas palabras en la frontera de la tartamudez. Frente a esa mujer, Charles era un tren que descarrila. No entendía por qué tenía ese efecto sobre él. Claro que era guapa, claro que tenía una forma de ser que le parecía sublime, pero aun así: ¿era suficiente? Charles era un hombre poderoso, y a veces secretarias pelirrojas soltaban risitas intimidadas a su paso. Habría podido tener mujeres, habría podido tener aventuras fugaces en hoteles lujosos. ¿Entonces? No había nada que decir. Estaba sujeto a la tiranía de su primera impresión. No podía ser otra cosa. Ese instante en que había visto su rostro en el currículum, en que había dicho: quiero hacerle yo la entrevista. Entonces había aparecido Nathalie, recién casada, pálida y vacilante, y unos segundos más tarde, le había ofrecido

unos Krisrolls. ¿A lo mejor se había enamorado de una foto? Quizá no haya nada tan extenuante como vivir bajo la tiranía sensual de una belleza fija, detenida en el tiempo. Seguía observándola. Nathalie no quería sentarse. Andaba de aquí para allá, tocaba los objetos, sonreía por nada: era la encarnación violenta de la feminidad. Por fin, rodeó su escritorio y se colocó detrás de él:

—¿Qué... qué haces? —preguntó Charles.

—Te miro la cabeza.

—Pero ¿por qué?

—Miro alrededor de tu cabeza. Porque siento que tienes una idea rondándote.

Lo que faltaba: que tuviera sentido del humor. Charles ya no dominaba en absoluto la situación. Nathalie estaba detrás de él, divertida. El pasado, por primera vez, parecía de verdad pasado. Había estado en primer plano en su vida en sus días más negros. Se había pasado las noches pensando que Nathalie podría suicidarse, y ahora estaba ahí, detrás de él, excesivamente viva.

—Anda, siéntate, por favor —le dijo tranquilamente.

—Vale.

—Pareces feliz. Y eso te hace aún más bella.

Nathalie no contestó. Esperaba que no la hubiera llamado a su despacho para hacerle una nueva declaración. Charles prosiguió:

—¿No tienes nada que decirme?

—No, eras tú quien quería verme.

—¿Marchan las cosas bien en tu equipo?

—Sí, creo que sí. Bueno, tú lo sabes mejor que yo. Tú tienes las cifras.

—¿Y con... Markus?

De modo que ésa era la idea que le rondaba por la cabeza. Quería hablar de Markus. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—Me han dicho que cenas a menudo con él.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Aquí se sabe todo.

—¿Y qué más da? Es mi vida privada. ¿Qué tiene eso que ver contigo?

Nathalie se interrumpió bruscamente. Cambió la tonalidad de su rostro. Observó a Charles, patético, colgado de sus labios, esperando una explicación, esperando más que nada que lo desmintiera todo. Siguió mirándolo un buen rato, sin saber qué hacer. Al final decidió marcharse de su despacho, sin añadir una palabra. Dejaba a su jefe sumido en la incertidumbre, en una frustración de tomo y lomo. Nathalie no soportaba los chismorreos, que cotillearan a sus espaldas. Odiaba toda esa temática: ideas rondando por la cabeza, palabras que no se dicen a la cara, puñaladas traperas. Había sido sobre todo la frase «aquí se sabe todo» la que la había irritado. Ahora que lo pensaba, podía confirmarlo: sí, había sentido algo en las miradas de los demás. Bastaba con que alguien los hubiera visto en el restaurante, o simplemente salir juntos, y ya toda la empresa hervía de excitación. ¿Por qué estaba irritada? Había contestado secamente que era su vida privada. Habría podido decirle a Charles: «Sí, ese hombre me gusta». Con convicción. Pero no, no quería ponerle palabras a la situación, y de ninguna manera pensaba dejar que nadie la obligara a hacerlo. Al volver a su despacho, se cruzó con algunos compañeros, y constató el cambio. La mirada de compasión y de simpatía se dejaba carcomer por otra cosa. Pero todavía no podía imaginar lo que estaba a punto de suceder.

81

*Fecha de estreno de la película de
Claude Lelouch Un hombre que me
gusta, con Jean-Paul Belmondo y
Annie Girardot*

3 de diciembre de 1969

Después de que Nathalie se marchara, Charles permaneció largo rato inmóvil. Era del todo consciente de que no había sabido llevar esa conversación. Se había mostrado torpe. Sobre todo había sido incapaz de decirle lo que sentía de verdad: «Sí que es asunto mío. No quisiste salir conmigo porque no querías volver a estar con un hombre. De modo que sí, claro que tengo derecho a saber lo que sientes. Tengo derecho a saber lo que te gusta de él, lo que no te gusta de mí. Sabes muy bien cuánto te he querido, y lo duro que ha sido para mí. Así que me debes una explicación, no te pido más». Esto era más o menos lo que le hubiera gustado decir. Pero así son las cosas: siempre vamos con cinco minutos de retraso con respecto a nuestras conversaciones sentimentales.

No podía trabajar. Después de aclarar las cosas con Nathalie, aquella noche en que había habido tantos empates en la liga de fútbol, se había resignado. Ello había originado incluso en su vida, por lo absurdo del mecanismo sensual, un renacer con su mujer. Durante semanas, no habían dejado de hacer el amor, de reencontrarse a través del cuerpo. Se podía hablar incluso de una época magnífica. A veces es mucho más emocionante recuperar un viejo amor que descubrir uno nuevo. Y luego la agonía se había reanudado despacio, como una risa malévola: ¿cómo habían podido creer que volvían a quererse? Aquello había sido una transición, un paréntesis en forma de desesperación disfrazada, una ligera llanura entre dos montañas patéticas.

Charles se sentía desgastado y cansado. Estaba hasta el gorro de Suecia y de los suecos. De su estresante costumbre de intentar siempre mantener la calma, de no gritar nunca al teléfono. Esa manera que tenían de ser tan «zen», y de ofrecer masajes a los empleados. Todo ese buen rollo empezaba a ponerlo nervioso. Echaba de menos la histeria mediterránea, y a veces soñaba con hacer negocios con vendedores de alfombras. En ese contexto había encajado la información sobre la vida privada de Nathalie. Desde entonces, no dejaba de pensar en ese hombre, ese tal Markus. ¿Cómo había conseguido, con un nombre tan estúpido, seducir a Nathalie? No se lo había querido creer. Tenía motivos para saber que el corazón de Nathalie era como un espejismo de oasis; en cuanto te acercabas, se desdibujaba. Pero eso era distinto. Su reacción exagerada parecía confirmar el rumor. Oh, no, no podía ser. Nunca podría soportarlo. «¿Cómo lo ha conseguido?», no dejaba de repetirse Charles. El sueco debía de haberla embrujado, o algo así. Debía de haberla dormido, hipnotizado, debía de haberle dado un bebedizo. Sólo podía ser eso. La había encontrado tan distinta. Sí, quizá fuera eso lo que más le había dolido: ya no era su Nathalie. Algo había cambiado. Una verdadera modificación. Así que no veía más que una solución: llamar a su despacho a ese tal Markus para ver de qué pie cojeaba. Para descubrir su secreto.

83

*Número de lenguas, entre ellas el
sueco, en las que se puede leer La
modificación de Michel Butor, premio
Renaudot 1957:*

20

Markus había sido educado según el principio de que no hay que llamar la atención. Que por dondequiera que uno vaya, tiene que mostrarse discreto. La vida debía ser como un pasillo. Por eso, claro, cuando el director lo llamó a su despacho, le entró el pánico. Podía ser un hombre, podía tener sentido del humor y de la responsabilidad, se podía contar con él, pero en cuanto se trataba de la relación con la autoridad, volvía a ser un niño. En ebullición, lo asaltaban numerosas preguntas: *¿Por qué quiere verme? ¿Qué he hecho? ¿Será que he gestionado mal la parte de seguros del expediente 114? ¿Habré ido demasiado al dentista últimamente?* El sentimiento de culpa lo invadía por todas partes. Y quizá fuera ésa la verdadera naturaleza de su personalidad: la absurda sensación, planeando siempre por encima de él, de que estaba a punto de caerle un castigo.

Llamó a su manera, siempre con dos dedos. Charles le dijo que pasara.

—Hola, vengo a verle... como me ha...

—Ahora mismo no tengo tiempo... tengo una cita.

—Ah, muy bien.

—...

—Bueno, pues entonces me voy. Ya volveré más tarde.

Charles echó a ese empleado porque no tenía tiempo de verlo. Esperaba al famoso Markus, sin imaginarse ni por un segundo que acababa de verlo. Además de haber conquistado el corazón de Nathalie, el muy gilipollas tenía la osadía de no presentarse cuando lo llamaba a su despacho. ¿Qué clase de rebelde podía ser? Eso no iba a quedar así. ¿Quién se creía que era? Charles llamó por teléfono a su secretaria:

—He pedido a un tal Markus Lundell que viniera a verme a mi despacho, y todavía no ha aparecido. ¿Puede averiguar qué pasa?

—Pero si le ha pedido que se marche.

—No, no ha venido.

—Sí que ha venido. Acabo de verlo salir de su despacho.

Charles se quedó entonces un momento ausente, como si una ráfaga de viento hubiera atravesado su cuerpo. El viento del norte, claro. Estuvo a punto de darle un vahído. Le pidió a su secretaria que volviera a llamarlo. Markus, que acababa de sentarse en su silla, tuvo que levantarse otra vez. Se preguntó si su jefe no querría burlarse de él. Pensó que tal vez estuviera cabreado con los accionistas suecos y que se vengaba sobre uno de los empleados oriundos de ese país. Markus no quería ser un yoyó. Si eso seguía así, al final tendría que ceder a las presiones de Jean-Pierre, el sindicalista de la segunda planta.

Volvió a entrar en el despacho de Charles. Éste tenía la boca llena. Intentaba calmarse comiendo un Krisproll. Uno suele tratar de relajarse con cosas que lo ponen nervioso. Temblaba, se movía intranquilo y dejaba caer migas de la boca. Markus se quedó estupefacto. ¿Cómo un hombre así podía dirigir la empresa? Pero el más estupefacto de los dos era por supuesto Charles. ¿Cómo un hombre así podía dirigir el corazón de Nathalie? De ambas estupefacciones nació un momento suspendido en el tiempo, en el que nadie hubiera podido imaginar lo que iba a ocurrir a continuación. Markus no sabía qué esperar. Y Charles no sabía lo que iba a decir. Estaba sobre todo muy asombrado: *Pero ¿cómo es posible? Pero si es repulsivo... No tiene forma... es blandengue, se ve que es blandengue... Oh, no, no es posible... Y esa manera que tiene de mirar a la gente, como de lado... Oh, no, qué horror... No le pega nada a Nathalie este hombre... Nada de nada, no, no... Ah, pero qué asco... Vamos, ni hablar de que este tipo siga pululando alrededor de Nathalie... Ni hablar... Lo voy a mandar de vuelta a Suecia... Sí, eso es... un trasladito, mira tú qué bien... ¡Mañana mismo te traslado, chaval!*

Charles podía seguir retorciéndose intranquilo así mucho tiempo. Era incapaz de hablar. Pero bueno, lo había mandado llamar, así que debía decir algo. Para ganar tiempo, dijo:

—¿Quiere un Krisproll?

—No, gracias. Me marché de Suecia para dejar de comer esa clase de panecillos... así que no los voy a comer aquí.

—¡Ja... ja... muy divertido... ja... jiji!

A Charles le entró la risa floja. El gilipollas tenía sentido del humor. Pero qué gilipollas... Ésos eran los peores: los que tienen pinta de depresivos y luego van y te sorprenden con sentido del humor... No te lo esperas y ¡zas!, una broma... Seguro que era su secreto. Charles siempre había tenido la impresión de que ése era su punto flaco, que no había hecho reír bastante a las mujeres en su vida. Se preguntaba incluso, al pensar en su propia mujer, si no tenía el don de volverlas siniestras. Porque era verdad que Laurence llevaba sin reírse dos años, tres meses y diecisiete días. Se acordaba porque lo había apuntado en su agenda, como se apuntan los eclipses de Luna: «Hoy risa de mi mujer». Pero bueno, tenía que dejarse de tanta digresión. Tenía que hablar. ¿De qué tenía miedo después de todo? El jefe era él. Era él quien decidía el importe de los cheques-restaurante, que no es moco de pavo. No, francamente, tenía que recuperarse. Pero ¿cómo hablar a ese hombre? ¿Cómo mirarlo a la cara? Buaj, sí, lo asqueaba que pudiera tocar a Nathalie. Que pudiera rozar sus labios con los suyos. ¡Qué sacrilegio, qué ignominia! Oh, Nathalie. Siempre había querido a Nathalie, era evidente. Uno nunca se zafa de sus pasiones. Había pensado que sería fácil olvidarla. Pero no. El sentimiento había hibernado en él, y resurgía ahora en su dimensión más cínica.

Había otra solución, más radical que el traslado: despedirlo. Seguro que habría cometido algún error profesional. Todo el mundo comete errores. Pero bueno, él no era todo el mundo. Y prueba de ello era que salía con Nathalie. Tal vez fuera un empleado modelo, uno de esos que hacen horas extra con una sonrisa en los labios, uno de esos que nunca piden un

aumento: uno de los peores que existen, vaya. Ese genio a lo mejor ni siquiera estaba sindicado.

—¿Quería verme? —se aventuró a decir Markus, interrumpiendo así los largos minutos que Charles acababa de pasar en la apnea de su estupefacción.

—Sí... sí... termino de pensar en una cosa y estoy con usted.

No podía hacerle esperar así. O sí: lo dejaría así todo el día, sólo para ver su reacción. Pero, fuera como fuere, no sería un problema para él. Porque, ahora que lo pensaba: no hay nada más incómodo que estar delante de alguien que no te habla. Sobre todo si se trata de tu jefe. Cualquier otro empleado habría manifestado signos de inquietud, quizá habría sudado un poco, gesticulado, cruzado y descruzado las piernas... Pero no ocurría así en absoluto con Markus. El sueco se había pasado diez minutos, tal vez quince, sin moverse. Perfectamente impasible. Era increíble, ahora que lo pensaba. No había duda de que ese hombre estaba dotado de una gran fuerza mental.

En ese momento, Markus estaba paralizado por el sentimiento, oh cuán incómodo, de la incertidumbre. No entendía lo que ocurría. Durante años no había visto nunca a su jefe, y hete aquí que éste de pronto lo llamaba a su despacho para envolverlo en silencio. Cada uno, sin saberlo, transmitía al otro una imagen de fuerza. Era Charles quien debía ser el primero en hablar, pero no había nada que hacer, sus labios estaban sellados. Seguía mirando a Markus fijamente a los ojos, hipnotizado. En un principio, había pensado librarse de él, pero se anunciaba ya una segunda hipótesis. Paralelamente a su agresividad, era evidente que nacía en él cierta fascinación. En lugar de alejarlo, debía verlo en acción. Por fin se decidió a hablarle:

—Perdone que le haya hecho esperar. Es que me gusta tomarme el tiempo de sopesar bien mis palabras cuando hablo con alguien. Sobre todo cuando se trata de anunciar lo que tengo que decirle.

—...

—Bien, me he enterado de cómo ha gestionado el expediente 114. No se me escapa nada, créame. Lo sé todo. Y tengo que decir que estoy muy

contento de tenerlo entre nosotros. Y también he hablado de usted a nuestros accionistas suecos, y están muy orgullosos de tener un compatriota tan eficaz.

—Gracias...

—No, no, el que le está agradecido soy yo. Nos damos cuenta de que es usted uno de los motores de esta compañía. De hecho, querría felicitarlo personalmente. Me parece que no paso el tiempo suficiente con los buenos elementos de la empresa. Me gustaría que nos conociéramos mejor. Podríamos cenar juntos esta noche, ¿qué me dice, eh? ¿Qué le parece, eh? Estaría bien, ¿eh?

—Esto... sí, de acuerdo.

—¡Ah, muy bien, cuánto me alegro! Además, en la vida no todo es el trabajo... Podremos hablar de muchas otras cosas. Me parece bien romper a veces la barrera entre directivos y empleados.

—Si usted lo dice.

—Bueno, pues nada, ¡hasta esta noche... Markus! Que tenga un buen día... ¡y viva el trabajo!

Markus salió del despacho, tan estupefacto como el Sol durante un eclipse.

85

*Número de paquetes de Krisprolls
vendidos en 2002:*

22,5 millones

El rumor se extendió por toda la empresa: Markus y Nathalie tenían una aventura. La verdad: sólo se habían besado tres veces. La fantasía: Nathalie estaba embarazada. Sí, la gente añadía cosas de su propia cosecha. Y para definir la amplitud de un cotilleo basta calcular la recaudación de las máquinas de café. Hoy se anunciaba histórica. Si bien todo el mundo en la empresa conocía a Nathalie, nadie sabía de verdad quién era Markus. Era algo así como un eslabón discreto de la cadena, el respunte invisible de una prenda. Cuando volvía a su despacho, ligeramente pasmado por lo que acababa de vivir, sintió que sobre él se posaban numerosas miradas. No entendía el porqué. Pasó un momento por el baño para comprobar el planchado de su chaqueta, los mechones de su cabello, los espacios entre sus dientes y el color de su rostro. No había nada anormal, todo parecía en su sitio.

Esta atención no dejó de aumentar a lo largo del día. Numerosos empleados encontraron pretextos para ir a verlo a su despacho. Le hacían preguntas, se equivocaban de puerta. Quizá no fuera más que una casualidad. Uno de esos días particularmente ricos en acontecimientos, sin que uno sepa muy bien por qué. Cosas de la Luna, habría dicho su tía sueca, una echadora de cartas famosa en Noruega. Con tantas interrupciones, no había tenido mucho tiempo para trabajar. Era irónico: no había dado un palo al agua precisamente el día que su jefe lo había felicitado. Quizá fuera eso también lo que lo molestaba. No es fácil que te halaguen de pronto cuando nunca has estado en primera plana, cuando nadie se ha dado cuenta nunca verdaderamente de lo que hacías. Y, además, estaba Nathalie. Siempre dentro de él. Cada vez más. Su última cita le había dado mucha confianza.

La vida empezaba a adoptar una hechura extraña, alejándose despacito de los miedos y las incertidumbres.

Nathalie también había notado esa agitación a su alrededor. Había sido sólo una sensación difusa hasta que Chloé, partidaria de los acercamientos frontales, se atrevió a decir:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—Todo el mundo dice que tiene una aventura con Markus. ¿Es verdad?

—Ya le he dicho que no es asunto suyo.

Esta vez, Nathalie estaba irritada de verdad. Todo lo que le había gustado de esa joven parecía haber desaparecido. Ahora no veía en ella más que obsesión rastrera. La actitud de Charles ya la había molestado, y ahora empezaba también Chloé. ¿Por qué tenían todos tanta curiosidad de repente? Chloé terminó de meter la pata, balbuceando:

—Es sólo que no me pega nada que usted y...

—Ya basta. Puede irse —dijo Nathalie, perdiendo un poco los nervios.

Instintivamente, supo que cuanto más criticaran a Markus, más cerca se sentiría de él. Que eso los unía más todavía en el mundo lejano de la incompreensión de los demás. Al salir del despacho de Nathalie, Chloé se tildó a sí misma de estúpida. Deseaba ardientemente tener una relación privilegiada con Nathalie, pero lo había hecho fatal. Sin embargo, es verdad que estaba sorprendida y extrañada, y tenía derecho a expresarlo, ¿no? Y no era la única. La idea de su aventura con Markus era incongruente, por así decirlo. No era que no le cayera bien Markus, o que lo encontrara repulsivo, era sólo que no conseguía imaginarlo con una mujer. Siempre lo había considerado como un ovni del mundo de los hombres. Mientras que, para ella, Nathalie siempre había representado una especie de ideal femenino. Por ello su unión la incomodaba y la llevaba a reacciones instintivas. Sabía muy bien que no había sido nada delicada, pero cuando todo el mundo le preguntó: «Bueno, ¿qué? ¿Qué? ¿Tienes información?», sintió que su posición privilegiada podía tener valor. Y que el rechazo de Nathalie tal vez le permitiera acceder a otras afinidades.

*Pretextos utilizados por los
empleados para ir a ver a Markus:*

Me gustaría llevar a mi mujer de vacaciones este verano a Suecia. ¿Me puedes dar algún consejo?

*

¿Tienes una goma que prestarme?

*

Ay, perdón. Me he equivocado de despacho.

*

¿Sigues con el 114?

*

Oye, ¿a ti te funciona Intranet?

*

Jo, tío, es que tiene narices lo de tu compatriota, mira que morirse sin llegar a conocer el éxito de su trilogía...

Mediada la tarde, Nathalie y Markus se tomaron un descanso juntos y se reunieron en la azotea. Se había convertido en su refugio, su cueva. Con sólo intercambiar una mirada, comprendieron que ocurría algo fuera de lo normal, que ambos estaban sujetos a la curiosidad ajena. Se echaron a reír de esa estupidez, y se abrazaron, la mejor manera del mundo de crear silencio. Nathalie le dijo bajito que quería verlo esa noche, y que quería incluso que ya fuera de noche. Era bonito, era dulce, de una intensidad inesperada. Markus se sintió incómodo al explicar que no estaba libre. Era una situación horrible: empezaba a considerar inútil cada segundo que pasaba lejos de Nathalie y, sin embargo, no podía de ninguna manera anular la cena con su jefe. Nathalie se llevó una sorpresa, pero no se atrevió a preguntarle qué planes tenía para esa noche. Sobre todo le extrañó encontrarse de pronto en una posición frágil, a la espera. Markus le explicó que había quedado para cenar con Charles.

—¿Esta noche? ¿Te ha propuesto quedar para cenar?

En ese momento, Nathalie no sabía si reír o enfadarse. Charles no tenía derecho a cenar con un miembro de su equipo, sin avisarla siquiera. Comprendió enseguida que esa cena no tenía nada que ver con el trabajo. Hasta entonces, Markus no había intentado analizar la súbita motivación de su jefe. Después de todo, era plausible: estaba haciendo un buen trabajo con el expediente 114.

—¿Y te ha dicho por qué quería cenar contigo?

—Pues... sí... quería felicitarme...

—¿Y no te parece raro? ¿Lo ves cenando con cada empleado al que quiere felicitar?

—Es que ¿sabes?, él mismo me pareció tan raro que, viniendo de él, ya nada me sorprende.

—Eso es verdad. Tienes razón.

A Nathalie le encantaba la manera que tenía Markus de tomarse las cosas. Podía parecer ingenuidad, pero no. Había en él como una ternura infantil y una capacidad para aceptar las situaciones, incluso las más rocambolescas. Se acercó a ella y la besó. Era su cuarto beso, el más natural. Al principio de una relación casi se podría analizar cada beso. Todo se distingue perfectamente en una memoria que progresa lentamente hacia la confusión de la repetición. Nathalie decidió no decir nada sobre Charles y su grotesca motivación. Markus descubriría por sí solo lo que se escondía detrás de esa cena.

Markus pasó un momento por su casa para cambiarse, pues no había quedado con su jefe hasta las nueve. Dudó, como de costumbre, entre varias chaquetas. Al final optó por la más profesional. La más seria, por no decir siniestra. Parecía un enterrador de vacaciones. Cuando se disponía a coger el tren de cercanías, hubo un problema. Los pasajeros empezaban ya a ponerse nerviosos. No tenían bastante información. ¿Sería un incendio? ¿Un intento de suicidio? Nadie lo sabía exactamente. El pánico se apoderó del vagón de Markus, y él pensaba sobre todo en que iba a hacer esperar a su jefe. Y así era. Charles llevaba esperando ya más de diez minutos, bebiendo una copa de vino tinto. Estaba nervioso, muy nervioso incluso, porque nadie le había hecho esperar nunca así. Y mucho menos un empleado cuya existencia ignoraba aún esa misma mañana. Sin embargo, en medio de su irritación, nació otro sentimiento. El mismo de la mañana, pero esta vez volvía con más fuerza: cierta fascinación. Ese hombre era de verdad capaz de todo. ¿Quién se atrevería a llegar tarde a una cita así? ¿Quién tenía la capacidad de desafiar de esa manera a la autoridad? No había nada más que decir. Ese hombre se merecía a Nathalie. Era incontestable. Era matemático. Era químico.

A veces, cuando llegas tarde, piensas que ya no sirve de nada correr. Te dices que treinta o treinta y cinco minutos tarde, lo mismo da. Así que, ya puestos, que el otro espere un poco más, y así evitas llegar sudado. Eso fue lo que decidió Markus. No quería aparecer jadeante y rojo como un tomate. Lo sabía muy bien: en cuanto corría un poco, parecía un recién nacido. Así que salió del metro, aterrado de llegar tan tarde (y de no haber podido

disculparse, porque no tenía el móvil de su jefe), pero caminando. Y así fue como se presentó a la cena, prácticamente una hora después de lo convenido, y tranquilo, muy tranquilo. La chaqueta negra acentuó el efecto de una aparición casi mortuoria. Un poco como en esas películas policíacas en que los protagonistas surgen en silencio de la penumbra. Mientras lo esperaba, Charles se había bebido una botella de vino casi entera. El alcohol lo había puesto romántico, nostálgico. Ni siquiera escuchó las disculpas de Markus sobre el tren de cercanías. Esa aparición era la gracia encarnada.

Y la velada iba a transcurrir marcada por el triunfo de esa primera impresión.

90

*Bernard Blier, a propósito de Pierre
Richard en la película El rubio alto
del zapato negro:*

«Es un fenómeno. Un auténtico fenómeno».

91

Durante toda la cena, a Markus le sorprendió sobremanera la actitud de Charles. Éste balbuceaba, hablaba por los codos de tonterías y se trabucaba. Era incapaz de terminar una sola frase. De repente se echaba a reír, pero nunca en los momentos en que su interlocutor intentaba resultar gracioso. Tenía como un desfase horario con respecto al momento presente. Al cabo de un rato, Markus se aventuró a preguntar:

—¿Se encuentra bien?

—¿Bien? ¿Yo? ¿Sabe?, desde ayer, es siempre. Sobre todo ahora mismo.

La incoherencia de esta respuesta confirmó la sensación de Markus. Charles no se había vuelto completamente loco. Él se daba perfecta cuenta, en sus escasos momentos de lucidez, de que desbarraba por completo, pero no conseguía dominarse. Había sido víctima de un cortocircuito. El sueco sentado delante de él había puesto patas arriba su vida, su sistema. Luchaba por volver a la realidad. Pese a no tener un pasado muy emocionante que digamos, Markus empezaba a pensar que esa cena era la más siniestra de su vida. Que ya es decir. No obstante y pese a todo, sintió que lo embargaba paulatinamente un sentimiento de compasión, el deseo de ayudar a ese ser humano a la deriva.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, seguro que sí, Markus... Lo voy a pensar, es muy amable por su parte. Eso es verdad, es usted amable... buena persona... Se ve... en su manera de mirarme... No me juzga... Lo entiendo todo... Ahora lo entiendo todo...

—¿Qué es lo que entiende?

—Pues lo de Nathalie. Cuanto más lo veo a usted, más entiendo todo lo que yo no soy.

Markus dejó su copa. Había empezado a sospechar que todo eso podía tener que ver con Nathalie. Contra todo pronóstico, su primera reacción fue de alivio. Era la primera vez que le hablaban de ella. En ese preciso momento, Nathalie dejaba de ser una mera fantasía. Entraba en la parte real de su vida.

Charles prosiguió:

—La amo. ¿Sabe que la amo?

—Yo más que nada creo que ha bebido demasiado.

—¿Y eso qué más da? La embriaguez no cambiará nada. Mi lucidez está aquí, y es muy real. Mi lucidez sobre todo lo que no soy. Al mirarlo a usted, me doy cuenta de hasta qué punto he fracasado en mi vida... hasta qué punto no he pasado de ser superficial, siempre en una renuncia permanente... Le parecerá una locura, pero le voy a decir algo que no le he dicho nunca a nadie: yo hubiera querido ser un artista... Sí, ya lo sé, es de lo más típico... pero de verdad, de pequeño me encantaba pintar barquitos... Era lo que me hacía más feliz... Tenía toda una colección de góndolas en miniatura... Me tiraba horas pintándolas... pintando con aplicación cada detalle... Cómo me hubiera gustado seguir pintando... Vivir mi vida en esa especie de frenesí del sosiego... Y en lugar de eso, me atiborro a Krisprolls todo el día... Y qué largos se me hacen los días... Son todos iguales... Y mi vida sexual... mi mujer... o sea, bueno, esa cosa... es que no tengo ni ganas de hablar de ello... Ahora me doy cuenta de todo eso... Lo veo a usted, y me doy cuenta...

Charles interrumpió de golpe su monólogo. Markus se sentía incómodo. Nunca es fácil recibir las confidencias de un desconocido, y menos aún cuando se trata de tu jefe. No le quedaba más que el humor para tratar de quitarle hierro a la situación:

—¿Ha visto todo eso con sólo mirarme? ¿De verdad es ésa la impresión que le causo? En tan poco tiempo...

—Y además, tiene un gran sentido del humor. Es usted un genio, de verdad. Como antes Marx, como antes Einstein, ahora usted.

Markus no supo qué contestar a ese comentario algo exagerado. Por suerte, llegó el camarero:

—¿Saben ya qué van a tomar?

—Sí, yo tomaré la carne —dijo Charles—. Muy poco hecha.

—Y yo el pescado.

—Muy bien, señores —dijo el camarero antes de retirarse.

No se había alejado ni dos metros cuando Charles volvió a llamarlo:

—He cambiado de idea, tomaré pescado yo también.

—Muy bien —dijo el camarero antes de irse.

Después de un silencio, Charles reconoció:

—He decidido hacerlo todo como usted.

—¿Hacerlo todo como yo?

—Sí, como si fuera mi mentor.

—Pero ¿sabe?, no hay mucho que hacer para ser como yo.

—No estoy de acuerdo. Por ejemplo, su chaqueta. Creo que estaría bien que tuviera una igual. Debería vestirme como usted. Tiene un estilo único. Todo está muy pensado; se ve que usted no deja nada al azar. Y eso para las mujeres es importante. ¿A que sí, eh, a que sí?

—Pues... sí, no sé. Se la puedo prestar si quiere.

—¿Lo ve?! Eso es típico de usted: es la amabilidad en persona. Le digo que me gusta su chaqueta, y, al momento, se ofrece a prestármela. Es tan bonito. Me doy cuenta de que yo no he prestado mis chaquetas lo suficiente. Durante toda mi vida, he sido un inmenso egoísta de la chaqueta.

Markus comprendió que todo lo que dijera sería considerado genial. El hombre sentado delante de él lo miraba con un filtro de admiración, por no decir de veneración. Para continuar con su análisis, Charles le pidió:

—Hábleme más de usted.

—Es que, si quiere que le diga la verdad, no suelo pensar mucho en quién soy.

—¿Eso es! Mi problema es que pienso demasiado. Siempre me pregunto qué piensan los demás de mí. Debería ser más estoico.

—Para eso tendría que haber nacido en Suecia.

—¡Ah! ¡Muy gracioso! Va a tener que enseñarme a ser así de gracioso. ¡Qué retranca tiene usted! ¡Voy a beber a su salud! ¿Le sirvo otra copa?

—No, creo que ya he bebido bastante.

—¡Y qué dominio de sí mismo! Bueno, en eso decido no ser como usted. Me voy a conceder esta única licencia.

El camarero llegó entonces con los dos platos de pescado y les deseó buen provecho. Empezaron a comer. De pronto, Charles levantó la cabeza del plato.

—Soy un estúpido. Todo esto es ridículo.

—¿El qué?

—Odio el pescado.

—Ah...

—Peor todavía.

—¿Peor?

—Sí, soy alérgico al pescado.

—Está todo dicho. Nunca podré ser como usted. Nunca podré estar con Nathalie. Y todo por culpa del pescado.

*Algunas precisiones técnicas sobre la
alergia al pescado:*

La alergia al pescado no es tan poco frecuente como se piensa. Es la cuarta causa de alergia en nuestro país. Cuando se es alérgico al pescado, es necesario tratar de averiguar si se es alérgico a uno solo o a varios. En la práctica, la mitad de los pacientes alérgicos a un tipo de pescado lo es también a otros. Por ello es necesario realizar pruebas cutáneas para hallar alergias cruzadas, que a veces han de completarse con pruebas de provocación (con el alimento en cuestión) por si las pruebas cutáneas no son suficientes. Cabe preguntarse también si algunos pescados provocan menos reacciones alérgicas que otros. Para responder a esta pregunta, un equipo de investigadores ha comparado la reactividad cruzada de nueve pescados: el bacalao fresco, el salmón, la pescadilla, la caballa, el atún, el arenque, la lubina, el rodaballo y la acedía. El estudio arroja que el atún y la caballa (ambos de la familia de los escómbridos) son los mejor tolerados; los pescados planos, el rodaballo y la acedía, ocupan la segunda posición. Por el contrario, el bacalao, el salmón, la pescadilla, el arenque y la lubina presentan reactividades cruzadas importantes, es decir que si se es alérgico a uno de estos pescados, es más probable que se sea también a los demás.

Tras esta revelación sobre el pescado, la cena se sumió en el mundo del silencio. Markus trató varias veces de retomar la conversación, pero fue en vano. Charles no comió nada, y se contentó con beber. Parecían una pareja que lleva mucho tiempo de vida en común y ya no tiene nada que decirse; que se abandona a una suerte de meditación interior. El tiempo pasa sin apenas notarlo (y a veces también los años).

Una vez en la calle, Markus tuvo que retener a su jefe. No podía conducir en ese estado. Quería meterlo en un taxi, lo antes posible. Estaba impaciente por que terminara por fin el calvario de la velada. Pero, por desgracia, el aire fresco de la noche despejó a Charles. Y hete aquí que atacó de nuevo:

—No se vaya, Markus. Quiero seguir hablando con usted.

—Pero si hace una hora que ya no dice usted nada. Y ha bebido demasiado, es mejor que se vaya a casa.

—¡Oh, no sea siempre tan serio! ¡Qué pesado es usted! Vamos a tomar una última copa, y nada más. ¡Es una orden!

Markus no tenía más remedio que obedecer.

Fueron a parar a una especie de local donde gente de cierta edad alterna de forma lasciva. No era una discoteca propiamente dicha, pero se le parecía. Sentados en una banqueta rosa, pidieron una infusión. Detrás de ellos se veía una litografía audaz, una especie de naturaleza muerta, pero que muy muerta. Ahora Charles parecía más tranquilo. Había vuelto a darle un bajón. En su rostro se reflejaba un inmenso hastío. Cuando pensaba en

los años que habían pasado, recordaba la vuelta de Nathalie después de su tragedia. Lo asediaba la visión de esa mujer destrozada. ¿Por qué nos marca tanto un detalle, un gesto, que hacen de esos instantes insignificantes lo más importante de toda una época? El rostro de Nathalie eclipsaba, en sus recuerdos, su carrera y su vida familiar. Habría podido escribir un libro sobre las rodillas de Nathalie, mientras que era incapaz de citar el cantante preferido de su hija. Por aquel entonces, se había resignado. Charles comprendía que no estaba preparada para vivir otra cosa. Pero, en lo más hondo de sí mismo, no había perdido la esperanza. Hoy todo le parecía desprovisto del más mínimo interés: su vida era siniestra. Se sentía oprimido. Los suecos estaban tensos por culpa de la crisis financiera. Islandia había estado al borde de la quiebra, y eso había tambaleado muchas certezas. Percibía también el odio creciente hacia los patronos. Como otros directores, quizá lo secuestraran en el próximo conflicto social. Y luego estaba su mujer. No lo entendía. Hablaban tan a menudo de dinero que a veces Charles la confundía con sus acreedores. Todo se mezclaba en un universo sin sabor, donde la propia feminidad era un vestigio, donde ya nadie se tomaba el tiempo de hacer ruido con unos tacones de aguja. El silencio de cada día anunciaba el silencio de todos los días, para siempre. Por eso perdía pie al saber a Nathalie con otro hombre...

Habló de todo eso con mucha sinceridad. Markus comprendió que había que hablar de Nathalie. Un nombre femenino, y la noche parece infinita. Pero ¿qué podía decir de ella? Apenas la conocía. Habría podido confesar simplemente: «Se equivoca... no se puede decir de verdad que estemos juntos... Por ahora no ha habido más que tres o cuatro besos... y si supiera lo raro que ha sido todo...», pero de su boca no salía sonido alguno. Le costaba hablar de ella, se daba cuenta de repente. Su jefe había apoyado la cabeza en su hombro, incitándolo a sincerarse. Markus se esforzó entonces por contarle, a su vez, su versión de su vida con Nathalie. Su análisis de todos los momentos nathalianos. Inesperadamente, lo asaltó de pronto una multitud de recuerdos. Instantes fugaces de hacía ya mucho tiempo, mucho antes del impulso del beso.

La primera vez. Su entrevista de selección la hizo con ella. Markus se dijo enseguida: «Nunca podría trabajar con una mujer así». No le salió bien, pero Nathalie tenía la consigna de contratar a un sueco. De modo que Markus estaba en la empresa por una cuestión de cupos. Pero él no lo sabía. Su primera impresión lo persiguió durante meses. Pensaba ahora en su manera de recogerse los mechones de pelo detrás de la oreja. Ese gesto lo había fascinado. En las reuniones de grupo, esperaba que lo volviera a hacer, pero no, había sido una gracia única. Se acordaba también de otros gestos, como el de colocar el montón de expedientes en un rincón de la mesa, o el de humedecerse los labios rápidamente antes de beber, o el tiempo que se tomaba para respirar entre dos frases, y la manera que tenía a veces de pronunciar las eses, sobre todo al final del día, y su sonrisa de cortesía, la de dar las gracias, y sus tacones de aguja, oh, sí, sus tacones de aguja que glorificaban sus pantorrillas. Odiaba la moqueta de la empresa, y hasta se había preguntado un día: «Pero ¿quién narices habrá inventado la moqueta?» Y tantas cosas, tantas y tantas cosas. Sí, ahora se acordaba de todas ellas, y se daba cuenta de que había acumulado mucha fascinación por Nathalie. Cada día junto a ella había sido la conquista inmensa aunque disimulada de un verdadero imperio sentimental.

¿Cuánto tiempo había hablado de ella? Markus no lo sabía. Al volver la cabeza, se dio cuenta de que Charles se había quedado dormido. Como un niño que se duerme escuchando un cuento. Para que no cogiera frío, siempre tan atento, Markus lo cubrió con su chaqueta. En el silencio tan ansiado, observó a ese hombre sobre cuyo poder había fantaseado. Él que tan a menudo había sentido los pulmones como en un embudo, que había pensado tantas veces en la vida de los demás con envidia, se daba cuenta ahora de que no era el más desgraciado. Que hasta le gustaba la rutina. Esperaba estar con Nathalie pero, de no ser así, no se derrumbaría. Febril y frágil por momentos, Markus tenía pese a todo cierta fuerza. Algo así como una estabilidad, una calma. Algo que permite no poner en peligro los días. ¿Para qué agobiarse cuando todo es absurdo?, se decía a veces, sin duda por

haber leído demasiado a Cioran. La vida puede ser hermosa cuando se conoce el inconveniente de haber nacido. La visión de Charles dormido reafirmaba ese sentimiento de seguridad en sí mismo, que iba a crecer en él con más fuerza todavía.

Dos mujeres de unos cincuenta años se acercaron a ellos para tratar de entablar conversación, pero Markus les indicó con un gesto que no hicieran ruido. Era sin embargo un local con música. Charles se incorporó por fin, sorprendido de abrir los ojos en ese lugar tan extraño y cálido a la vez. Vio a Markus, que había velado su sueño, y constató la presencia de la chaqueta del sueco sobre sus hombros. Sonrió, y ese simple esbozo en las facciones le recordó que le dolía la cabeza. Ya iba siendo hora de marcharse. Había amanecido. Llegaron juntos a la oficina. Al salir del ascensor, se despidieron estrechándose la mano.

Un poco más tarde aquella misma mañana, Markus se dirigió a la máquina de café. Reparó enseguida en que los empleados se apartaban a su paso. Era Moisés ante el mar Rojo. La metáfora puede parecer exagerada, pero hay que entender lo que ocurría. Hete aquí que Markus, un empleado tan discreto como soso, del que a menudo se había podido decir que era de lo más corriente, en menos de un día había quedado para salir con una de las mujeres más guapas de la empresa, si no la más guapa (y, para más inri, se consideraba que esa mujer estaba como muerta para el juego de la seducción) y para cenar con el director general. Hasta se los había visto llegar juntos por la mañana, y ello bastaba para aportar connotaciones tendenciosas al cotilleo. Era mucho para un solo hombre. Todo el mundo lo saludaba, todo el mundo le hablaba, que si buenos días qué tal estás, que si qué tal vas con el expediente 114. De repente, la gente se interesaba por ese dichoso expediente, y hasta por el más mínimo gesto de Markus. Tanto es así que éste, en mitad de la mañana, estuvo a punto de desmayarse. Añadida a una noche en vela, la transformación había sido demasiado radical y repentina. Era como si recuperara de pronto, condensados en unos pocos minutos, años y años de impopularidad. Por supuesto, nada de eso podía ser natural. Tenía que haber una razón, algún motivo turbio. Se rumoreaba que era un topo al servicio de los suecos, que era el hijo del accionista más importante, que estaba gravemente enfermo, que era muy conocido en su país como actor de cine porno, que había sido elegido para representar a la humanidad en Marte y también que era íntimo de Natalie Portman.

*Declaración de la actriz Isabelle
Adjani, en un programa televisivo, el
18 de junio de 1987:*

«Lo terrible para mí hoy es tener que venir a este plató para decir “no estoy enferma”, como si dijera “no soy culpable de ningún crimen”».

Nathalie y Markus se vieron para almorzar. Markus estaba cansado, pero no se le cerraban los ojos. Nathalie no podía creer que la cena hubiera durado toda la noche. ¿Quizá con él las cosas siempre fueran así? Quizá con él nada fuera previsible. Hubiera querido reírse de ello, pero no le gustaba demasiado lo que veía. Se sentía tensa, incómoda por la agitación que los rodeaba. Le recordaba la mezquindad de la gente después del entierro de François. Las manifestaciones de compasión, algo excesivas. Quizá fuera una locura, pero veía en ello como un vestigio del tiempo en que los franceses habían colaborado con los alemanes durante la ocupación. Al observar ciertas reacciones, Nathalie se decía: «Si hubiera de nuevo una guerra, todo sería exactamente igual». Su sentimiento quizá fuera exagerado, pero la velocidad del rumor, aunada a una buena dosis de maldad, le inspiraba un asco en consonancia con ese periodo tan turbio de la historia de Francia.

No entendía por qué le interesaba tanto a la gente su relación con Markus. ¿Era por él? ¿Por la impresión que causaba? ¿Así es como se perciben las relaciones poco racionales? Pero es absurdo: ¿acaso hay algo más ilógico que una afinidad? A Nathalie todavía no se le había pasado el enfado provocado por su última conversación con Chloé. ¿Por quién se tomaban todos? Transformaba cada pequeña mirada en una agresión.

—Apenas si nos hemos besado, y tengo la impresión de que ahora todo el mundo me odia —le dijo a Markus.

—¡Y a mí todo el mundo me adora!

—Para que veas...

—Nada, lo que hay que hacer es pasar de todo. Mira la carta. Eso sí es importante. ¿De primero qué quieres, la ensalada de endivias con roquefort o la sopa del día? Eso es lo único que cuenta.

Seguramente tenía razón. Pero aun así, Nathalie no conseguía relajarse. No entendía por qué reaccionaba de manera tan violenta. Quizá necesitara tiempo para comprender que todo estaba ligado al sentimiento que ya estaba naciendo en ella. Era una sensación vertiginosa que ella transformaba en agresividad. Contra todos, y sobre todo contra Charles:

—¿Sabes?, cuanto más lo pienso más me parece que la reacción de Charles es una vergüenza.

—Yo creo que es que te quiere, nada más.

—No es una razón para comportarse así contigo.

—Cálmate, tampoco es tan grave.

—No puedo calmarme, no puedo...

Nathalie anunció que iría a ver a Charles después del almuerzo para decirle que se dejara de tanta tontería. Markus la vio tan decidida que prefirió no llevarle la contraria. Dejó que se instalara el silencio un ratito, y ella lo rompió reconociendo así:

—Perdona, es que estoy nerviosa...

—No tiene importancia. Y además, la actualidad evoluciona rápidamente, ¿sabes?... Dentro de dos días ya nadie hablará de nosotros... Acaba de llegar una secretaria nueva, y creo que a Berthier le gusta... Así que, ya ves...

—Eso no tiene mucho interés. A ése le gusta todo lo que lleve falda.

—Sí, es verdad. Pero en este caso es distinto. Te recuerdo que acaba de casarse con la contable... así que a mí me da que esto va a ser un culebrón, ya lo verás.

—Yo sobre todo lo que creo es que me siento perdida.

Nathalie pronunció esa frase de golpe y porrazo. Sin la más mínima transición. Instintivamente, Markus cogió un pedazo de pan y se puso a desmigarlo.

—¿Qué haces? —le preguntó Nathalie.

—Pues como en el cuento de *Pulgarcito*. Si estás perdida, tienes que dejar miguitas de pan a tu paso. Así podrás encontrar el camino.

—¿Y supongo que el camino me lleva hasta aquí... hasta ti?

—Sí. A no ser que tenga hambre y decida comerme las miguitas de pan mientras te espero.

97

*Primer plato que eligió Nathalie en
su almuerzo con Markus:*

Sopa del día^[10].

Charles ya no era en absoluto el hombre que había pasado la noche con Markus. A media mañana se había recuperado del todo y se arrepentía de su actitud. Se preguntaba también por qué había perdido los papeles de esa manera al descubrir a ese sueco. Quizá no fuera Charles un hombre muy realizado, tenía distintas angustias, pero no era motivo para reaccionar así. Y sobre todo ante testigos. Se sentía avergonzado. Ello lo iba a llevar a la violencia. De la misma manera que un amante puede mostrarse agresivo después de una actuación sexual poco gloriosa. Sentía que lo embargaban poco a poco todas las partículas de la lucha. Se puso a hacer unas flexiones pero, en ese preciso instante, entró Nathalie en su despacho. Charles se levantó del suelo:

—Podrías haber llamado a la puerta —le dijo en tono seco.

Nathalie avanzó hacia él, de la misma manera que había avanzado hacia Markus para besarlo. Pero esta vez fue para darle una bofetada.

—Hala, ya está hecho.

—¡Pero bueno, ¿tú qué te has creído?! Te puedo echar por esto.

Charles se tocaba la cara. Y repitió su amenaza temblando.

—Y yo puedo acusarte de acoso. ¿Quieres que te enseñe los e-mails que me has enviado?

—Pero ¿por qué me hablas así? Yo siempre he sido respetuoso con tu vida.

—Sí, claro, venga ya... Sólo querías acostarte conmigo.

—Francamente, no te entiendo.

—Yo lo que no entiendo es lo que has ido a hacer con Markus.

—¡Como si no tuviera derecho a cenar con un empleado!

—¡Sí, bueno, pues ya basta! ¿Entendido? —gritó ella.

A Nathalie, decirle eso a Charles le sentó de gloria, y le habría gustado cantarle las cuarenta un poco más. Su reacción era excesiva. Al defender así su territorio con Markus, traicionaba su turbación. Esa turbación que nunca había sido capaz de definir. El diccionario Larousse termina ahí donde empieza el corazón. Y quizá fuera por eso por lo que Charles había dejado de leer definiciones al volver Nathalie a la empresa. No había nada que decir, bastaba con dejar que hablaran por sí solas las reacciones primitivas.

Cuando estaba a punto de salir del despacho, Charles declaró:

—He cenado con él porque quería conocerlo... saber cómo habías podido elegir a un hombre tan feo, tan insignificante. Puedo entender que me rechaces, pero esto, perdona que te diga, esto no lo entenderé nunca...

—¡Cállate!

—Si crees que voy a dejar que esto quede así estás muy equivocada. Acabo de hablar con los accionistas por teléfono. De un momento a otro, tu querido Markus va a recibir una propuesta muy importante. Una propuesta que sería suicida rechazar. La única pequeña pega es que el puesto es en Estocolmo. Pero con la pasta que le van a pagar, me parece que su vacilación será sólo pasajera.

—Eres patético. Sobre todo porque nada me impide presentar mi dimisión para irme con él.

—¡No puedes hacer eso! ¡Te lo prohíbo!

—Qué pena me das, de verdad...

—¡Y tampoco se lo puedes hacer a François!

Nathalie lo miró fijamente. Charles quiso disculparse al instante, sabía que había ido demasiado lejos. Pero ya no podía moverse. Ella tampoco. Esa última frase los paralizó a los dos. Nathalie salió por fin del despacho de Charles, despacio, sin decir una palabra. Éste se quedó solo, con la certeza de haberla perdido para siempre. Avanzó hacia la ventana para contemplar el vacío, con una inmensa tentación.

Una vez sentada a su mesa, Nathalie consultó su agenda y llamó a Chloé para pedirle que anulara todas sus citas.

—¡Pero no puede ser! Tiene que presidir la comisión dentro de una hora.

—Sí, ya lo sé —la interrumpió Nathalie—. Bueno, muy bien, ya la llamaré luego.

Nathalie colgó, sin saber qué hacer. Era una reunión importantísima, llevaba mucho tiempo preparándola. Pero era evidente que ya no podría trabajar en esa empresa, después de lo que acababa de pasar. Recordó entonces la primera vez que había venido a ese edificio. En aquella época todavía era una chica joven. Recordó los primeros tiempos, los consejos de François. Quizá fuera eso lo más duro de su fallecimiento: la ausencia repentina y brutal de sus conversaciones. La muerte de esos momentos en que se habla, en que se comenta la vida del otro. Nathalie estaba sola en el borde del precipicio, y se daba perfecta cuenta de que la fragilidad la contaminaba; que llevaba tres años representando la comedia más patética que existe; que, en lo más hondo de sí misma, nunca había estado convencida de querer vivir. Su sentimiento de culpa, cuando pensaba en el domingo de la muerte de su marido, era aún tan grande, tan grande y tan absurdo... Debería haberlo retenido, no haber dejado que se marchara a correr. ¿No es ése el papel de una esposa? Hacer que los hombres dejen de correr. Debería haberlo retenido, haberlo besado, haberlo querido. Debería haber dejado su libro, haber interrumpido su lectura en lugar de permitir que François hiciera pedazos su vida.

Ya se le había pasado el enfado. Contempló todavía un instante su mesa y luego guardó algunos efectos personales en su bolso. Apagó el ordenador, ordenó los cajones y salió de su despacho. Se alegró de no cruzarse con nadie, de no tener que pronunciar una sola palabra. Su huida tenía que ser silenciosa. Cogió un taxi y le pidió al taxista que la llevara a la estación Saint-Lazare, donde compró un billete. Cuando el tren abandonó la estación, Nathalie se puso a llorar.

100

*Horarios del tren París-Lisieux
tomado por Nathalie:*

Salida: 16.33h - París Saint-Lazare
Llegada: 18.02h - Lisieux

101

La desaparición de Nathalie alteró inmediatamente la dinámica de toda la planta. Tenía que presidir la reunión más importante de todo el trimestre. Se había marchado sin dejar la más mínima instrucción, sin avisar a nadie. Algunos protestaban por los pasillos, criticando su falta de profesionalidad. En pocos minutos, perdió muchísimos puntos: se impuso la hegemonía del presente sobre una reputación adquirida a lo largo de los años. Como todos conocían su vínculo con Markus, no dejaban de ir a verlo: «¿A lo mejor tú sabes dónde está?» Él tuvo que reconocer que no. Lo que casi equivalía a decir: «No, no tengo ningún vínculo especial con ella. No me pone al corriente de todos sus movimientos». Era una pesadez tener que justificarse así. Con ese nuevo episodio, iba a perder el prestigio acumulado desde el día anterior. Era como si la gente recordara de pronto que tampoco era tan importante. Y todos se preguntaban incluso cómo habían llegado a pensar, por un momento siquiera, que pudiera ser íntimo de Natalie Portman.

Markus intentó llamarla varias veces. Sin resultado. Su teléfono estaba apagado. No podía concentrarse en el trabajo. Recorría nervioso su despacho de un extremo a otro. No era un recorrido muy largo, porque era un despacho muy pequeño. ¿Qué hacer? La confianza de esos últimos días se desmoronaba rápidamente. En su cabeza repasaba una y otra vez el almuerzo: «Lo importante es saber qué tomar de primero». Recordaba haber dicho algo así. ¿Cómo se podía hablar así? La cosa estaba muy clara. No había estado a la altura. Y eso que Nathalie le había dicho claramente que estaba perdida, pero él, subido a su nube, sólo había sido capaz de ofrecerle frasecitas huecas. ¡Pulgarcito! Pero ¿en qué mundo vivía? Desde luego no

en uno en el que las mujeres te dejan su dirección antes de salir huyendo. Todo era culpa suya y de nadie más. Hacía que las mujeres salieran corriendo. A lo mejor hasta se metía a monja. Hacía que las mujeres cogieran trenes y aviones para huir del aire que él respiraba. Le dolía. Le dolía haber actuado mal. El sentimiento amoroso es el que más culpabilidad provoca. Se puede llegar a pensar que uno tiene la culpa de todas las heridas del otro. Se puede llegar a pensar, siempre en esa locura, en un arrebatado casi demiúrgico, que se es el núcleo mismo del corazón del otro. Que la vida se resume a unas válvulas pulmonares sin relación con el mundo exterior. El mundo de Markus era el de Nathalie. Era un mundo íntegro y totalitario, donde él era a la vez responsable de todo e insignificante.

Y, poco a poco, el mundo sencillo volvió a él. Lentamente, logró recuperar el control de su estado de ánimo; equilibrar el blanco y el negro. Se rememoró toda la ternura de los instantes que habían pasado juntos. Esa ternura del todo real que no podía borrarse de un plumazo. El miedo de perder a Nathalie lo había confundido. Lo que más lo angustiaba era su fragilidad, esa misma fragilidad que también podía ser su mayor atractivo. Tanta fragilidad al final acaba siendo una fortaleza. No sabía qué hacer, ya no quería trabajar, ya no pensaba en ese día de manera racional. Le apetecía hacer una locura, huir él también, coger un taxi y subirse al primer tren que pasara.

102

Entonces el director de recursos humanos lo llamó a su despacho. Decididamente, todo el mundo quería verlo. Acudió a la cita sin una sombra de temor. Ya se había librado de su miedo a la autoridad. Desde hacía varios días, todo era pura comedia. El señor Bonivent lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja. Markus pensó enseguida: esa sonrisa es un crimen. Lo esencial en un director de recursos humanos es que parezca que se implica en la carrera de un empleado como si se tratara de su propia vida. Markus constató que el tal señor Bonivent se merecía su puesto:

—Ah, señor Lundell... cuánto me alegro de verlo. Hace ya un tiempo que sigo de cerca su trayectoria en la empresa, ¿sabe?...

—¿En serio? —contestó Markus, convencido (con razón) de que ese hombre acababa de descubrir su existencia.

—Por supuesto... Cada trayectoria es importante para mí... y tengo que reconocer que siento verdadero afecto por usted. Por esa forma suya de ser siempre tan discreto, de no pedir nunca nada. Es muy sencillo, si no fuera porque soy muy concienzudo, perfectamente podría no haberme percatado siquiera de su presencia en el seno de esta empresa...

—Ah...

—Es usted el empleado que todo directivo sueña con tener.

—Es usted muy amable. ¿Puede decirme por qué quería verme?

—¡Ah, eso es típico de usted! ¡La eficacia, siempre la eficacia! ¡Nada de perder tiempo! ¡Ojalá todo el mundo fuera como usted!

—¿Y bien?

—Bueno... voy a exponerle la situación con toda franqueza: la dirección quiere ofrecerle un puesto de director de grupo. Con un aumento

de sueldo importante, por supuesto. Es usted un elemento esencial en el reposicionamiento estratégico de nuestra empresa... Y tengo que decir que esta promoción me alegra mucho... pues hace ya tiempo que la respaldo activamente.

—Gracias... No sé qué decir.

—Así que, por supuesto, le facilitaremos todos los trámites administrativos para su traslado.

—¿Mi traslado?

—Sí. El puesto es en Estocolmo. ¡En su país!

—No pienso volver a Suecia bajo ningún concepto. Prefiero irme al paro antes que volver a Suecia.

—Pero...

—No hay pero que valga.

—Pues yo creo que sí, me parece que no tiene usted elección.

Markus no se tomó la molestia de contestar y se marchó del despacho sin decir una palabra.

103

El Círculo de las paradojas

Creado a finales de 2003 con el fin de dar a conocer la ANDRH^[11] a los directivos de recursos humanos que aún no eran miembros, el Círculo de las paradojas reúne a directores de recursos humanos una vez al mes en la Casa de los Recursos Humanos para debatir algún tema de interés para estos profesionales que diariamente tienen que afrontar las contradicciones de la empresa. Estos encuentros mensuales buscan ser sabiamente iconoclastas; en ellos se trata algún tema sensible, en tono profesional pero relajado. ¡El humor es bienvenido, pero no así la palabrería hueca!^[12]

104

Habitualmente, Markus se tomaba su tiempo cuando recorría un pasillo. Siempre había considerado esos desplazamientos como una pausa. Podía levantarse y decir: «Voy a estirar un poco las piernas» como otros salen a fumarse un pitillo. Pero ya no se trataba de tomarse la vida con calma, ahora Markus iba que se las pelaba. Era tan extraño verlo avanzar así, como impulsado por la furia. Era un coche diesel con el motor trucado. También en él había algo trucado: le habían hurgado en los cables sensibles, en los nervios que van directos al corazón.

Entró como un vendaval en el despacho del director general. Charles miró fijamente a su empleado e, instintivamente, se llevó la mano a la mejilla. Markus se quedó plantado en medio de la habitación, conteniendo su rabia. Charles se aventuró a preguntar:

—¿Sabe usted dónde está Nathalie?

—No, no lo sé. Dejen de preguntarme todos dónde está Nathalie porque no lo sé.

—Acabo de hablar por teléfono con los clientes. Están furiosos. ¡Es que no me puedo creer que nos haya hecho esto!

—Yo la entiendo perfectamente.

—¿Para qué quería verme?

—Quería decirle un par de cosas.

—Sea breve. Tengo prisa.

—La primera es que rechazo su oferta. Es asqueroso lo que está haciendo. No sé cómo va a poder seguir mirándose al espejo a partir de ahora.

—¿Quién le dice a usted que me miro al espejo?

—Bueno, me importa un rábano lo que haga o deje de hacer.

—¿Y la segunda?

—Dimito.

Charles se quedó pasmado por la velocidad de reacción de ese hombre. No había vacilado ni un segundo. Rechazaba la oferta, y se marchaba de la empresa. ¿Cómo había podido manejar tan mal la situación? O tal vez no. ¿Quizá fuera eso lo que quería? Verlos marcharse a los dos, con su consternante relación. Charles seguía observando a Markus y no podía leer nada en su semblante. Pues en el semblante de Markus había ese tipo de rabia que paraliza las facciones, que aniquila toda expresión legible. Sin embargo, el sueco se puso a avanzar hacia él, despacio, con una seguridad desmesurada. Como si lo impulsara una fuerza desconocida. Tanto es así que Charles no pudo evitar sentir miedo, miedo de verdad.

—Ahora que no es usted mi jefe... puedo...

Markus no terminó la frase, dejó que lo hiciera su puño. Era la primera vez que pegaba a alguien. Y se arrepintió de no haberlo hecho antes. Lamentó haber buscado tantas veces palabras para arreglar las situaciones.

—Pero ¿qué se ha creído? ¡Está usted loco! —gritó Charles.

Markus se acercó otra vez a él e hizo ademán de volver a pegarle. Charles retrocedió, aterrado. Estaba en un rincón de su despacho. Y, cuando Markus se hubo marchado, todavía permaneció así un buen rato, sentado en el suelo, postrado.

105

*El 29 de octubre de 1960 en la vida
de Muhammad Ali:*

Ganó, en Louisville, su primer combate profesional, por puntos, contra Tunney Hunsaker.

106

Al llegar a la estación de Lisieux, Nathalie alquiló un coche. Llevaba mucho tiempo sin conducir. Tenía miedo de no acordarse ya de cómo se hacía. El tiempo además no acompañaba, pues estaba empezando a llover. Pero sentía un cansancio tan intenso que, en ese momento, nada podía asustarla. Conducía cada vez más rápido, por carreteritas secundarias, sintiéndose un poco triste. La lluvia le dificultaba la visión; había momentos en que apenas alcanzaba a ver nada.

Entonces ocurrió algo. Apenas duró un segundo, fue como un relámpago, algo repentino, durante el trayecto. Revivió en su cabeza la escena del beso con Markus. En el momento en que se le apareció la imagen no estaba pensando en él. En absoluto. La visión se le impuso con fuerza. Entonces evocó uno a uno todos los momentos que había pasado con él. Mientras seguía conduciendo, empezó a arrepentirse de haberse marchado sin decirle nada. No sabía por qué no se le había ocurrido hacerlo. Su huida había sido tan intempestiva... Era la primera vez que se marchaba del trabajo de esa manera. Sabía que no volvería nunca, que una parte de su vida terminaba ahí. Que ahora sólo quería conducir y nada más. Sin embargo, decidió parar en una gasolinera. Salió del coche y miró a su alrededor. No reconocía nada. Debía de haberse equivocado de camino. Estaba anocheciendo, todo estaba desierto. Y la lluvia remataba ese tríptico clásico de la imaginería de la desesperación. Le mandó un mensaje a Markus. Sólo para decirle dónde estaba. Dos minutos después, recibió su respuesta: «Salgo para Lisieux en el próximo tren. Si estás allí, muy bien». Y luego otro mensaje apenas unos segundos después: «Y además rima».

107

*Fragmento de «El beso», relato de
Guy de Maupassant:*

¿Sabes de dónde proviene nuestro verdadero poder? ¡Del beso, sólo del beso! [...] El beso, pese a todo, no es más que un prefacio.

108

Markus bajó del tren. Él también se había marchado sin avisar a nadie. Iban a reunirse como dos fugitivos. La vio al otro lado del vestíbulo de la estación, inmóvil. Echó a andar hacia ella, despacio, un poco como en una película. Se podía imaginar sin dificultad la música que acompañaría ese momento. O si no, silencio. Sí, el silencio estaría bien. No se oiría más que la respiración de ambos. Casi se podría olvidar la tristeza del entorno. La estación de Lisieux nunca habría podido inspirar a Salvador Dalí. Era un lugar triste y frío. Markus se fijó en un cartel que anunciaba el museo dedicado a Santa Teresa de Lisieux. Mientras avanzaba hacia Nathalie, pensó: «Anda, tiene gracia, siempre había creído que Lisieux era su apellido...» Sí, de verdad pensaba en eso. Y Nathalie estaba ahí, muy cerca de él. Con sus labios del beso. Pero su rostro parecía triste y serio. Su rostro era la estación de Lisieux.

Se dirigieron al coche. Nathalie se instaló en el asiento del conductor, y Markus, en el del copiloto. Nathalie arrancó el motor. Seguían sin intercambiar una sola palabra. Parecían esos adolescentes que no saben qué decirse en su primera cita. Markus no tenía ni idea de dónde estaba ni de adónde iba. Seguía a Nathalie, y eso le bastaba. Al cabo de un rato, al no soportar ya más el vacío, decidió pulsar el botón de la radio. La emisora era Radio Nostalgia. *El amor a la fuga*, de Alain Souchon, sonó entonces en el coche.

—¡Oh, es increíble! —exclamó Nathalie.

—¿El qué?

—Pues esta canción. Es increíble. Es mi canción. Y ahora, de repente... aquí está.

Markus miró la radio con cariño. Esa máquina le había permitido reanudar el diálogo con Nathalie. Ella seguía diciendo lo extraño y lo increíble que era. Que se trataba de una señal. Una señal ¿de qué? Eso Markus no podía saberlo. Le sorprendía el efecto que esa canción le causaba a su compañera. Pero conocía las cosas raras que tiene la vida, las casualidades, las coincidencias. Los testimonios que te hacen dudar de la racionalidad. Cuando terminó la canción, Nathalie le pidió a Markus que apagara la radio. Quería quedarse flotando en esa melodía que tanto le había gustado siempre, que había descubierto con la película, la última de las aventuras de Antoine Doinel. Ella había nacido en esa época, y quizá sea un sentimiento difícil de definir, pero el caso es que sentía que ella provenía de ese instante. Sentía que era como el fruto de esa melodía. Su carácter tan dulce, su melancolía a veces, su ligereza, todo eso era totalmente 1978. Era su canción, su vida. Y seguía sin dar crédito a tanta casualidad.

Se paró en la cuneta. Estaba oscuro, y Markus no acertaba a distinguir dónde se encontraban. Bajaron del coche. Vio entonces una gran verja, la de la entrada de un cementerio. Y descubrió que no era grande, sino inmensa. Como las de las cárceles. Los muertos, desde luego, son prisioneros condenados a cadena perpetua, pero cabe preguntarse cómo podrían evadirse. Nathalie, entonces, empezó a hablar:

—François está enterrado aquí. Pasó su infancia en esta región.

—...

—Él no me dijo nada, claro. No pensaba que se fuera a morir... pero yo sé que quería estar aquí... cerca del lugar donde creció.

—Comprendo —dijo Markus en voz baja.

—¿Sabes?, tiene gracia, pero yo también pasé mi infancia aquí. Cuando François y yo nos conocimos, nos pareció una casualidad increíble. Podríamos habernos cruzado miles de veces de adolescentes, pero nunca nos vimos. Y fue en París donde nos conocimos. Así que, ya ves... cuando se trata de conocer a alguien...

Nathalie no terminó la frase. Pero a Markus se le quedó rondando en la cabeza. ¿De quién hablaba? De François, claro. ¿De él también, quizá? La doble lectura de su comentario acentuaba lo simbólico de la situación. Era un momento de una intensidad fuera de lo común. Estaban ahí los dos, uno al lado del otro, a pocos metros de la tumba de François. A pocos metros del pasado, un pasado que no termina nunca de pasar. La lluvia caía sobre el rostro de Nathalie, de modo que no se podía distinguir qué eran gotas y qué eran lágrimas. Pero Markus sí las distinguía. Sabía leer las lágrimas. Las de Nathalie. Se acercó a ella y la abrazó, como en un intento por contener el dolor.

109

*Segunda parte de El amor a la fuga,
canción de Alain Souchon, escuchada
por Markus y Nathalie en el coche:*

No aguantamos el tirón.

Llora, llora, lágrimas en tu rostro.

Nos separamos sin ninguna explicación.

El amor a la fuga.

El amor a la fuga.

Me dormí.

Vino un niño vestido de encaje.

Irse, volver, moverse, es el juego de las golondrinas.

Nada más mudarme, me voy de casa.

Te puedes llamar Colette, Antoine o Sabine.

Me he pasado la vida corriendo detrás de cosas que se escapan:

chicas perfumadas, ramos de llanto, rosas.

Mi madre también se ponía detrás de la oreja una gota de algo que olía igual.

110

Volvieron a ponerse en camino. A Markus le sorprendió la cantidad de curvas que había. En Suecia, las carreteras son rectas; llevan a un destino que se ve. Se dejó acunar por el mareo, sin atreverse a preguntarle a Nathalie adónde iban. ¿Acaso tenía importancia? Era un tópico, pero estaba dispuesto a seguirla al fin del mundo. ¿Sabía ella siquiera adónde se dirigía? Quizá sólo quisiera conducir en la noche a toda velocidad. Conducir para olvidarse de sí misma.

Por fin se detuvo. Esta vez delante de una verja pequeña. ¿Era ése el tema de su vagabundear? Variación de las verjas. Nathalie bajó para ir a abrirla y luego volvió al coche. Para Markus cada movimiento era importante, se distinguía de los demás de manera autónoma, pues así se viven los detalles de una mitología personal. El coche avanzó por un camino estrecho y se detuvo ante una casa.

—Ésta es la casa de Madeleine, mi abuela. Vive sola desde que murió mi abuelo.

—Ah, vale. Me alegro de poder conocerla —contestó Markus, muy educado.

Nathalie llamó a la puerta, una vez, dos veces, y volvió a llamar más fuerte. Pero nada:

—Está un poco sorda. Mejor será que rodeemos la casa. Seguro que está en el salón, nos verá por la ventana.

Para rodear la casa había que tomar un camino que la lluvia había llenado de barro. Markus se acercó a Nathalie. No veía gran cosa. ¿A lo

mejor se había equivocado de lado? Entre la casa y las matas llenas de zarzas apenas había sitio para pasar. Nathalie resbaló, arrastrando consigo a Markus en su caída. Ahora estaban empapados y llenos de barro. Como expedición no era de las más gloriosas, era casi ridícula incluso. Nathalie anunció:

—Lo mejor es que el resto del camino lo hagamos a gatas.

—Este periplo tiene su gracia —dijo Markus.

Cuando por fin llegaron al otro lado de la casa, vieron a la abuelita sentada delante del fuego que ardía en la chimenea. No estaba haciendo nada. Esa imagen sorprendió de verdad a Markus. Esa forma que tenía la anciana de estar ahí, sumida en la espera, como si casi se hubiera olvidado de sí misma. Nathalie llamó al cristal de la ventana, y, esta vez, Madeleine la oyó. El semblante se le iluminó de inmediato, y se precipitó a abrir la ventana.

—Mi niña... ¿qué haces aquí? ¡Qué sorpresa más agradable!

—Quería verte... y para eso hay que rodear la casa.

—Sí, ya lo sé. Lo siento mucho, ¡no eres la primera! Venid, que os abro la puerta.

—No, mejor entramos por la ventana.

Treparon por la ventana y por fin entraron en la casa.

Nathalie le presentó a Markus a su abuela. Ésta le pasó la mano por la cara antes de volverse a su nieta, diciéndole: «Parece un buen chico». Markus le dedicó entonces una gran sonrisa, como si quisiera confirmarlo: sí, es verdad, soy un buen chico. Madeleine prosiguió:

—Creo que yo también conocí a un Markus hace tiempo. O quizá fuera un Paulus... o un Charlus... bueno, era algo que terminaba en «us»... pero ya no me acuerdo bien...

A esto siguió un silencio incómodo. ¿Qué entendía ella por «conocí»? Nathalie, muy sonriente, abrazó a su abuela. Observándolas, Markus podía imaginarse a Nathalie de niña. Los años 80 estaban ahí, con ellos. Al cabo de un ratito, preguntó:

—¿Dónde puedo lavarme las manos?

—Ah, sí, claro. Ven conmigo.

Nathalie le cogió la mano manchada de barro y lo llevó a toda velocidad al cuarto de baño.

Sí, era eso el lado como de niña de Nathalie que evocaba Markus. Esa manera de correr, esa manera de vivir el minuto siguiente antes que el presente. Algo como frenético. Ahora estaban los dos, uno al lado del otro, delante de los dos lavabos. Mientras se lavaban las manos, se sonrieron, y fue una sonrisa un poco tonta. Había pompas, muchas pompas, pero no eran pompas de nostalgia. Markus pensó: es el lavado de manos más bonito de mi vida.

Tenían que cambiarse de ropa. Para Nathalie era fácil: guardaba algo de ropa en su habitación. Madeleine le preguntó a Markus:

—¿Tiene otra ropa que ponerse?

—No. Nos hemos marchado así, de repente.

—¿Os ha dado la ventolera?

—Sí, la ventolera, eso es.

Nathalie pensó que parecían contentos de haber empleado esa expresión de «ventolera». Parecía gustarles la idea de un impulso no premeditado. La abuela le propuso a Markus rebuscar en el armario de su marido. Lo guió hasta el final de un pasillo y lo dejó a solas para que eligiera lo que quisiera. Unos minutos más tarde, volvió con un traje medio beis, medio de un color desconocido. El cuello de la camisa era tan amplio que parecía que su garganta flotaba dentro. Ese atuendo tan incongruente no hizo mella en su buen humor. Parecía feliz de estar vestido así, y pensó incluso: *floto dentro de este traje, pero me siento bien*. A Nathalie le entró la risa floja, y la risa hizo que se le saltaran las lágrimas. Las lágrimas de la risa resbalaron sobre sus mejillas, donde acababan de secarse las del dolor. Madeleine se acercó a él, pero se notaba que avanzaba más hacia el traje que hacia el hombre. Detrás de cada pliegue estaba el recuerdo de una vida. Se quedó un momento junto a su invitado, sorprendida, sin moverse.

111

Las abuelas, tal vez porque han vivido la guerra, siempre tienen lo necesario para alimentar a las nietas que aparecen de repente por la noche con un sueco.

—Espero que no hayáis cenado todavía. He hecho sopa.

—¿Ah, sí? ¿De qué? —preguntó Markus.

—Es la sopa del viernes. No se lo puedo explicar. Estamos a viernes, así que es la sopa del viernes.

—Es una sopa sin corbata —concluyó Markus.

Nathalie se acercó a él:

—Abuela, a veces Markus dice cosas raras. No tienes que preocuparte.

—Huy, hija, yo desde 1945 ya no he vuelto a preocuparme por nada, así que tranquila. Venga, sentaos a la mesa.

Madeleine estaba llena de vitalidad. Había un verdadero contraste entre la energía empleada en preparar la cena y la visión inicial de esa anciana sentada delante de la chimenea. La visita de su nieta le producía un apetito de movimientos. Se atareaba en la cocina, y no quería ayuda. A Nathalie y a Markus les enternecía el ajetreo de ese ratoncito. Todo parecía tan lejos ahora: París, la empresa, los expedientes... El tiempo también volaba: el principio de la tarde en la oficina era un recuerdo en blanco y negro. Sólo el nombre de la sopa, «viernes», los mantenía un poco anclados en la realidad de los días.

La cena transcurrió tranquilamente. En silencio.

Los abuelos no suelen acompañar la felicidad embelesada de ver a los nietos con largas parrafadas. Unos a otros se preguntan cómo están, y enseguida se sumergen en el placer sencillo de estar juntos, sin más.

Después de la cena, Nathalie ayudó a su abuela a lavar los platos. Se preguntó: ¿por qué he olvidado lo bien que se está aquí? Era como si, al momento, todas sus felicidades recientes se hubieran visto condenadas a la amnesia. Sabía que ahora tenía la fuerza de retener esa felicidad.

En el salón, Markus se estaba fumando un puro. Él, que apenas toleraba el humo de los cigarrillos, había querido complacer a Madeleine. «Le encanta que los hombres se fumen un puro después de las comidas. No intentes entenderlo. Tú dale gusto, y ya está», le había susurrado Nathalie en el momento en que Markus tenía que contestar al ofrecimiento de la voluta. Éste entonces había declarado una gran apetencia de puro, exagerando bastante mal su entusiasmo, pero Madeleine no se había dado cuenta de nada. De modo que ahí estaba Markus, jugando al amo y señor, en una casa normanda. Una cosa sí lo asombró: no le dolía la cabeza. Peor aún, empezaba a apreciar el sabor del puro. La virilidad se instalaba en él, sin sorprenderse apenas de estar ahí. Experimentaba ese sentimiento paradójico de agarrar violentamente la vida a efímeras bocanadas. Con ese puro era Markus *el Magnífico*.

Madeleine estaba feliz de ver sonreír a su nieta. Había llorado tanto con la muerte de François: no pasaba un solo día sin que pensara en ello. Madeleine había conocido muchas desgracias en su vida, pero ésta había sido la más violenta. Sabía que había que seguir hacia delante, que la vida consistía sobre todo en seguir viviendo. Por ello, ese momento la aliviaba profundamente. Y por si fuera poco, sentía una auténtica simpatía instintiva por ese sueco.

—Tiene buen fondo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Lo noto. Instintivamente. Su fondo es maravilloso.

Nathalie volvió a besar a su abuela. Era hora de irse a la cama. Markus apagó su puro diciéndole a Madeleine:

—El sueño es el camino que lleva a la sopa del mañana.

Madeleine dormía abajo, porque subir las escaleras era ya muy cansado para ella. Los otros dormitorios estaban en la planta de arriba. Nathalie miró a Markus: «Así no podrá molestarnos». Esa frase podía significar cualquier cosa, una alusión sexual o un simple dato práctico: mañana por la mañana podremos dormir tranquilamente. Markus no quería reflexionar. ¿Iba a dormir con ella sí o no? Quería hacerlo, claro, pero entendió que había que subir los peldaños de la escalera sin pensar en ello. Una vez arriba, de nuevo lo sorprendió lo estrecho que era todo. Después del camino que había tomado el coche, después del segundo camino para rodear la casa, era la tercera vez que se sentía falto de espacio. En ese extraño pasillo había varias puertas, que se abrían a otras tantas habitaciones. Nathalie lo recorrió de un extremo a otro y volvió sobre sus pasos, sin decir nada. Ya no había luz eléctrica en esa planta. Encendió las dos velas que estaban sobre una mesita. Su rostro se veía naranja, pero un naranja más bien amanecer que atardecer. Ella también vacilaba, vacilaba de verdad. Sabía que le correspondía a ella decidir. Miró al fuego fijamente a los ojos. Y luego abrió una puerta.

112

Charles cerró la puerta. Estaba como ido, desvanecido incluso, de tan lejos como se sentía de su propio cuerpo. Después de los golpes recibidos a lo largo del día, le dolía la cara. Sabía muy bien que se había comportado como un cerdo, y que le podía caer una muy gorda si las altas instancias suecas se enteraban de que había querido trasladar a un empleado por conveniencias personales. Pero bueno, no había muchas probabilidades de que se supiera. Estaba convencido de que no se los volvería a ver. Su huida tenía el sabor de lo definitivo. Y eso era seguramente lo que más daño le hacía. No volver a ver a Nathalie nunca más. Era todo culpa suya. Había actuado de manera disparatada y se arrepentía muchísimo. Sólo quería verla un segundo, intentar hacerse perdonar, intentar dejar de ser patético a sus ojos. Quería encontrar por fin las palabras que tanto había buscado. Vivir en un mundo en el que aún tuviera una oportunidad de ser amado por Nathalie, un mundo de amnesia afectiva donde pudiera aún verla por primera vez.

Ahora avanzaba por su salón. Y, visión inamovible, se encontró con su mujer en el sofá. Esa escena vespertina era un museo con un único cuadro.

—¿Qué tal? —preguntó, con un hilo de voz.

—Bien, ¿y tú?

—¿No estabas preocupada?

—Preocupada ¿por qué?

—Pues por lo de anoche.

—Pues... no. ¿Qué pasó anoche?

Laurence apenas había vuelto la cabeza. Charles le había hablado al cuello de su mujer. Acababa de comprender que ni siquiera se había

percatado de su ausencia la noche anterior. Que no había ninguna diferencia entre el vacío y él. Era abisal. Quiso golpearla: equilibrar la cuenta de las agresiones del día. Devolverle al menos una de las tortas que había recibido, pero su mano quedó un instante en suspenso. Se puso a observarla. Su mano estaba ahí, en el aire, solitaria. Comprendió de pronto que ya no soportaba esa falta de amor, que se ahogaba de vivir en un mundo tan reseco. Nadie lo abrazaba nunca, nadie le dedicaba jamás la más mínima muestra de cariño.

¿Por qué eran así las cosas? Había olvidado la existencia de la ternura. Estaba excluido de la delicadeza.

Su mano bajó despacio, y la posó sobre el cabello de su mujer. Se sintió conmovido, verdaderamente conmovido, sin saber muy bien por qué surgía así tanta emoción. Se dijo que su mujer tenía un cabello bonito. Quizá fuera por eso. Bajó un poco más la mano, para tocarle la nuca. Sobre algunos centinelas de su piel sentía el vestigio de sus besos pasados. Los recuerdos de su ardor. Quería hacer de la nuca de su mujer el punto de partida de la reconquista de su cuerpo. Rodeó el sofá para colocarse delante de ella. Se puso de rodillas y trató de besarla.

—¿Qué haces? —le preguntó ella con voz pastosa.

—Te deseo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Me pillas desprevenida.

—¿Y qué? ¿Es que hay que pedir cita para besarte?

—No... no seas tonto.

—¿Y sabes lo que estaría bien también?

—No, ¿el qué?

—Que nos fuéramos a Venecia. Sí, lo voy a organizar... Nos vamos un fin de semana... los dos... Nos sentará bien...

—... Sabes que me mareo en barco.

—¿Y qué? No importa... A Venecia se va en avión.

—Lo digo por las góndolas. Es una pena no poder montar en góndola, ¿no te parece?

113

Reflexión de otro pensador polaco:

Sólo las velas conocen el secreto de la agonía.

114

Nathalie entró en el cuarto donde solía dormir. Avanzaba a la luz de las velas, pero conocía tan bien cada rincón de la habitación que habría podido moverse a oscuras. Guiaba a Markus, que la seguía, cogiéndola por las caderas. Era la oscuridad más luminosa de su vida. Temía que su felicidad, al ser tan intensa, le privara de sus facultades. Es frecuente que el exceso de agitación paralice. No había que pensar en ello, tan sólo dejarse llevar por cada segundo, por cada respiración como un mundo. Nathalie dejó las velas sobre la mesita de noche. Estaban ahí, uno frente a otro, en el movimiento conmovedor de las sombras.

Nathalie apoyó la cabeza en su hombro, y él le acarició el pelo. Podrían haberse quedado así, de pie, toda la noche. La suya de todas maneras era una relación muy extraña. Pero hacía mucho frío. Era también el frío de la ausencia; nadie iba ya nunca por allí. Era como un lugar que hubiera que reconquistar, en el que hubiera que añadir recuerdos a los recuerdos. Se tendieron bajo las mantas. Markus seguía acariciando sin tregua el cabello de Nathalie. Le gustaba tanto, quería conocer uno a uno cada pelo, familiarizarse con su historia y sus pensamientos. Quería viajar por su cabello. Nathalie se sentía bien con la delicadeza de ese hombre que velaba por no forzar la situación. No obstante, no le faltaba iniciativa. Ya la estaba desnudando, y su corazón latía con una fuerza desconocida.

Nathalie estaba ahora desnuda y pegaba su piel a la suya. Su emoción era tan fuerte que sus movimientos se hicieron más lentos. Una lentitud que casi parecía un repliegue. Markus se dejaba carcomer por el inmenso temor, se volvía desmañado. A Nathalie le gustaron esos momentos en que Markus

se mostraba torpe, en que vacilaba. Comprendía que eso era lo que había querido por encima de todo, regresar a los hombres a través de uno que no fuera el clásico conquistador. Redescubrir juntos el manual de instrucciones de la ternura. Había algo muy tranquilizador en la idea de estar con él. Quizá fuera orgulloso o superficial por su parte, pero le parecía que ese hombre siempre se alegraría de estar con ella. Nathalie tenía la sensación de que formarían una pareja extremadamente estable, que nada podría ocurrir, que su ecuación física era un antídoto de la muerte. Nathalie pensaba todo eso a retazos, sin grandes certezas. Sabía sólo que era el momento, y que en esas situaciones, quien decide siempre es el cuerpo. Markus estaba ahora sobre ella. Y ella se aferraba a él.

Las lágrimas resbalaron por sus sienes. Él besó sus lágrimas.

Y de esos besos nacieron otras lágrimas, esta vez las de Markus.

*Principio del capítulo séptimo de
Rayuela, de Julio Cortázar, libro
leído por Nathalie al principio de
esta novela:*

«Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabiera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar, hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara, una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano en tu cara, y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja».

116

Ya estaba ahí el alba. Era casi como si la noche no hubiera existido. Nathalie y Markus habían alternado los momentos de vigilia y de abandono, confundiendo así las fronteras entre sueño y realidad.

—Me gustaría bajar al jardín —dijo Nathalie.

—¿Ahora?

—Sí, ya verás. Cuando era pequeña, iba siempre por la mañana. Al amanecer hay una atmósfera extraña.

Se levantaron deprisa y se vistieron despacio^[13]. Mirándose, descubriéndose bajo la luz fría. Era sencillo. Bajaron la escalera sin hacer ruido, para no despertar a Madeleine. Una precaución inútil, pues apenas dormía cuando tenía visita. Pero no los iba a molestar. Sabía que a Nathalie le gustaba la calma de las mañanas en el jardín (allá cada cual con sus ritos). Hiciera el tiempo que hiciera, siempre que venía a su casa, en cuanto abría los ojos iba a sentarse en el banco. Estaban fuera. Nathalie se detuvo para observar cada detalle. La vida podía avanzar, la vida podía arrasarlo todo, pero allí nada se movía: era la esfera de lo inmutable.

Se sentaron. Había entre ellos un auténtico embeleso, el del placer físico. Algo que era lo maravilloso de los cuentos, de los instantes robados a la perfección. Minutos que uno se graba en la memoria en el momento mismo en que los vive. Segundos que son nuestra futura nostalgia. «Me siento bien», murmuró Nathalie, y Markus fue verdaderamente feliz. Nathalie se levantó. Él la miró caminar delante de las flores y de los árboles. Deambuló despacio de un lado a otro, como en una dulce ensoñación, dejando que su mano tocara cuanto estaba a su alcance. Allí, su

relación con la naturaleza era muy íntima. Entonces se detuvo y se acercó a un árbol.

—Cuando jugaba al escondite con mis primos, había que apoyarse en este árbol para contar. Se hacía largo. Contábamos hasta 117.

—¿Por qué hasta 117?

—¡No lo sé! Habíamos decidido ese número, así, sin más.

—¿Quieres que juguemos ahora? —propuso Markus.

Nathalie le sonrió. Le encantaba que le propusiera jugar. Tomó posición contra el árbol, cerró los ojos y empezó a contar. Markus salió en busca de un buen escondite. Vana ambición: era el reino de Nathalie. Seguro que se sabía los mejores sitios. Mientras buscaba, pensó en todos los rincones donde ella ya se habría escondido. Caminaba por las edades de Nathalie. Con siete años, se habría escondido detrás de ese árbol. Con doce, seguramente se habría ocultado en ese arbusto. De adolescente, habría desdeñado los juegos de su infancia, y habría pasado delante de las zarzas, con un mohín de tristeza. Y al verano siguiente, la niña que se había sentado en el banco era ya una muchacha, soñadora y poeta, con el corazón embargado de esperanza romántica. Su vida de muchacha había dejado huellas en distintos lugares, ¿quizá incluso hubiera hecho el amor detrás de esas flores? François había corrido detrás de ella, tratando de arrancarle el camisón, sin hacer mucho ruido para no despertar a sus abuelos, quedaba el rastro de una carrera desenfadada y silenciosa por todo el jardín. Hasta que la había alcanzado. Ella había intentado debatirse, sin muchas ganas. Había vuelto la cabeza, soñando con sus besos. Habían rodado por el suelo, y luego ella se había quedado sola. ¿Dónde estaba François? ¿Escondido en alguna parte? Ya no estaba ahí. Ya nunca estaría ahí. En ese lugar ya no había hierba. Nathalie la había arrancado toda, movida por la rabia. Se había quedado postrada ahí durante horas, y los intentos de su abuela de hacerla volver a casa habían sido en vano. Markus, al caminar sobre ese lugar exacto, pisoteaba su dolor. Atravesaba las lágrimas de su amor. Mientras siguiera buscando su escondite, caminaría también sobre todos los lugares donde Nathalie iría en el futuro. Aquí y allá, resultaba conmovedor imaginar la anciana que sería.

Y así fue como, en el corazón de todas las Nathalies, Markus encontró un lugar donde esconderse. Se hizo lo más pequeñito posible. Algo extraño para ese día en que se sentía más grande que nunca. Por todas partes, en su cuerpo, despertaban los impulsos de la inmensidad. Una vez en su escondite, sonrió. Estaba feliz por esperarla, feliz por esperar a que lo descubriera.

Nathalie abrió los ojos.

Notas

[1] Las Nathalies demuestran una clara tendencia a la nostalgia.<<

[2] Here, There and Everywhere (1966).<<

[3] Desde que había asumido su nuevo cargo, se había comprado tres pares de zapatos.<<

[4] Desde luego, se puede nacer en Uppsala y llegar a ser Ingmar Bergman.
Con todo, su cine puede dar una idea de la tonalidad de esta ciudad.<<

[5] Es extraño llamarse Alice y participar en esa clase de reuniones para encontrar pareja. Por lo general, las Alices no tienen ningún problema a la hora de encontrar pareja.<<

[6] Es extraño llamarse Alice y trabajar en una farmacia. Por lo general, las Alices trabajan en librerías o en agencias de viajes.<<

[7] Llegados a este punto, cabe preguntarse: ¿de verdad se llamaba Alice? <<

[8] No se alquilan piernas cortas.<<

[9] Al final, cabe preguntarse si la casualidad existe de verdad. ¿Quizá todas las personas con las que nos cruzamos recorren nuestro perímetro con la esperanza incesante de cruzarse con nosotros? Pensándolo bien, es cierto que a menudo parecen jadeantes.<<

[10] No hemos podido obtener detalles con respecto a la naturaleza exacta de esta sopa.<<

[11] Asociación Nacional de Directores de Recursos Humanos.<<

[12] Tema del martes 13 de enero de 2009: «El reconocimiento en tiempos de crisis: ¿ha de darse prioridad a lo individual o a lo colectivo?», de 18.30h a 20.30h, ANDRH, calle de Miromesnil número 91, París 75008.<<

[13] Quizá fuera al revés.<<

Table of Contents

La delicadeza

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33

34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70

71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107

108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
Notas